

Historias y Cuentos Campesinos Chilenos



FUNDACION DE COMUNICACIONES, CAPACITACION Y CULTURA DEL AGRO
MINISTERIO DE AGRICULTURA

THE
V. G. B. S.
CONFERENCE
CONFERENCE

Fundación de Comunicaciones,
Capacitación y Cultura del Agro
Ministerio de Agricultura
Inscripción N° 94.065
Agosto 1995

Esta edición se terminó de imprimir en FUCOA
José Miguel de la Barra 480, Depto. 401.
Santiago de Chile, agosto de 1995.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773-936-3200
WWW.CHICAGO.EDU



NUESTROS AGRADECIMIENTOS

En este, el tercer año consecutivo en que la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro del Ministerio de Agricultura, organiza el Concurso Nacional de Historias y Cuentos Campesinos, hemos querido rendirle un homenaje a un hombre que sintetiza, más allá de cualquier palabra de agradecimiento que podamos expresar, el espíritu de lo que deseamos fuese este encuentro. Roberto Parra no sólo fue un creador genial, sino además un ser comprometido hasta la médula con la vida, con la cultura y con los sueños de los habitantes rurales y de este pueblo. El fue jurado de todas las versiones de este Concurso y por eso, como un reconocimiento de nuestra admiración, gratitud y compromiso hacia él, a partir de este año este Concurso llevará su nombre. Lo que aquí presentamos entonces es el Concurso Nacional de Historias y Cuentos Campesinos Roberto Parra.

Nuevamente la respuesta a esta convocatoria ha sido enormemente generosa; los 406 escritores campesinos que nos enviaron sus obras desde los más distintos lugares de Chile son el mayor testimonio de la creatividad, hondura y sabiduría de los habitantes rurales. En ellos descansa la continuidad profunda de nuestro país, y nuestro trabajo, al convocar este Concurso, no es sino una manifestación de admiración y gratitud hacia la sabiduría ancestral del ser humano que vive en las zonas rurales en Chile. Vayan entonces a todos ellos nuestros agradecimientos. Una vez más también hemos quedado sobrecogidos por las historias y cuentos que nos llegaron. Su riqueza, colorido y variedad, el humor de algunos y la dramaticidad de otros, la realidad y el sueño que cada una de esas historias y cuentos trae, vuelven a reafirmarnos en la convicción de que la cultura rural es un patrimonio que nuestro país no puede darse el lujo de perder. Por el contrario, debemos ser capaces como pueblo de reencontrarnos de nuevo en lo más hondo de nuestras raíces, porque sólo desde allí es posible imaginar un país nuevo, más profundo y verdadero, más solidario y sabio.

Como en los dos concursos anteriores, todas las obras que nos han llegado están guardadas en el Archivo de Historias y Cuentos Campesinos de nuestra Fundación. Este año, nuevamente, publicamos las obras ganadoras, junto a una muestra de la enorme riqueza que el Concurso Nacional de Historias y Cuentos Campesinos Roberto Parra ha posibilitado expresar.

Otra vez entonces, muchas gracias.

**RAUL ZURITA
AREA CULTURA**

FUNDACION DE COMUNICACIONES,
CAPACITACION Y CULTURA DEL AGRO

THE HISTORY OF THE UNITED STATES

The history of the United States is a story of growth and change. From the first European settlers to the present day, the nation has evolved through various stages of development. The early years were marked by exploration and the establishment of colonies. The American Revolution led to the birth of a new nation, and the subsequent years saw the expansion of territory and the growth of industry. The Civil War was a pivotal moment in the nation's history, leading to the abolition of slavery and the strengthening of the federal government. The 20th century brought significant social and economic changes, including the rise of the industrial revolution and the emergence of the United States as a global superpower. Today, the United States continues to shape the world through its leadership in science, technology, and international relations.

THE HISTORY OF THE UNITED STATES
A COMPANION TO THE HISTORY OF THE UNITED STATES
BY JAMES H. HARRIS

PROLOGO

NARRATIVA DE LOS HEREDEROS DE LA TIERRA

En esta su Tercera Versión el Concurso de Historias y Cuentos Campesinos, que patrocina el Ministerio de Agricultura y realiza la **FUNDACION DE COMUNICACIONES, CAPACITACION Y CULTURA DEL AGRO**, se confirma como canal de expresión del mundo campesino y logra consolidar su identidad al nominarse Premio **ROBERTO PARRA**, en homenaje a un hombre que personificó el espíritu que motiva y encierra este concurso.

Ante la presente convocatoria fluye una entusiasta y fructífera respuesta de más de cuatrocientos relatos. Del seno de nuestra sociedad rural, que sobrepasa lo estrictamente agrario, surgen estos cuentos e historias que nos hablan de lo justo, del bien y del mal, de lo real y de lo mágico, interpelando a lo humano, a lo divino y a lo mítico. La ruralidad hecha palabra resalta la constitución valórica de sus familias, testimoniando su inocencia y candidez, señalándonos el profundo sentido de los elementos que definen y caracterizan nuestra identidad nacional, ilustrándonos por medio de nuestras leyendas y tradiciones repartidas a lo largo y ancho del país.

Tras una maratónica lectura y revisión de los trabajos recibidos, el Jurado deliberó determinando los premios que en su conjunto dan vida a este libro.

LA MADRE TIERRA, narración merecedora del Primer Premio, corresponde a un relato que contiene un profundo y significativo mensaje para la sociedad, es un llamado a la búsqueda de una relación y convivencia más armónica entre el hombre y la naturaleza.

El Segundo Premio ha correspondido al cuento EL ARBOL DE PASCUA. Relato hecho por un árbol de pino que narra su propia vida, transportándonos desde su origen como semilla hasta sus últimos días como árbol de Navidad. Este cuento infantil apunta a crear una cultura de amor y valoración hacia los árboles y el bosque.

BUSCANDOTE, es el nombre del Tercer Premio, un cuento de eventual clasificación literaria como surrealista. En éste se narra las vivencias de un cerdo al cual se le atribuyen conductas humanas, como resultado de una manipulación genética al momento de su concepción.

Las menciones honrosas elegidas corresponden a relatos que contienen elementos criollos y costumbristas de nuestro campo, orientados en la línea de los cuentos e historias campesinas que obtuvieron los primeros premios.

De la ardua tarea de evaluación y calificación, queda una recompensa infinita, sentimiento compartido por todos los miembros del Jurado, cual es el adentrarse en un mundo de fantasías, sueños y esperanzas, tejidos en líneas simples, puras y transparentes, que definen al hombre rural en su real dimensión ante Dios, ante el hombre, ante la sociedad y ante la naturaleza.

Como miembro del Jurado creo que la lectura de los más de cuatrocientos cuentos resultó ser un buen y apasionante ejercicio. Sin embargo, para quienes tienen por objeto trabajar por el progreso y el desarrollo de la sociedad rural, esta práctica se debe constituir en un ejercicio necesario y tal vez, imprescindible.

VICTOR VENEGAS
INTEGRANTE DEL JURADO

Cuentos Premiados

THE
MUSEUM OF
ART AND HISTORY

PRIMER PREMIO

LA MADRE TIERRA

Cierta vez en las llanuras del macizo andino, cerca de los cerros, se hallaban un leñador, un cazador, un minero y un guerrero; iban con la intención de explorar las costumbres de sus antepasados, también por ver si encontraban algún tesoro perdido en los inmensos cerros y nevados andinos.

Cuando por los cerros, cerca de Putre, les llegó la noche, pero como la luna brillaba tan hermosa y las estrellas parecían más iluminadas, era una noche muy encantada, nunca los caminantes habían visto semejante iluminación, el viento estaba helado con una brisa suave, ya que el rocío de la noche parecía perlititas de agua pura. Como habían caminado casi todo el día, quisieron acampar en lo alto de un cerro desde el cual se veía una planicie con muy pocas rocas, pero les llamó la atención una de ellas que parecía una forma humana, como la luna iluminaba la roca, su sombra proyectaba en el suelo una silueta de mujer con túnica.

Sería como las tres de la madrugada, cuando el cielo se oscureció por completo y un viento con polvillo muy fino comenzó a caerles en la cara a los aventureros, ellos se sintieron muy nerviosos, estaban tirando de frío ya que la noche se puso como escarcha.

Estaban tan asombrados y maldecían el mal tiempo, cuando se iluminó la gran roca y un calor casi insoportable comenzó a llegarles, parecía que el sol había salido con sus rayos muy enojados, pero poco a poco la brillantez comenzó a disminuir y la planicie quedó iluminada, los viajeros observaron sus relojes, éstos se habían detenido justo a las tres de la mañana.

La sombra de la roca comenzó a llegar a la roca, parecía que se metía dentro de ella, luego se iluminó el contorno de ella y apareció una mujer tan hermosa que parecía una Ñusta hija de algún Inca. Vestía una túnica blanca hasta las rodillas, que dejaba ver sus muy bien torneadas piernas, en su frente llevaba una cinta, con relieves en oro, en su mano derecha tenía una planta de coca y en la mano izquierda una planta de quínoa, a su lado derecho había un mazo de oro puro y al lado izquierdo un hermoso llamo.

Ella les dijo:

Faint, illegible text covering the majority of the page, likely bleed-through from the reverse side of the document.

SEGUNDO PREMIO

EL ARBOL DE PASCUA

Nací un día cualquiera de verano como una pequeña semilla, en una hermosa arboleda del fundo «La Selva» de Parral.

Cada árbol cuidaba y protegía con especial cariño a su familia.

Desde muy temprana edad me deleitaba todas las mañanas con la suave brisa del viento Sur. Apenas asomaban los primeros rayos del sol, mis hermanos y amigos iniciábamos el día cantando en coro con lasavecillas hermosas canciones.

Así transcurrió mi primer año de vida en el que también sufrimos y soportamos fuertes lluvias y vientos huracanados del Norte; era tiempo de invierno, tiempo duro y frío.

Transcurridos algunos meses, un remezón botó mi hogar al suelo, se desprendieron algunas semillas que el viento se encargó de despararramar, otras quedamos en el interior esperando los acontecimientos. Nos recogieron unos hombres que fueron seleccionando nuestras casas, ellos las llamaban peñas; nos colocaron en unos sacos, los que posteriormente guardaron en una bodega oscura, sólo unos pocos rayos de sol penetraban por el techo.

Nuestra estadía en la bodega fue breve. A los pocos días un grupo de trabajadores nos golpearon violentamente contra el suelo sacándonos a todos del interior echándonos en pequeñas bolsitas de plástico.

Tuve la suerte de ser trasladada hasta un muy bien cuidado potrero; fui colocada en una platabanda limpia, de tierra mullida y fértil. Me cubrieron con una pequeña cantidad de humus y arena que me sirvió de abrigo y alimento.

Cuando vi la tierra tan bien trabajada, recordé aquellas que cultivaban y sembraban prolijamente en "la Selva" y que yo desde lo alto de mi casa, en el árbol madre, miraba diariamente en esos amaneceres junto a mis amigas lasavecillas.

Este encuentro con la madre tierra fue grato y acogedor ya que ella me recibió con cariño, protegiéndome de los enemigos naturales, del exceso de sol y de las frías noches de primavera.

Al poco tiempo sentí cómo iniciaba una hermosa etapa de mi vida. Comencé a crecer y a echar raíces, las que me alimentaban con fuerza. Un delgado tronco y débiles ramillas, parecía un pequeño árbol, igual al que me crió en la arboleda del fundo «La Selva». Ya se insinuaba mi futuro, era feliz. Era un árbol niño.

Todos los días había gente a mi alrededor. Ellos limpiaban de malezas nuestro contorno y nos daban agua para apagar la sed que en los días calurosos de verano nos deshidrataba. Hice muchos amigos durante los meses que pasé en ese lugar; después supe que el vivero estaba en el mismo fundo «La Selva».

Cierto día llegó, en un hermoso caballo negro, el dueño del fundo; reconocí su voz y pude recordarlo perfectamente. Me alegré de estar ahí ya que el dueño se notaba un hombre amante de la naturaleza, de los árboles, y cultivaba muy bien su campo. Se desmontó de su caballo y recorrió todo el vivero, platabanda por platabanda, dando instrucciones a los que nos cuidaban.

Pronto el otoño se hizo sentir, las hojas secas de los árboles eran juguetes del viento, las tardes se enfriaban y el sol ya no calentaba como en verano. Afortunadamente yo y mis amigos estábamos en muy buenas condiciones, por lo que nos aclimatamos sin problema.

A fines del mes de mayo, en una mañana bastante fría, sentimos llegar un camión con gente; traían palas especiales con las que nos sacaron y nos colocaron cuidadosamente en cajas, trasladándonos hasta el camión.

"Al parecer, comentábamos, vamos a empezar otra aventura". Algunos lloraban porque ya no nos volveríamos a ver; yo me di valor y pensé que ésta sería, a lo mejor, mi última etapa de vida para llegar a ser un gran árbol, igual que aquel añoso «Pino» que me dio vida como una humilde semilla y que hoy tengo forma y vida propia.

¡No, estaba equivocado! El camión después de un largo caminar llegó a unas lomas cerca de Catillo. Los trabajadores nos tomaron uno por uno y nos fueron plantando ordenadamente en rectángulos o siguiendo las curvas de nivel del suelo.

Estaba en un lugar privilegiado, desde allí pude ver el valle central de Chile y a la distancia parecía distinguir mi tierra natal, «La Selva», con sus altos pinos, álamos y eucaliptus. Además pude ver el río Cato y la red de canales del embalse Digua, que como serpientes se deslizaban hacia el poniente.

Cerca de donde me plantaron está el camino a las Termas de Catillo, por donde pasaban autos y camiones que levantaban mucho polvo, lo que nos cambió el color. Ese primer verano fue bastante seco, retrazó nuestro crecimiento, pero nos manteníamos con las nieblas matinales y en varias oportunidades nos regaron, vaciando una buena cantidad de agua sobre nuestra raíces; esos riegos nos fortalecían. Gracias a

Dios salvamos el verano sin mayores problemas.

Un día tuvimos una visita muy grata y emotiva; un profesor con una veintena de niños se acercaron a nosotros; el profesor explicó toda nuestra vida y la función que desempeñábamos en estos suelos pobres y erosionados. Dijo que una vez adultos seríamos transformados en celulosa y papel, igual al papel que los niños tenían en sus cuadernos. Fue una clase entretenida e ilustrativa, me sentí halagado y feliz de poder ser algún día útil a la humanidad y poder estar junto a los niños de Chile y del mundo.

Cada año que pasaba crecía en altura, robustez y conocimientos; pero cuando aún no cumplía los tres años desde mi plantación en Catillo, unos hombres pasaron por el bosque y al verme frondoso y grande dijeron «Este Pino está especial para la Pascua», y otro me colocó una marca en el tronco. Siguieron caminando hasta que los perdí de vista. Esa noche comentamos con mis amigos la extraña visita y no comprendimos de qué se trataba.

A los pocos días de aquel hecho, en la oscuridad de la noche, sentimos conversaciones y fuertes golpes de hacha. Nos despertamos sobresaltados, oíamos llorar y quejarse. Luego reconocí a los mismos hombres que me habían marcado cuando un fuerte hachazo me derribó; me habían cortado en la base del tronco, separándome de mis raíces que me sostenían y alimentaban. Comprendí que mi vida estaba en peligro de muerte. El dolor era tan intenso que por unos minutos me desmayé. Otro hombre me tomó y llevó hasta un camión donde sentí cómo se lamentaban y lloraban otros «Pinos Niños». Antes de amanecer el camión emprendió rápida carrera hasta una ciudad donde nos bajaron y amontonaron junto a una pared.

¡Qué horror! Eramos cientos de Pinos niños que estábamos condenados a morir de inanición. "¡Tenemos sed!", pedíamos con todas nuestras débiles fuerzas, pero nadie nos entendía. Sentí, por primera vez, miedo; presentí la muerte.

Mucha gente se acercaba a mirarnos y por unos pocos papeles de colores nos entregaban a quienes nos elegían. Poco a poco fuimos separándonos sin saber nuestro destino. A mí me llevó una dama que bajó de una camioneta; sus tres hijos al verme saltaban de alegría; emprendieron una veloz carrera hasta el hogar.

Era una linda casa; ocupé un lugar destacado en la pieza principal. Los niños me adornaron con luces, guirnaldas y copos de algodón, transformándome totalmente. Después colocaron a mi alrededor muchas

cajitas en papel de regalo con sus respectivas tarjetas.

El dolor y mi lenta agonía por momentos los olvidaba debido al cariño con que los niños me mimaban y arreglaban; fueron tres días entre lágrimas y momentos de alegría, sentía la agonía de mi muerte.

La última noche, que debe haber sido la «Pascua» fue de gran movimiento. Los niños y grandes cantaron una hermosa canción que decía «Noche de Paz; Noche de Amor; Todo duerme en rededor»... ¡Qué ironía del destino!... Los Hombres celebraron la Paz y el Amor y nosotros los vegetales eramos inmolados para esa felicidad.

Mis fuerzas se agotaron; la muerte llegaba inexorablemente, el verde de mis ramas cambió a un color café, cayendo al piso de la casa. La señora que me compró ordenó me sacaran los adornos, luces y me botaran a la basura.

¡Qué corta fue mi vida! ¿Por qué los hombres disponen tan libremente de la vida de los árboles? ¿Será esto eternamente? ¿Se creará algún día el Ministerio de la Paz y el Amor? Lamento no haber servido para una causa más noble, la crueldad del hombre me limitó la vida.

¡Niño amigo! Antes de expirar en este basural te pido seas portador de mis sentimientos: lucha tú para que nunca más se corte un «árbol niño» en Pascua y quien lo haga sea sancionado ejemplarmente. Déjennos crecer, nosotros purificamos el aire contaminado que ustedes respiran, transformándolo en aire puro para la vida.

¡¡Adiós, juventud de Chile, cuiden a los que quedan con vida; no nos maten prematuramente! ¡Quiera Dios que mi sacrificio e inmolación no sea en vano!!

**JUAN SEPULVEDA ZUÑIGA,
60 AÑOS
AGRICULTOR
PARRAL, VII REGION**

TERCER PREMIO

BUSCANDOTE

Cinco minutos antes de terminar la reunión, el Médico Jefe de Cardiología leyó en voz alta el convenio entre el hospital y la granja agrícola. Se firmaron las copias respectivas y la veterinaria, especialista en sicología animal, se retiró junto a su esposo satisfecha con el acuerdo del importante experimento.

-Estoy deseando que sea mañana - comentó Laura.

-Todo saldrá bien - agregó él, palmotándole la espalda a lo camarada. Al día siguiente, con una alharaquenta sirena y un rojo moño giratorio, llegó la Clínica Móvil. Bajaron seis individuos de blanco, enmascarados y enguantados; no se podía decir si eran hombres o mujeres; no hablaban entre sí, pero tenían un curioso sistema de comunicación visual que los habilitaba para diálogos bastante complejos, incluso enojos, desacuerdos y agrias murmuraciones de envidia profesional; agregando en casos extremos, gestos ovoides con ambas manos. El experto en genética les salió al encuentro y entre todos se dispusieron a entrar un sinnúmero de cajas con siglas y códigos que tan sólo ellos comprendían. El cardiólogo traía personalmente una que parecía cofre, no por su aspecto externo, sino por la manera con que la atesoraba. El meticuloso desplazamiento podía hacer pensar que se trataba de una carga de dinamita. El embalaje tenía dibujos de espirales y letras del abecedario repartidas en desorden: enes, y aes y des.

La sicóloga espera en el quirófano. Sobre la camilla, cubierta con una sábana verde, yace semi anesteciada la Pepa. Cuatro focos de luz dan una claridad de aurora boreal al recinto. Al entrar el escuadrón de blanco, el animal trata de incorporarse para huir pero su intento es aplacado con un toque de algodón empapado en cloroformo.

El envoltorio de los misterios de la vida es de plumavit, igual a los que usan los heladeros ambulantes. Dentro, una sucesión de envases en «decrecendo»; ocho en total, siendo el último no más grande que una caja de fósforos. Son sacados por los ayudantes con movimientos robóticos y ritmo de marcha militar; parecen matrioshkas dispuestos en ordenada hilera y de mayor a menor.

-Aquí se encierran los enigmas de la existencia -dijo en tono declamatorio el médico jefe a la vez que tomaba el diminuto cofre; lo abrió con sus manos de goma, levantó los brazos en la actitud de saludo boxeril y procedió a dar el «vamos» al grupo que esperaba.

Como mimos, cada cual hace su parte entendiéndose por señas y visajes. El cirujano va utilizando el delicado instrumental con la parsimonia de un chef que prepara una salsa francesa. Los seis embriones reciben su cuota genética a través de un laberinto de sondas filiformes. La intervención dura una hora exacta.

-Listo -dijo, y el resto del equipo inclinó la cabeza en un saludo japonés.

La cuadrilla de seis, automáticamente, guardó una caja dentro de la otra, dando sensación de una película en marcha atrás, y la selló con una estampilla que decía: «ácido desoxirribonucleico». Acto seguido se retiraron en silencio; cerró la marcha el facultativo. El ingeniero de vidas y Laura se quedaron observando las reacciones de la Pepa.

Para colocar a la bestia sobre la camilla y debido a su gran volumen, hubo que utilizar un curioso sistema de dobles roldanas y poleas y un par de fajas de tipo «cinchas» que permitieron sujetar al paciente por las axilas y verijas respectivamente. La operación se realizó con estos aperos puestos para permitir con mayor facilidad su asentamiento en tierra firme.

La veterinaria y el ingeniero abanicaron a la paciente para espantarle el resto de cloroformo que todavía le empañaba la mirada; luego la izaron y, a medida que ésta recobraba la conciencia, iba venciendo las dificultades para ponerse de pie cual si fuese un recién nacido.

La pobre bruta quedó en vilo por un instante. Se retiró el mesón con ruedas y el inocente animal fue arriado como pesada bandera. La joven madre se fue tambaleando en busca de sus congéneres ignorando la magia que empezaba a operarse en cada uno de sus hijos.

La camada transgénica creció bajo la estricta vigilancia de los científicos. En la fecha acordada se apareció la Unidad Móvil de la Clínica Cardiológica, llevándose a los cuadrúpedos donantes con la excepción de Hamlet.

El joven experimental desde un principio manifestó síntomas extraños: suspiraba con frecuencia dirigiendo su mirada al cielo; comía poco y con delicadeza. Por las tardes vagabundeaba contemplando su entorno, emitiendo expresiones en una mezcla de idiomas y con tal poética que rayaba en un lirismo patético. Los exámenes médicos acusaron un «soplo al corazón», y la psicóloga diagnosticó un «síndrome angustioso» derivado de una extrema sensibilidad, casi humana, y la eterna búsqueda de sí mismo sin resultados positivos.

No era raro verlo en actitudes contemplativas frente al paisaje o aten-

to a las conversaciones de los hombres, siguiendo la trama de los diálogos asentía o rechazaba las opiniones vertidas con gestos nunca vistos en los de su especie.

Una noche de sábado, estaba insomne y parecía agobiado por una gran inquietud. La sicóloga, presa de un sentimiento de culpa, le daba el gusto en todo; postergó su compromiso social y con su marido acordaron darle un paseo en camioneta cuya parte posterior ya había sido acondicionada para tales fines.

Al llegar al sector de la bohemia el animalito empezó a hacer demostraciones de gran inquietud con susurros y lánguidos suspiros de añoranzas. Hubo que detener la marcha y descenderlo con el sistema de rampa. Echaron a andar por las calles llenas de música, de voces masculinas, ruido de cacho y dominó y pizarras ofreciendo menús. Hamlet se detenía a leer las exquisiteces con la evidente intención de pasar a servirse algo. Cuando ya lo estaban convenciendo de la retirada, se escucharon los acordes de «Cambalache»; éste fue el toque final! Se sentía en su salsa y muy familiarizado con el lugar, no hubo técnica que lo hiciera retroceder en su apasionado impulso de entrar al bar. A esa hora de la madrugada, los parroquianos conversaban en forma acalorada -era víspera de elecciones municipales-, no repararon mayormente en los recién llegados, de manera que pudieron servirse un borgoña en frutilla en la misma barra y acercar un poco de trago al singular acampañante. El bohemio, poco acostumbrado al alcohol, se puso eufórico y le dio por bailar. Pagaron la cuenta con urgencia y se retiraron disimuladamente sin que nadie se percatara de tan extraño trío. Laura aseguró con fuerza el arnés, mientras su mascota tangueteaba por la vereda acompañándose de un tarareo nostálgico. Subió la rampa a duras penas, echando puteadas para sus adentros, molesto porque la noche tocaba a su fin.

Insistía en sus paseos crepusculares. Su ama lo llevaba a pasear a la plaza de la vecindad, su interés primordial era contemplar a las mujeres, fueran éstas rubias, morenas o colorinas. Impresionaba verlo cómo les clavaba la mirada en los ojos y desde ahí les hacía un recorrido total por la silueta. Al percatarse de la incómoda situación de las cortejadas, la sicóloga le dijo algo al oído para frenar semejante impertinencia, pero Hamlet, lejos de contenerse, respiró en forma profunda y se le acercó con desparpajo a una morena descomunal restregándosele por las piernas.

Una vez vio su imagen en un ventanal y pareció sorprendido, se alejó y

Esperamos que papá estuviera descuidado, entonces abrimos la ventana para salir al patio y comenzamos a correr. Quedamos tan mojados que mamá nos tomó y nos llevó a la cama inmediatamente. El castigo fue de tres días, no podíamos salir de casa a jugar, sólo íbamos a la escuela en la mañana.

Miraba a Juanito, se veía muy triste, era como si se le hubieran cortado las alas. Echábamos de menos correr por el huerto y subir a los árboles. Por fin el castigo fue levantado.

Juanito salió corriendo hasta perderse en el huerto, lo busqué por todas partes, sin encontrarlo. Así que me devolví a casa, por si había regresado, pero no estaba.

Al caer la tarde Juanito regresó y vi en su cara una gran sonrisa. Le pregunté que dónde había estado y en voz baja me dijo:

- Volando, volando, Teresita.

Yo estaba muy enojada, porque no me había llevado a jugar con él.

Al día siguiente llegó a vivir cerca de mi casa un amigo de papá y tenía una hija de mi edad, así que nos hicimos buenas amigas, jugábamos todo el día con nuestras muñecas.

Iba de vez en cuando a jugar con mi hermano, aunque la mayoría de las veces él no me llevaba, porque decía:

- Teresita, tú eres muy pequeña y no sabes volar.

Así que terminábamos peleando. Siempre le decía que si se quería ir, que se fuera a jugar con Aguilón, que de todos modos no me interesaba volar, estaba aburrída de tanto correr tras él.

Desde ese día no acompañé más a Juanito y jugaba con mi nueva amiga.

Yo no comprendía por qué Juanito no tenía amigos, solo en la escuela, pero al llegar a casa era diferente, siempre le preguntaba a mamá por qué mi hermano era así y ella solía responder:

- Juanito ama la naturaleza, le gusta estar en el huerto, se preocupa mucho de los árboles, los riega y cuida constantemente. Él está más grande y ve las cosas de otra forma.

Habían pasado los días fríos del invierno y ya llegaba la primavera, se podían ver las primeras flores. Nunca olvidaré aquella tarde.

Juanito me invitó a jugar con él. Entonces caminamos por el huerto. De pronto mi hermano me tomó entre sus brazos y me apretó tan fuerte, tan fuerte, como un abrazo de oso. Me bajó, puso sus manos sobre mis hombros y me dijo:

- Teresita, estoy muy feliz. Mi sueño se ha realizado. He esperado

con tantas ansias este momento y quiero que tú estés presente. Lo miré y creí que era otro de los juegos de mi hermano, pero su mirada era diferente, sus ojos eran más brillantes que de costumbre y en su interior se podía ver la alegría; estaba feliz, como nunca lo vi. Entonces abrió sus brazos y comenzó a correr. De pronto pude ver cómo sus pies se despegaban del suelo y sus abrazos se agitaban... volaba, de verdad volaba a mi alrededor. En ese momento le dije:

- ¡Así, Aguilón; así, Aguilón!

En un instante estaba tan alto, tan alto; casi entre las nubes y en un haz de luz brillante. Se había convertido en un ave, vi ante mis ojos por primera vez a Aguilón. Era hermoso e imponente y de pronto desapareció entre los rayos del sol.

De pronto mis ojos se llenaron de lágrimas, y éstas al caer al suelo se convertían en hermosas flores. En un instante estaba rodeada de las flores más hermosas jamás vistas, entonces mi llanto se detuvo y me fui corriendo a casa. Al llegar lo primero que iba a hacer era contarle lo sucedido a mamá. Sin embargo ella me interrumpió, diciendo:

- ¡Teresita, te he buscado toda la tarde!. Tu hermano te está esperando sentado a la mesa para almorzar.

Llegué y lo vi sentado al lado de papá. Entonces corrí y me tiré en sus brazos, le di el abrazo de oso más grande del mundo y le dije:

-Eres maravilloso, realmente maravilloso, Juanito Aguilón.

Hoy comprendo que si quieres lograr algo en la vida, solo tienes que proponértelo y no debes perder la esperanza. En un día no muy lejano, tu sueño se hará realidad.

-¿Verdad, Juanito?

VIVIANA DEL PILAR PINEDA ARAYA,
23 AÑOS
ESTUDIANTE TÉCNICA AGRÍCOLA
LA SERENA, IV REGIÓN.

Faint, illegible text covering the majority of the page, likely bleed-through from the reverse side of the document.

EL ZORRO PLATEADO

Cuando el grupo de hombres -armados de sendas escopetas de dos cañones y una jauría de perros rabiosos, deseosos de atacar a quien sus amos les ordenarán- llegó al Portezuelo de las Normatas (que así se llama el sector donde ocurren estos hechos que les voy a narrar), se aprestaba para disparar contra su enemigo: el cuadrúpedo, que les causaba tanto daño en el ganado.

Escucharon voces infantiles e inocentes de un niño que decía: «zorro bonito, ven para acá. Yo quiero ser tu amigo, ven a jugar conmigo». Porque los niños lo único que hacen es jugar. Para ellos todo es un juego. Y sollozando le decía: "Ahí hay unos hombres malos que te quieren matar. Arranquemos los dos".

El zorro lo miró, primero, como miran los zorros. Pero cuando vio que el niño, que era muy pequeño, le hacía ademanes de cariño y le hablaba con esa voz tan dulce y pura que tienen los niños, él le sonrió, con esa sonrisa que tienen los zorros.

Pero no se movió. Estaba sentado sobre sus cuartos traseros. Tal como se sientan los zorros, cuando están tranquilos, relajados y serenos. Así esperaba siempre, con astucia y paciencia. Sobre todo mucha paciencia. Su presa no tenía hambre. Por tanto no tenía apuros. Bueno, todos sabemos que las bestias matan sólo lo estrictamente necesario para su sustento. A diferencia de los seres racionales, que se deleitan matando sólo por placer. Porque ellos gozan cuando ven sufrir a otro ser viviente y como son seres superiores y pensantes, fabrican todo tipo de armas, cada vez más sofisticadas y poderosas para el exterminio del más débil.

El pequeño niño le siguió hablando y llegó a su lado, le tendió la mano para acariciarlo. El zorro, dócilmente se dejó acariciar y encontró que esas manos tan suaves, tan puras, pequeñas y tiernas, que él jamás había conocido ni menos sentido en su cuerpo. Le pareció que todo su mundo, para él, iba a cambiar.

El grupo de hombres armados. Llenos de disgustos y enrabiados con el intruso niño que no sabían de dónde demonio había salido. Porque no podían disparar por temor a herirlo. Con palabras ásperas y agrias y echando mano a todo su más sucio y obscuro repertorio, dieron media vuelta y amenazando, que ya no estaría con ese niño. "Entonces te vamos a matar. ¡Zorro maldito!"

Esto fue lo que sucedió, como ya les dije, en el portezuelo de las Normatas. Campos de pastoreo de El Manzano, aledaño al pueblo de

Andacollo.

Los pastores se quejaban a diario de que, por la alta montaña de esta zona precordillerana, en donde ellos pastoreaban su ganado, había aparecido un enorme zorro blanco que brillaba como si fuera hecho de plata y era tan rápido que apenas lo podían ver.

Vivía solo, era un zorro solitario. Solo, recorría el campo, todos los cerros, lomas, faldeos y quebradas eran de su propiedad. Él era el amo y señor de esos agrestes parajes.

Como también era de su propiedad todo bicho volátil o caminante, que por muy grande que fuera y tuviera dueño, él hacía buen uso de ellos. Los corderos y cabritos eran su manjar favorito.

Todos los días se comía uno, siempre el más grande y gordo, decían sus dueños. Los pastores lo perseguían con los mejores perros. Él se trababa en fiera lucha, de las que siempre resultaba victorioso. Por eso, los perros cuando lo veían -aunque fuera de lejos-, temblaban, lloraban y se echaban a los pies de sus amos, desmayados de miedo.

Por todo esto, los pastores y dueños de ganado, en grupo, acudieron a pedir auxilio y apoyo a la autoridad local, quien lo recibió muy bien, con mucha atención y muy interesado en prestar ayuda al campesinado. Como buena autoridad local dijo, con esa voz que tienen los que están investidos de autoridad local: «¡Hay que matarlo! Lo más pronto posible, para así terminar con el daño que esta bestia salvaje, inconsciente y feroz, está causando a la economía y en especial al campesinado de mi jurisdicción. Hay que darle muerte. ¡Sí señor! Hay que matarlo».

Esto fue lo que llegó a oído de este pequeño niño, que no tenía más de siete años. Era robusto, de tez morena, pelo negro, ojos oscuros; era alto para su edad. Muy hermoso, era alegre y dicharachero, amigo de los juegos, amigo de todos y muy querido de sus padres.

«¡Hay que matarlo!»: lo que, como un martillo que golpea en el yunque, le seguía golpeando en los oídos. «¡Hay que matarlo!, para que no cause más daño».

Se dijo: yo lo tengo que salvar, no quiero que lo maten. Aunque no lo conocía ni sabía donde encontrarlo. Un día que no tuvo clase en su colegio, se levantó muy temprano, cogió de la cocina pan y manzanas y se fue en su busca.

Se encaminó hacia los cerros. Decía: lo tendré que encontrar. Lo único que yo sé, es que es blanco como la plata. No quiero que lo maten. Caminó mucho; corría. Se caía de cansancio, se levantaba y volvía a correr. No tenía tiempo que perder. Sus débiles piernas seguían resistiendo y como por milagro de la naturaleza, llegó justo para salvarle la vida.

Después de hablarle, a su zorro bonito, como él lo llamaba, con cariño y mimos infantiles. A lo que el animal correspondía. Como si toda la vida se hubiesen conocido. O se hubiesen criado juntos. Le dio manzana y pan. El zorro se los comió muy contento.

Como ya eran amigos, jugaron todo el día, se revolcaron en la tierra, saltaron de roca en roca. De árbol en árbol. Nunca el pequeño niño se había divertido tanto ni había sido tan feliz, como hasta ese día.

A puesta de sol, se vino a casa. El zorro lo acompañó hasta muy cerca de donde vivía. Se prometieron que cuando no fuera a la escuela, lo iba a ir a ver, conversar y jugar. Ambos entendían muy bien. Los niños buenos, puros, limpios de alma, de corazón y de cuerpo y llenos de inocencia entienden muy bien el lenguaje de los animales. Por muy feroces que ellos sean. Le llevaría alimento del que él comía, pero que por favor no matara más corderos ni cabritos para que esos hombres malos no lo fueran a matar.

Porque tú soy muy bonito, soy tan blanquito. Yo te quiero mucho y con esa voz infantil e inocente de los niños le dijo: ¿Cómo me vas a dejar solo, si somos tan amigos?

El zorro, con esa voz de zorro que tienen para con los niños, tan suave como el terciopelo y tan acariciadora como las alas de una mariposa, le prometió alimentarse de alimañas y pájaros y le prometió ser su mejor amigo. No lo dejaría nunca ni le causaría ningún disgusto.

Esa tarde se despidieron, con un «hasta pronto, nos veremos». Se abrazaron, se besaron en la mejilla, como los mejores y nobles amigos. El zorro le apretó la mano con el hocico, para así sellar el pacto de amistad. Como siempre lo hacen los animales con los niños.

Y fueron muy amigos, el niño iba todos los días a verlo, jugaban como dos niños. El le conversaba lo más insignificante, lo que hacía en su casa, cómo le iba en sus estudios; todo, todo se lo contaba. Como si se tratara de una persona.

El zorro le contestaba con un movimiento de la orejas, de la cola, de los ojos y otras musarañas y cuando no le parecía bien alguna cosa que él le contaba y que era malo, le respondía con un gruñido, que el niño entendía muy bien el reproche.

Un día, con ese tesoro tan valioso que tienen los niños, que es la inocencia, lo invitó a su casa, lo que el animal con un movimiento de orejas y cola aceptó. Sus padres, pese al gran susto que esto les causó, lo trataron muy bien y fueron muy amables con él, porque era el mejor amigo de su regalón.

Un mal día, el niño amaneció enfermo. No se pudo levantar de la cama. El médico lo examinó, le dio una receta, pues tenía mucha

JOHNY Y LA SIRENA

Les contaré la historia que un día encontré en una botella que flotaba en el mar. Era una hermosa historia de amor relatada por la princesa Sirena:

Yo, una princesa, hija del Rey de los mares, nadaba por todos los océanos, pero no era feliz, algo faltaba en mí.

Una tarde, habiendo una tempestad muy fuerte, con relámpagos, y sobre el mar se alzaban olas de hasta 6 metros de altura, escuché que algo caía al mar y se hundía; nadé con todas mis fuerzas, pues sentía algo que me impulsaba. Cuando llegué, vi que era un hombre. Al verlo observé que era tan buen mozo y vestía un traje azul; estaba inconsciente; pensé que el resto de la tripulación por el mal tiempo no podía hacer nada por él.

Así que lo llevé a una cueva que contiene una burbuja de aire en su interior y lo cuidé, lo contemplé y algo en mí pasaba. Cuando terminó la tempestad y llegó la calma, lo llevé a una isla y lo dejé en la playa, pues él no podía verme, no debía hacerlo ya que si lo hacía la maldición de las sirenas caería sobre él, porque se enamoraría perdidamente de mí y me seguiría a las aguas en toda su profundidad. Yo sabía que él no sería feliz, pues su vida era otra, sus costumbres eran distintas a las mías, su vida era fuera del mar, y lo que más deseaba yo era su felicidad. Antes de irme lo besé en sus labios. Fue un beso hermoso, descubrí una sensación de completo relajó y de sentirme tan segura al estar junto a él y entendí que lo que faltaba era un amor y yo lo tenía. Le vi una plaquita de metal en su cuello, en la cual salía su nombre: «Johny», era el nombre de mi amor. Con aquella hermosa sensación en mí, me fui a la profundidad del océano.

Cada día que pasaba seguía a ese buque y, el octavo día después de la tempestad, lo divisé un atardecer en cubierta. El paseaba mirando el horizonte y fumaba un cigarrillo. Era tan bello, su piel tostada por la brisa marina y su cabello oscuro. Por largo tiempo seguí el buque en su travesía, cuando él paseaba cada atardecer fumando su cigarrillo y yo desde mi escondite improvisado lo contemplaba. Cada día viajaba a ver a mi padre para pedir permiso por primera vez, para dejar el mar por un día y que mi cola de pez desapareciera por solo doce horas. Solo ése era mi deseo, pero mi gran rey no me autorizó a dejar el mar y sólo llenaba ese vacío y tristeza inmensa el solo hecho de verlo cada día.

Aquel día 19 de noviembre fue de gran tristeza para mi corazón. El buque llegó al puerto de Valparaíso y ya no lo divisé más, aunque surcaba sus costas cada día por si divisaba a «Johnny», mi amor; sin embargo no lo veía, lo que inundaba mis ojos de llanto y el gran dolor que invadía mi corazón y él ya no estaba.

Así llegó el cuatro de enero, cuando lo vi, gracias a Dios; mi corazón volvió a latir con alegría. Solo me preocupaba algo de él: se encontraba a la orilla del mar, sobre esa roca donde a muchos jóvenes había visto morir al lanzarse a las aguas. En su cara había reflejada una gran tristeza. Me preocupé y acudí a ver a mi padre una vez más, para pedir su autorización y que por doce horas desapareciera mi cola de pez. El dijo: «Hija mía, debes encomendarte a Dios». Mi padre no tenía poder sobre ella.

Así nadé muy rápido y encomendada a mi Dios. De repente recuerdo que mi única vestimenta era mi gran cabellera negra azabache y, por lo que había observado que todas las personas llevaban vestimentas y yo no las tenía; recordé que tenía guardada una tenida en una gran concha en mi mar; fui muy rápido a buscarla. Era una tenida de baño y volví donde él, donde mi amor. Solo sabía que debía de despejar esa gran pena que tenía, sin saber si mi cola desaparecería. Salté a una gran roca donde mi amor no me viera imi cola aún estaba ahí! Le rogué a mi creador y a medida que mi piel se secaba y desaparecían las escamas, comenzaba a tener dos piernas. Me vestí muy rápido y fui donde él.

Lo miré y se sorprendió. Me preguntó mi nombre. Solo le dije Sirena. Me acerqué y lo besé en sus labios y mi cabello volaba al viento y él puso en mis labios los suyos. Fue una sensación inolvidable; fue un beso prolongado, pero a mí me pareció de un segundo, era mi primer beso de amor, yo tenía frío y me abrigó con su chaqueta y me cobijó con sus alitas.

Me contó que en un accidente que él había tenido, entre su delirio e inconsciencia, había visto una sirena. Ella tenía la misma cara que yo, y que a mí me faltaba la cola de pez. "No sé por qué, pero presiento que te conozco", él me dijo, yo lo miré y lo besé. Ya caía el sol sobre el océano y él me beso una y otra vez sobre la arena. Esta sería mi única noche de amor y yo estaba muy consciente de ello. Solo las estrellas serían testigos de lo que yo sentía y pasaría con mi amor... "Johnny". Al llegar los primeros rayos de sol en mi faz, debía volver al mar y dejar a mi amor. Había logrado que me amara sin el encanto que produci-

mos las sirenas, lo había logrado siendo una simple mortal por doce horas; lo besé y él dormía, dejé el traje de baño junto a él, desapareciendo bajo las aguas con una gran alegría y tristeza a la vez, pues ya no lo volvería a ver más, pero feliz porque había conocido el amor y había sido correspondida por doce horas de locura.

**MARIA INES ESPINOZA GUERRA,
33 AÑOS
TECNICA AGROPECUARIA
VALPARAISO, V REGION.**

dolor, les hizo saber su pensamiento:

-¡Amigos, hasta aquí llegué. Entiérrenme en esta cordillera tan querida; y a usted, compadre Pancho, le pido que haga llegar a mi hijo la plata que me corresponde por la venta del ganado que tenemos en Valle Escondido. El cabro está estudiando en Santiago y necesita los pesos!

-¡Así se hará, compadre, pero a usted le queda mucho, nos va enterrar a nosotros!

Arrieros... hombres de cordillera, que en más de una ocasión trajeron animales de contrabando, y en otras aumentaron su arreo con animales ajenos.

Los broncos los traían desde Zapala, y en la noche habían esquivado el Paso de Pino Hachado, torciendo en Las Lajas hacia Lonquimay.

Si no los hubiesen sorprendido los pacos, de seguro estarían bajando por Sierra Nevada, para vender los caballos en Curacautín o Temuco.

-¡Maldita suerte..., nos estaban esperando..., tienen que haberlos dateado...!

Comprendieron que tenían que salir pronto de su refugio. La cueva estaba ubicada justo donde actuaban ambas policías fronterizas.

Seguramente los animales del arreo habrían regresado a la Argentina. Ya había transcurrido un día desde que se habían encerrado en la caverna.

Bajó con muchas precauciones, pero no había nadie. Tenía la vaga esperanza de que las mulas no hubiesen seguido a la tropilla y estuviesen pastando en el valle.

Efectivamente, las tres mulas retozaban al lado de un pequeño arroyo. El arriero les habló y las bestias lo reconocieron. A continuación montó la suya y las otras lo siguieron, dejándolas trabadas al pie del cerro.

Su intención era llevar a don Guille hasta donde pudieran atenderlo, pero cuando fue a buscarlo, el hombre había muerto.

-¡Maldita suerte perra... Este hombre no merecía morir así; parece que lo presentía. En el camino me habló de su hijo y de que éste era su último arreo...!

Lo depositaron en una oquedad de las rocas y lo taparon con piedras. Al menos se había cumplido su último deseo: que lo enterraran en la cordillera.

Cruzaron el Bío Bío por el balseo de Empedrado. Tristes, al paso lento de sus mulas, tomaron el camino a Lonquimay.

En esos instantes Pancho se detuvo:

-¡Choroy..., vamos a tener que cortar de inmediato de Valle Escondido.

No sé por qué tengo un mal presentimiento. No nos vayan a levantar la liebre!

-¡Así no más va a ser. Capaz que algún agudo nos arree los potreros...! Siguiendo las riberas del Bío Bío hacia el Norte, viajaron durante un día completo, deteniéndose solamente a beber un poco de agua y comer algo de tasajo.

Valle Escondido era una pequeña hondonada, difícil de descubrir, pues estaba ubicada entre cerros muy altos, imposibles de escalar. Para ingresar al pequeño valle sólo existía un paso, entre unas rocas cubiertas de arbustos. Era un lugar ideal para guardar ganado, ya que contaba con buena pastura y agua en abundancia.

Choroy, al ingresar a la quebrada había oído humo. Efectivamente, un grupo de cuatro hombres asaban carne en una fogata. Las precauciones que habían adoptado estaban justificadas plenamente.

Eran cateadores que habían dado con el lugar, encontrando cerca de ochenta broncos sin marca alguna, a disposición de quien los llevara a la feria.

-¿Qué hacemos, Panchito..., tienen los potreros arrinconados y se están comiendo uno...!

-¡Malditos desgraciados; son más que nosotros, para recuperar los caballos vamos a tener que usar sólo inteligencia...!

Pensó detenidamente. Sabía que los cateadores eran gente muy supersticiosa; hablaban de aparecidos, ánimas en pena, luces que denuncian entierros, etc., etc.

-¡A ver, Choroy. Tú vas a ser jinete sin cabeza: ponte esta lona blanca como poncho, y en los hombros amárrate unas ropas, así se verá como que no tienes cabeza; agarra la yegua blanca que hay entre los caballos, con cuidado de que no te vean, y la montas. Luego, cuando yo haya espantado a los potreros, tú sales galopando de la quebrada hacia el campamento!

En la parte alta del cerro, justo sobre el lugar donde estaban los cateadores, existían grandes rocas, que con una palanca fácilmente podían ser desprendidas.

El arriero desmontó varias balas de su carabina. Mezcló la pólvora con sebo y azufre -del que usaban para curar las «mataduras» de las mulas-, y preparó con hierbas y maderas un pequeño montículo, justo detrás del corral, para encenderlo fácilmente.

Esperó hasta cerca de la medianoche. Una pequeña fogata alumbraba las figuras recostadas de los cateadores.

Pancho subió hasta las rocas y haciendo palanca con una estaca, pro-

vocó un alud de rocas y tierra.

El horrible sonido de la avalancha, las nubes de polvo y el temblor de la tierra, les pareció a los mineros «acabo de mundo».

Los hombres del campamento, horrorizados, veían como las rocas y tierras del derrumbe se precipitaban sobre ellos; trataban de huir hacia partes seguras del llano, cuando se produjo la estampida de los potreros que, espantados por el ruido del alud, y la luz vivísima que brotó de la parte posterior del corral, los indujo a huir en desbandada, arrasando hombres, fuego y enseres de los desventurados cateadores. Luego pasó todo. El ganado había huído al otro extremo del valle; del derrumbe sólo flotaba una nube de polvo.

Los hombres, ubicados en la base del camino de salida -único lugar seguro-, contemplaron horrorizados a la luz de la luna, a un jinete fantasmal, sin cabeza, todo de blanco, sin hacer ningún ruido, galopaba hacia ellos.

Hasta ahí duró su cordura; dando alaridos de espanto huyeron del valle maldito, perdiéndose entre los cerros de la cordillera.

Choroy volvió al campamento y Pancho observó, muerto de la risa, que había amarrado unos ganchos en las patas de la yegua, haciendo su galope suave y sin ruido.

-¡A estos gallos no le quedarán ganas de venir a ver a los potreros, pero por si acaso, malcornemos algunos y los otros los seguirán. Partamos de inmediato.

Así fue como Pancho y Choroy vendieron a buen precio sus broncos en Temuco, haciendo llegar al hijo de don Guille un tercio de lo obtenido, cantidad más que suficiente para que éste terminara sus estudios.

Hasta el día de hoy, cuando alguien habla del jinete descabezado, ambos sufren verdaderos ataques de risa, ante el asombro de los demás, ya que nunca han contado a nadie su aventura en "Valle Escondido".

OSCAR OLAVARRIA SANHUEZA,
63 AÑOS
TECNICO AGRICOLA
LAMPA, REGION METROPOLITANA.

LA FLOR DE LA HIGUERA

Al Sur de Chile, cuando existían los reyes, había uno que tenía dos hijos: Pedro y Manuel. Un día este rey se enfermó y quedó postrado en cama unos meses y después se recuperó, pero el rey perdió la vista, quedó ciego. Muchos fueron los que trataron de sanarlo. Para esto unos decían que se bañara en un río de agua helada; otros, que se fregara con plumas de gallo negro; pero seguía y seguía igual. Un día vino una hierbatera y dijo al rey que ella le decía lo que era bueno, siempre y cuando él le regalara una vaca para tener leche fresca. Este rey era muy avaro y codicioso, pero le dijo:

-Todo lo que tú quieras con tal de que me sanes de la vista.

La abuela dijo:

-Mira, ya vendrá la noche de San Juan y tú tienes que mandar a uno de tus hijos a buscar la Flor de la Higuera; él tendrá que cogerla justo a las doce de la noche.

El rey llamó a los dos hijos y les dijo lo que tenía que hacer uno de los dos.

-Bueno -dijo Pedro-, como yo soy el mayor, iré.

Pedro tenía treinta años, arregló su caballo, las maletas y emprendió su camino en busca de la flor. Habrían transcurrido dos días a caballo y Pedro no encontraba la higuera. Al tercer día estaba cayendo la tarde, cuando encontró por el camino una pequeña casa de adobe con su cocina echando humo; un perro le salió al camino. En esa casa se encontraba una abuela de unos ochenta años o más. Pedro acercó su caballo y la saludó:

-¡Buenas tardes, abuela!

-¡Hola, buenas tardes, mijito! -respondió ella- ¿qué se le ofrece a usted?

-Pasaba por acá, cuando vi humo; mi caballo está cansado y quiero dejarlo descansar un poco a él y también yo.

-Bueno -dijo ella-, desmonte, pase para la cocina a tomar un té.

Ahí Pedro le contó lo que buscaba y ella le dijo:

-Mira, hijo, lo que tú estás buscando está al otro lado de una loma que está detrás de esas matas de olivo, ¡allá está, esa mata!, pero eso será mañana -dijo ella-, porque ya se está oscureciendo.

-¡Que bueno! -dijo Pedro.

-Te puedes quedar esta noche aquí.

-Gracias -dijo él.

-Pero eso te costará tres pesos.

-No se preocupe, por eso acá ando trayendo dinero -y dio cinco pesos por la noche.

Desensilló su caballo, lo amarró, trajo su maleta de la montura y sacó pan amasado, queso, un mate yerba y una hermosa bombilla de plata.

-¿Para qué buscas esa flor? -dijo la abuela.

-Para quitarle una enfermedad a mi viejo padre, que es el Rey del fundo «Las Pircas», que queda como a dos días de aquí. Una yerbatera se la recetó, cuando lo fue a ver. Pedro se paró de la silla donde estaba sentado. Esta era mimbre y preguntó:

-¿Donde dormiré?

-En una cama que está al otro lado del corredor -dijo ella.

-¿Puedo conocer mi pieza, verdad? y Pedro empezó a caminar.

De pronto escuchó una voz que venía de una de las piezas de la vieja casa, la cual cantaba la más dulce canción con su guitarra. Pareciera como que venía del mismo cielo. Pedro le preguntó de inmediato a la abuela qué era eso que él oía.

-Bueno -dijo la abuela- ella es mi nieta que está cantando.

-¡Pero tráigala para saludarla!

-¡No! -dijo ella. Lo que pasa es que una bruja la castigó, porque su nieto se mató por ella. Esta bruja le hizo un mal y tiene que ser un príncipe que le quite el mal.

-¡Yo soy ese príncipe! -dijo Pedro- ¿qué tengo que hacer?

Ella dijo: -Tienes que esperar a que esté totalmente dormida, abrazarla y dormir con ella.

-Por su voz y por lo bello que canta, yo hago todo, ¡que venga para conocerla!

-¿No te reirás? -dijo la abuela.

-¡No, claro que no!, el hijo de un rey es muy serio.

Ella la llamó:

-¡Clara, Clarita!, venga que alguien te quiere conocer -se demoró un rato- ya viene -dijo la abuela.

En eso estaban cuando apareció una rana a saltos. El dijo:

-¿Qué es esa cosa? ¿es suya?

-¡Sí! -dijo la abuela- es mi nieta.

Pedro quedó asustado y empezó a hacer gestos de asco y repudio, pero no le dijo nada y se fueron a dormir. Pedro en cuanto estuvo en la pieza, cerró la puerta con una tranca, se levantó antes del amanecer, ensilló su caballo y se alejó a todo galope de ahí. No volvió nunca más.

Llegó a su casa diciendo una mentira: que no pudo encontrar la gran mata, y como éste tenía ganas de casarse, a los dos días se casó.

Manuel, que era el menor, dijo a su padre el rey:

-Yo tendré que ir a buscar esa flor.

Manuel se tenía mucha fe. Este tenía veintinueve años.

-Yo te traeré esa flor tan anhelada por ti. Este fue al corral, ensilló un potro negro, que era suyo, arregló las maletas y salió en busca de esa mata poco conocida para sacar su flor. Transcurrió el tiempo y llegó a la casa de la abuela. Esta salió a encontrarlo para que no le espantara unas ovejas que estaba ordeñando. Eran las vísperas de San Juan cuando éste llegó. Le contó lo mismo a la abuela. Esta respondió:

-¡Hoy es la noche!, pero pase a comer algo.

Eran las tres de la tarde, Manuel se había demorado mucho menos, porque sabía que se acercaba esa noche, sólo le faltaba ubicar el lugar. Ella le dijo por donde tenía que irse en la noche.

-¿No tiene miedo usted? -dijo ella.

-Para nada -respondió él.

Así pasó el resto de la tarde conversando bajo el parrón, cuando en esa pieza se volvió a escuchar la misma música que Pedro había escuchado.

-¿Qué es eso? -dijo Manuel.

-Es mi nieta que está en la pieza.

-¿Tiene una nieta? -dijo él.

-¡Sí! -dijo ella-, pero no puede salir porque está hechizada -y le contó todo.

Este le preguntó:

-¿Cómo se puede quitar este hechizo?

-Bueno -dijo la abuela-, casándose con un príncipe.

-¡Yo soy ése! -dijo Manuel.

-Primero tienes que verla, ya vendrá.

Pasaron a tomar té con pan amasado y carne. En eso dieron como las siete, ya estaba oscuro, pues el tiempo de invierno ya había empezado. Estaban a la orilla del fuego, cuando apareció la rana. El se volvió a mirarla y dijo:

-Pero, abuelita, ¿ésa es su nieta? -dijo riendo.

-¡Sí! -dijo ella- ésta es mi nieta; por favor no te rías.

El la tomó en brazos y dijo:

-¡Qué hermosa es ella, sus patitas son como de seda, su mirada también es tierna.

Manuel tuvo mucho interés en ella, la abuelita le contó todo respecto a ella, que su nombre era Clara, que tenía veintisiete años y que había sido embrujada por una vieja mala. Luego él le pidió alojamiento, ella se lo dio sin cobrar nada.

-Aquí será donde descanses un rato.

Manuel empezó a esperar que llegara la hora, se arregló un poncho y un gorro negro, luego su caballo y salió de la casa con un saco. Miró su reloj y éste marcaba las nueve. Montó y empezó a caminar por la dirección que le había dicho la abuela. Llegó al lugar, la mata se divisaba. Entonces dejó su caballo, sacó el bolso de la montura y empezó a caminar hacia la mata. Su reloj marcó justo las doce de la noche y la flor apareció. Él fue y puso un poncho y trató de que cayera en él, pero esto no pasó, porque se le corrió. Entonces le puso su bolso, movió la rama y la flor cayó dentro. Fue a su caballo, la amarró a los correones y volvió a la casa de la abuela. El contó lo que había pasado, ella se alegró y él le dijo:

-¿Y sabe usted, abuelita?, me voy a llevar a Clara para casarme con ella.

-Pero ¿cómo? -dijo la abuela.

-Sí, claro, eso voy a hacer -dijo él, y tomó a Clarita, que era la rana y se volvió al otro día al reino.

Como Pedro sabía que Manuel volvería al reino con la flor, lo fue a encontrar. Al otro día lo encontró camino a casa. Pedro preguntó de inmediato cómo le había ido, Manuel respondió que bien.

-Aquí la llevo -mostró el bolso.

-¿Y qué llevas en ese saco con tanto cuidado? -preguntó Pedro.

-¡Ah! -dijo Manuel y refiriéndose a la rana, dijo-, ésta es mi mujer o la que va a ser mi mujer.

-Pero ¡tan chica! -dijo.

-Bueno, por ahora es así -dijo Manuel-, pero en cuanto esté casado, verás. Entonces Pedro comenzó a pensar: ...si llevo a Manuel por el atajo y le digo que si puedo llevar la bolsa donde lleva la flor, estando en la cruzada más estrecha lo empujo y él va a caer y entonces seré yo quien llegue donde está nuestro padre y lo sanaré...

Dicho y hecho; llevó a su hermano por el atajo, como lo había planeado y le pidió la flor; éste se la pasó y estando en el camino más angosto, lo empujó. Manuel cayó con caballo, rana y todo. Pedro se alejó, llegó al reino y le entregó la flor a su padre, el rey. Este lo felicitó, y al otro día se mejoró de la vista y de su ceguera. Y así pasó el tiempo, transcurrió el invierno, la primavera y el verano.

Un día andaba un pastorcito arriando sus ovejas y pasó por el estrecho, en el justo lugar donde habían caído Manuel, su caballo y Clara. Allí había crecido una mata de cijuta muy grande. El niño pastor, que andaba con las ovejas, traía un cuchillo. Este vino y cortó un gancho a

la mata, para hacer una flauta. Siguió arreando sus ovejas, arregló la flauta y empezó a hacerla sonar, pero ésta no sonó, sino que decía:

-No me toques, pastorcito, no me dejes sonar siquiera. Mi hermano Pedro me tiene cautivo, es por la flor de la higuera...

Este pastor se fue corriendo a su casa con las ovejas. Llegó cansado y le dijo a su mamá lo que había pasado.

Esta algo sabía. Tomó la flauta y al niño y los llevó ante el rey.

-¡Quiero hablar con el rey, con nadie más! -dijo la mujer.

-¡Qué pase!

Y dijo ésta:

-Mire, mi rey, le traigo noticias de su hijo Manuel.

-¿Dónde está? -dijo el rey.

En eso le estaba contando lo que había pasado a su hijo cuando entró Pedro.

-No le hagas caso -a él no le agradó lo que estaba contando-. quizás Manuel se casó por el camino y no ha venido a verte, o no quiere saber más de ti.

-Déjala que hable -dijo el rey, y la señora le contó todo.

Entonces él dijo:

-¿Dónde está esa flauta?

-¡Aquí la traigo!

El rey la tomó y la hizo sonar de inmediato, en eso se escuchó el mismo canto. Todos salieron a buscar a Manuel; el niño los llevó al lugar, tiraron lazos muy largos y le hablaron... Era cierto, Manuel estaba vivo; con una yunta de bueyes lo sacaron, ahí estaba muy flaco y ojeroso él y su rana. El le contó a su padre lo que había pasado.

En el reino a los dos días se casaron Manuel y su rana. Esta ya no fue más rana, pues se volvió mujer; una linda y hermosa princesa, era algo de otro mundo, y Manuel estaba muy contento. Por otro lado, Pedro con su mujer se lo pasaban peleando; ella lo retaba como si fuera un niño. Un día el rey hizo una gran fiesta, todos fueron invitados. En eso estaban, cuando se sentaron a comer; Clarita, como estaba frente al rey, cogió un hueso y le dijo al rey:

-¡Toma, mi rey, esto es para ti! -y tiró un hueso. Este le pegó en el pecho y se convirtió en un diamante con perlas. Tomó otro hueso y lo volvió a tirar y le pegó en el dedo y se convirtió en un anillo de rubies, tomó otro hueso, lo tiró y le pegó en la muñeca y se convirtió en un brazalete de oro puro. En eso estaban cuando a Rosa, la mujer de Pedro, se le ocurrió hacer lo mismo, tomó el plato con huesos y papas

y lo lanzó sobre el rey. Este quedó todo sucio; unos huesos por el pelo, otros por el cuello, en los pantalones. De inmediato el rey fue el reír de todos. Con eso hizo que éste se enojara tanto, que echó a los dos de su reino, sin herencia, sin fortuna, sin nada, mientras que Manuel y Clara fueron muy felices y tuvieron muchos hijos.

Por eso cuando en la noche de San Juan escuchan una brisa como llanto, es Rosa y Pedro que están peleando y la Flor de la Higuera se está formando.

MANUEL A. BAEZ YAÑEZ,
30 AÑOS

PEQUEÑO AGRICULTOR
LO BARNECHEA, REGION METROPOLITANA.

CUANDO ANA TENIA OCHO AÑOS

Hecho real que pasó en las serranías andinas en "aquella casita solitaria" frente al lago Laja, "fue un drama real de la vida".

Dime, Ana, ¿eras tú muy chica cuando llegaste a Los Angeles, en la Octava Región del Bío-Bío?

Soltó Ana la costura en el regazo, y levantando lentamente la mirada de sus ojos pensativos la detuvo en la mía, al responder:

- No, era ya grande: tenía ocho años.

- ¿A ocho años llamas tú ser grande?

- Pues, según... Allá en mi tierra andina, si una tiene ocho años y hay en la familia niños chicos, no le queda más remedio que volverse grande. ¿Quién ayudaría a la mamá, si uno no lo hiciera?

- ¿Conque así es? Bien, Ana, ¿cómo viniste a Los Angeles? ¿Te trajeron tus padres? -dije buscando que la muchacha me contara la historia.

- No, yo era ya huérfana de padre y madre. Vine con la mujer de un tío mío, que fue por nosotros, en una carreta tirada por una yunta de bueyes tras dos días de viaje; pero llegó sin tropiezo.

- ¿Me vas a decir que por tierra y cuatro días de marcha en una carreta se hace el viaje de ida y vuelta al lago Laja.

- Hace diecisiete años sí que se hacía. Por supuesto, había que llevar cocaví, porque en el camino no hay comida ni negocios. Pero para lo que se come en el carro... -comentó encogiéndose expresivamente de hombros. Ya sabe usted que el mareo...

- ¡Y tanto lo que sé! -repuse haciendo una mueca.

Ambos nos echamos a reír.

-Le contaría cómo vine a Los Angeles -dijo Ana al cabo de unos instantes- pero... -se detuvo como buscando palabras con qué expresar la advertencia-... pero le daría a usted una pena muy grande.

- No importa; cuenta -dije yo-, animándola.

- Tal vez no sabré contársela bien -empezó Ana-, pero trataré. Mi padre era un humilde campesino, peón. Tenía su finca a orillas del lago Laja. También su propio bote, en el que salía a vagar a las aguas en busca de pesca por días enteros. A veces, si el tiempo se ponía malo, tardaba mucho en volver.

Vaciló Ana un instante, para proseguir bajando la voz, como si le apenara lo que iba a decirme:

- Mi madre era una mujer campesina muy bonita... Había tenido, incluyéndome a mí, cuatro hijos: Olga, que contaba entonces ocho años; Gilda, de cuatro; y Juan de... bueno, Juan estaba todavía muy chiquito, pongamos que tuviese año y medio. Vivíamos en una casita de canoas de roble a orillas del lago. Era pequeña, pero tenía en el corral un cuarto, con su piso de tierra apisonada. En la puerta de ese cuarto faltaba un pedazo, que se veía como una ventana a la que se le hubiera roto un vidrio.

Cerca de la rancho había un muelle, al cual atracaba el bote diariamente, y algunas lanchas, con algunos turistas, que se iban de excursión camino arriba, hasta el volcán Antuco o las montañas. Mi madre les vendía café caliente, pescado ahumado y pan amasado. Pero no era por esto por lo que vivíamos en aquella casita tan solitaria, sino por lo cerca que estaba del muelle.

Cuando mi padre volvía de pesca, a veces ya tarde en la noche, no era menester que echase a andar por esos caminos para ir a su casa.

En esas latitudes de serranía, la nieve tapa los caminos en el invierno, y es muy peligroso porque puede uno creer que pisa firme y caerse en un hoyo. Pasamos en la rancho todo el invierno. Un día, ya bastante entrado el otoño, dijo mi padre:

- ¿Cómo vamos a arreglárnosla aquí en el invierno?

- Eso no lo sé -dijo mi madre-, pero nada se pierde con ensayar.

Pues que sale mi padre al lago en su bote y que nosotros nos quedamos allí. En esto le dio a mi madre un catarro que no se le quitaba, sino que cada día la ponía peor. Por fin, de lo débil que estaba, no podía cuidarnos. Entonces llevó unos cueros lavados de oveja a la cocina, para tenderse allí y decirme el modo como debía hacer yo las cosas de comida y cuidar a los niños.

- Pero ¿donde compraban ustedes los víveres? ¿con qué calentaban la casa y guisaban la comida?

- Teníamos leña de sobra, y también con qué hacer un guiso de carne salada, pescado, arroz y papas -repuso Ana, que continuó así su relato:

-Un día me llamó mi madre aparte, y me dijo:

- Ana, es necesario que sepas una cosa: se nos echa encima el invierno; parece que tu padre tardará en volver, y no creo yo pueda aguantar mucho. Pronto tendré que dejarte, Ana... No sientas miedo de mí cuando me quede muy quieta, blanca como la nieve, y no te conteste por más que me llames... Sé que tus hermanos se asustarán al verme; y no quiero asustar a mis hijos.

Después de esto, mi madre me explicó lo que yo debía hacer: cerrarle los ojos; cruzarle las manos sobre el pecho, bien sujetas; echarle llave a la puerta del cuarto del corral.

- ¿Del cuarto del corral?

- Sí.

Ana, que había reanudado su costura, ponía ahora tanta fuerza en las rítmicas que parecía como si fuese a reventar el hilo. En voz apagada y con tono tranquilo siguió diciendo:

- Al poco tiempo, una noche hizo mi madre que le llevara su mejor camisa de dormir y que le ayudara a ponérsela. Después besó a Olga y a Gilda, que estaban dormidas; fue a sentarse en un tronco, cerca del fuego, y me pidió que le llevara a Juan, para tenerlo un ratito en brazos. Trató de mecer al niño y de arrullarlo con un himno corto que ella cantaba, pero no pudo, de lo debilitada que estaba, y me entregó al nene para que volviera a acostarlo. Cuando lo hube hecho, me abrigó muy bien en el chal que me anudó a la espalda, después de cruzármelo encima del pecho. Luego salimos para el cuarto del corral. Mamá descansaba en mí todo el peso de su cuerpo. Iba pisando descalza en el suelo. No llevaba más que la camisa de dormir; pero era la mejor de todas, con cuello y puños de crochet. Cuando llegamos me dijo que pusiera la tabla de planchar sobre dos sillas; como pesaba mucho, trató de ayudarme, pero en eso empezó a toser. Tosía tan fuerte, que tuvo que agarrarse del marco de la puerta. Se quedó después mirando el campo y las montañas, todo blancos de nieve, que daba frío sólo de mirarlas a la claridad de la luna. Bueno; después de bregar un rato colocamos al fin la tabla de planchar entre las dos sillas; una en cada punta. Yo tendí una sábana y puse una almohada. Una vez que mi madre se acostó allí, la cubrí con otra sábana.

- Mamá -le dije, entonces- deja que te arrope con algo más grueso, para que no sientas tanto frío.

- No, hijita- me contestó ella en voz tan baja que tuve que pegar mi cara a la suya para poder oírla. He venido aquí antes que me faltaran las fuerzas para moverme; pero ahora quiero descansar, mientras más frío sienta, más pronto descansaré... ¡Ay, Ana, mi hija grandecita, te has portado como una mujer hecha y derecha! ¡Qué consuelo tan grande eres para mí!

Ya no volvió a hablar. Pronto empecé a sentir que se le enfriaba la mano que yo le tenía tomada. Traté de hacérsela entrar en calor, doblándole los dedos, para que cupiera toda en mis manos, y echándole el vaho de mi aliento; pero cada vez se enfriaba más...

Le vendé los ojos con el pañuelo de dominguear de mi padre. Quedó como cuando jugaba a la gallinita ciega con nosotros. Le crucé las manos y se las sujeté con la tira de un delantal. En seguida me fui a la cocina, me calenté un poco las manos, busqué el peine y volví al cuarto del corral a peinarla. Le hice dos trenzas, como la peinaba cuando estaba enferma. Mi madre tenía el pelo muy hermoso, que le daba hasta las corvas, y de un color así como el de una tetera de cobre cuando la han arreglado bien. Cualquiera hubiera creído que era pelirroja; pues no lo era, sino rubia, de ese color que digo. Bueno; una vez que la dejé peinada, cerré con llave la puerta del cuarto, volví a la casa, y me acosté en la cama de mis hermanitos, buscando el calor que daban, porque estaba arrecida.

Al otro día les dije a mis hermanos que mamá se había ido. Se echaron a llorar, pero se consolaron pronto. Como ella pasaba los días tendida en aquel catre de la cocina, no les hizo tanta falta.

Yo cuidaba a mis hermanos y los entretenía. Así pasaron semanas, y llegó el mal tiempo, con tormentas de granizo y nieve. Se oía el viento llorar y quejarse. No asomaba nunca un alma por allí. De noche, cuando los niños se quedaban dormidos, abría la puerta muy despacito y me iba a ver si no le había pasado nada a mi madre. A veces estaba tan clara la luna que no hacía falta la luz de una vela.

La voz amortiguada en que Ana estaba haciendo su relato cobró un cálido tono de confianza al decirme:

- Desde entonces, siempre que veo una vela encendida, me entra una pena muy grande...

- Aquel tiempo tan malo -continuó Ana- duró poco. Apenas mejoró, llegó un hombre que había venido por entre esas nieves a decirle a mi madre que su marido no volvería más, porque se había ahogado en el lago en un temporal. Cuando el hombre vio a mi madre, y supo que yo me había quedado sola con mis hermanitos, se le aguaron los ojos; sí, se le aguaron. Entonces se fue otra vez por entre esas nieves, y anduvo cuatro leguas hasta la casa del ama de todas aquellas tierras; y entonces vino la patrona, con unas pieles muy lujosas, en un coche de dos ruedas tirado por un soberbio caballo con campanillas que sonaban muy lindo. El ama vio a mi madre y se marchó; pero en cuanto pudo, volvió y le puso un traje blanco con la mar de encajes, que se veía preciosa. Y también le puso unas medias de seda blancas y unas zapatillas bordadas con perlas.

Le dejó el mismo peinado que yo le había hecho, con sus dos trenzas,

pero le puso una corona de flores artificiales, blancas y verdes, que parecían de verdad. En la alta cordillera no se consiguen apenas flores silvestres en el invierno. Aquella corona era como las de las novias.

El ama prestó el coche para que toda la gente viniera a ver a mi madre: esa mujer tan valiente que no había querido asustar a sus hijos muriéndose donde ellos estaban.

Lanzó Ana un profundo suspiro, y murmuró como si hablase consigo misma:

- ¡Qué no habría dado yo porque mi madre viese aquellas zapatillas!
Interrumpí el silencio que siguió a esta exclamación, preguntándole a Ana:

- ¿Y no te dijeron que tú eras una niñita muy formal y muy valiente?

- Bueno, no tan niñita, tenía ocho años.

- ¿Qué pasó después contigo y con tus hermanos?

- El ama nos llevó a su casa, en el coche. Yo quería quedarme con mi madre, pero el ama me dijo que era menester que me fuese, por si lloraban mis hermanitos, que los debía consolar. No lloraron. Les hacían la mar de gracia las campanillas del caballo al trotar. Yo sí tenía muchas ganas de llorar; sin embargo, me tragué las lágrimas. Hubiera sido feo llorar yendo con el ama. Ella era una gran señora, de las que están con la reina en la corte. Mandó gente a que le hicieran a mi madre su ataúd, y la llevaron a una sepultura hecha al lado de un gran peñasco, donde actualmente todavía reposan sus restos, cargada con un bardón de nieve eterna. El ama hizo poner en la sepultura, esculpida en la piedra blanca, unos versos. Yo no sé traducir bien lo que decían. Era algo así, más menos: «La fuerza que hay en el corazón de la gente humilde campesina, es la esperanza de Chile».

- ¿Después que pasó todo eso fue cuando llegó mi tía?

- Sí. El ama le escribió a un hermano de mi padre, que vivía en Los Angeles, diciéndole que ella se haría cargo de nosotros. Pero él mandó a su mujer a buscarnos. Y así vine a esta ciudad, y tengo mi oficio de costurera, que con el dinero que gano, solvento mi gastos para sobrevivir.

*PATRICIA ELENA ARANCIBIA KATZ,
39 AÑOS
TECNICA EN PRADOS Y JARDINES
MACHALI, VI REGION.*

Faint, illegible text covering the majority of the page, likely bleed-through from the reverse side of the document.

PROLOGO

Este cuento es parte real y parte ficticia.

El castillo de Peñuelas existe y se puede comprobar al ir camino a la costa de San Fernando. Los nombres, fechas, lugares y detalles son producto de mi imaginación, aunque, quién sabe, pudo haber sido real.

EL CASTILLO DE PEÑUELAS

Como toditos los cuentos, éste empieza con «había una vez», para qué vamos a cambiar las cosas. Bueno, empecemos entonces. Había una vez, por allá a mediados de 1800 un lugarcito, hacia la costa de San Fernando, como yendo para Santa Cruz, que se llamaba San José de Peñuelas. Más que un lugarcito era un fundo, y no un fundo, sino un fundazo. Este fundazo tenía dueño, claro, no iba a ser de los pájaros: Don Rogelio Ríos de la Fuente, pero le decían Don Rogo. Era buen patrón, ayudaba a sus empleados en lo que podía, si una de las mujeres iba a dar a luz, él no dudaba en mandar su carroza con caballos negros a buscar al médico, que en esos tiempos eran hartos escasos.

La gente lo quería; don Rogo es güenazo con nosotros, decían los peones. Si el fundo no era malo, tampoco era de los mejores; la tierra era puros terrones y las chacras no se daban muy bonitas. En las partes donde la tierra era mejor, la galega tapizaba el terreno y las bestias andaban hambreadas, porque encontrar una matita de pasto era una suerte. Don Rogo estaba preocupado, sabía que si las cosas seguían así pronto se iba a arruinar y tendría que dejar su querido San José de Peñuelas. Según cuentan las malas lenguas, en este pensar y pensar, Don Rogo se empezó a encerrar y pasaba horas y horas encerrado, pensando qué hacer para sacar su fundito de la ruina.

Pasó el tiempo, llegó el invierno, pero más que invierno parecía verano. La sequía hacía ya dos años que azotaba la zona central y en especial la provincia de Colchagua. En el río Tinguiririca apenas venía agua para que tomaran las pocas y flacas bestias.

A todo esto, Don Rogo había cambiado, y benaiga que había cambiado. Ya no era el hombre amigo de los inquilinos, que si les faltaba para comer él les daba de su plato, que quería a los niños, que los apadrinaba y de vez en cuando les llevaba uno que otro regalito, y que les hacía favores a los peones. Ahora era un hombre hurano, frío, prepotente, Don rogo se había convertido en un hombre malo.

Empezó a racionar la comida de los trabajadores, ya no eran dos galletas, sino una, ya no eran dos platos de porotos con mazamorra sino uno y no muy lleno. La gente se preguntaba qué le habría pasado ¿se habría vuelto loco de tanto pensar en salir de la ruina?

Llegó el 24 de junio de aquel año y Don Rogo ya de temprano se encerró en su biblioteca, sin dejar entrar a nadie a su casa patronal, ni siquiera a su fiel ama de llaves y doncella, doña Eduviges.

Cuentan que esa noche pasaron cosas muy raras en la casona del fundo de San José de Peñuelas. Los inquilinos curiosos fueron a mirar por los ventanales y dicen que Don Rogo no estaba solo, sino pactando con el Diablo.

Desde ese día Don Rogo cambió radicalmente, tanto así que los hombres que un día habían sido sus amigos y mano derecha en el fundo, le temían porque era capaz de mandar a darle de latigazos a un peón si no obedecía al pie de la letra. Poco a poco en el fundo y en los alrededores fue tomando fama de algo así como la Quintrala pero en versión masculina. Pero eso no fue todo. Un día en la mañana Don Rogo se vistió con su chaqueta de huaso y todos sus aperos, como cuando iba a misa al oratorio del fundo los días domingos, y se dirigió al portón del fundo, así a pie, sin su carroza y sin su chofer, llegó a la entrada y se paró en frente de San José, patrono de toda la gente de Peñuelas, santo que por siglos había amparado a los feligreses, nunca faltaba una velita a sus pies. Este santo es harto milagroso, decían los peñuelinos. Bueno, allí se paró, y mirándolo con un odio indescriptible le gritó: ¡fuera de mi casa, carpintero de mierda!, y cogiendo un palo le quebró la cabeza, quedando así el cuerpo con el bastón en el pedestal. La gente horrorizada al ver la maldad de este hombre empezaron a correr el rumor de que ya no era Don Rogo, sino el Diablo.

En el momento en que la cabecita de San José tocó el suelo, la tierra brotó y al día siguiente la tan esperada lluvia bañó todo el lugar haciendo que aumentara el agua en el río y que las cosechas ese año serían buenas. Esto no favoreció solamente a Peñuelas, sino a todos los alrededores de la provincia.

Ya no tenía por qué preocuparse porque las cosechas de ese año las tenía seguras.

En tanto, Don Rogo mando clausurar el oratorio del fundo, y lo más raro, mandó construir un castillo en el cerrillo más alto del fundo. Este castillo tenía que ser grande, muy grande y estar completamente terminando antes del 24 de junio del año siguiente.

Dispuso una gran cantidad de hombres a trabajar exclusivamente en eso, desde las seis de la mañana hasta que oscureciera. Tenían que llevar inmensas piedras hasta la loma del cerro, tan grandes que tenían que ser arrastradas por seis yuntas de bueyes.

La vid ese año dio como nunca antes, unos tremendos y jugosos racimos que Don Rogo vendió muy bien. En las huertas los choclos estaban cargando las varas, lo que aseguraba una muy buena cosecha de maíz. El trigo, para qué decir: amarillito y limpiecito, aseguraba semillas para todo el fundo de Peñuelas, porque así se llamaba ahora. Don Rogo prohibió que se le llamara San José e hizo sacar del portón el nombre del fundo, borrando San José y dejando solamente Peñuelas. Pero llegó febrero y el castillo llevaba recién la parte de abajo, es decir le faltaban más de tres cuartas partes. Es que ya no damos más, pues patrón, le reclamaban los peones, y era cierto, si en un día apenas alcanzaban a subir dos o tres piedras, los pobres. Nadie entendía ese afán de construir un castillo teniendo esa inmensa y preciosa casa patronal, y la urgencia de hacerlo antes de junio.

Nuevamente se vio preocupado a Don Rogo; comenzó a encerrarse en su biblioteca, pero esta vez no era por el fundo sino por el castillo: tenía miedo de no alcanzar a construirlo. Buscó más trabajadores. Si de algo hubiera servido habría ido él a trabajar con tal de terminar pronto.

Pero no se pudo. Llegó el otoño, llegó mayo y al ver que al castillo le faltaba la mitad para estar listo, ordenó detener las faenas.

Mayo y principios de julio los pasó encerrado en su mansión. Se le sentía llorar por las noches y así llegó el 24 de junio.

El 23, por ahí como a las seis, cuando ya caía la noche, se le vio salir de su mansión. Las barbas largas, el pelo despeinado y la ropa sucia lo hacían verse distinto, como otro; no como aquel hombre que un día ayudara a que una mujer diera a luz un niño que después, como siempre, él apadrinaría.

Se dirigió al castillo, como hipnotizado, con la vista en el horizonte. Exactamente a las doce de la noche el castillo se incendió. El fuego se podía ver desde lejos y la forma de las llamas reflejaban claramente la horrible faz del diablo, y se sentía su risa. Al día siguiente la gente fue a ver qué había pasado. No había rastro de fuego, el castillo estaba intacto y en el medio el cadáver carbonizado yacía estirado como intentando huir.

Sus funerales fueron tristes. La gente lloraba al recordar cómo era el

antiguo Don Rogo, antes de que el diablo se apoderase de su alma. Al salir del fundo la gente quedó impactada: la imagen de San José estaba intacta, como si nunca le hubiera pasado nada y el letrero con el nombre del fundo decía nuevamente San José de Peñuelas. Nadie supo quien escribió el nombre, así como nadie recuerda a Don Rogelio Ríos de la Fuente.

Ha pasado el tiempo y en la fértil provincia de Colchagua hay un lugar llamado San José de Peñuelas y ahí está el castillo que muchas veces han querido reconstruir, pero no han podido porque Dios y San José no quieren que el Diablo tenga casa y menos un castillo. Cuando venga para Santa Cruz mirelo y verá que un misterio envuelve, porque tal vez este sea un cuento pero lo que no es cuento es: **EL CASTILLO DE PEÑUELAS.**

**DIGADIEL HERNAN ROJAS RUIZ,
15 AÑOS
ESTUDIANTE
SAN FERNANDO, VI REGION.**

RETORNO

Mi profesión es ser jardinero y como tal uno tiene que cuidar el suelo e ir de a poco dándole textura, cuidándolo más que a uno mismo. Se suceden unas a otras diferentes complejidades muy largas de ir explicando, pero como una forma de graficar mejor las cosas, puedo decir que la luz solar es el factor que controla predominantemente la floración.

Toda flor necesita de estímulos, unas veces puede ser el sol y otras la obscuridad. El caso es que soy jardinero y aquí estoy contando una historia que le sucedió a otro jardinero.

Así se van tejiendo las historias o los cuentos, relatos que nos llevan paso a paso a vivir de a poco nuestras tradiciones, que se han ido perdiendo con el tiempo.

Esto que voy a relatar de la mejor forma posible ha perdurado para siempre en mi memoria, ya que sucedió en un jardín cualquiera de un pueblo cualquiera; se ha ido transmitiendo de jardinero a jardinero y por primera vez se relata en forma escrita.

Es importante saber también que la temperatura desempeña un papel central en la iniciación de la floración, así como lo hace en la germinación de la semilla.

En todo esto la mano verde del jardinero tiene importancia vital, por eso es que conversamos de días cortos, de noches largas o al revés; y para qué hablar de la importancia del agua que va entregando nutrientes disueltos que son absorbidos por las raíces.

Y de las épocas del año, mejor ni acordarse, una de estas épocas o etapas del tiempo fue donde empezó todo de una manera sencilla, casi sin alardes, calladamente, en silencio por mientras afuera en la obscuridad todo se conjugaba, ya sea para bien o para mal.

El movimiento ascendente del agua caliente del mate mezclado con un poco de aguardiente, sonaba a través de la bombilla con su característico ruido sordo como cuando le hacemos cariño a un gato, de esos tantos gatos que están desparramados por todas partes.

Y allá en el jardín la traslocación ascendente también se producía. ¿Han visto una representación esquemática de la entrada del agua a una planta?

El caso es que allá afuera se estaba gestando todo con el constituyente principal de toda célula viviente activa de nuestro planeta que es el agua. Llovía como llueve por estos lugares, de repente un fogazo en el firmamento y luego el ruido del trueno producían cierto malestar a los que

nos encontrábamos calentándonos a la orilla del fuego. Noche de perros, larga la noche. Seguimos dándole al mate y al aguardiente, masticando de a poco un tortilla al rescoldo hecha por la mano de monja de la dueña de casa, con ají picante cacho de cabra.

Allá afuera los relámpagos, apenas cinco segundos de luz cegadora formando una fotosíntesis apreciable, dando a lo mejor la energía requerida a la tranquila y callada transformación de ella.

Productos seriados van produciendo corrientes ascendentes de electrones energéticos y todo esto mezclado con la luz de los relámpagos o el sonido de los truenos, el humo que se escapaba y que lo arrastraba al jardín, formaban la química primaria.

Pequeño tubo de ensayo o a lo mejor probeta el jardín, la casa, el mate, el aguardiente y allá en lo más alejado callado el proceso cumpliendo paso a paso sus etapas de energía radiante de hidrógenos de electrones, de energía de vida.

¿Quién iba a pensarlo? A lo mejor fue una dosis mayor de vitaminas o aminas de la vida que ejercen una función general de metabolismo o puede haber sido el mate o el aguardiente el que me hacían ver las cosas, contaba mi colega el jardinero.

A un perro le dio por aullar esa noche y el gato puso unos ojos más redondos que un plato. Parece que al gato le salían chispas por los pelos que los tenía así de tiesos, más tiesos que una vara de gladiolos. Esto nació así de repente, tiene que haber sido algo lento, ese algo que es difícil de explicar, sobre todo cuando no se tienen los conocimientos adecuados, pero a jardinero no me la ha ganado nadie y conozco una planta, conozco el pasto bueno y la flor buena, si hasta le canto a las flores y parece que ellas me conocieran a mí también.

Me encanta cantarle a los jardines, silbarles despacito y hacerle cariño a las bellas hortencias.

Risas a granel, ya que sabíamos que el Viejo, como le llamábamos cariñosamente, andaba de requiebres con una tal Hortencia que tenía el mejor jardín de aquel pueblo del Sur.

Un poco amoscado el Viejo nos dice: qué saben ustedes, preguntentele a una madre cuál es la mejor hora de bañar a un niño y ella se los va a decir; así de fácil es cuidar un jardín y eso que yo no he pasado por ninguna escuela, esto de ser jardinero me nació de tanto ver a mi abuelo y mi abuelo lo aprendió de su padre y yo estoy aquí de cuerpo y alma siguiendo de ser jardinero.

El aire libre, niños, favorece a las plantas, ellas no pasean, todo depende del tiempo que uno les dedique, del cariño con que uno las trate. Es lo mismo que si uno fuera la madre y el padre de las plantas. O no han visto nunca cómo después de darle un baño a un niño la

madre lo toma y lo frota suavemente y le canta y le conversa y si está el día muy lindo y si está el sol, lo seca de a poquito para que desde allá arriba los rayos de este sol lo acaricien. Así yo trato a mis plantas. Nos callamos un rato pensando, sólo el viento y el agua seguían su eterno diálogo allá afuera, el gato se estiró un poco como con flojera mirando a un rincón y parando las orejas. El Viejo nos miraba de reajo como calándonos por lo que nos había dicho.

Hasta que saltó uno de nosotros para decirle: ya pus, don Pedro, siga contándonos su historia, no se amostace tanto, si fue una broma y nada más.

El viejo se sintió importante, tomó un pedazo de tortilla y así lentamente como comen los viejos se mandó un tragón que lo anduvo atorando un poco; para pasar el mal rato se tomó otro mate y parece que le echó más aguardiente que de costumbre.

Como les iba diciendo, nació así de repente, si era una noche muy parecida a esta noche, el caso es que allá más al fondo de mi jardín, yo había encontrado y enterrado una papas muy extrañas que me parecieron de flores.

No salían, a pesar de que yo cuidaba el pedacito de suelo como nunca lo había hecho, hasta casi llegaba a llorar de pura pena porque no salían sus capicitos a darme la esperanza de verlas crecer, para cuidarlos y ver cómo eran y de qué flores se trataba.

Pasó el tiempo, llegó el otoño y nada; el invierno, nada; la primavera, nada, y se me fueron olvidando mis queridas papas de plantas. Había que cuidar otras y otras, así es la vida del jardinero, siempre cuidando, desmalezando, cuidando sus jardines, su vida.

Un año justo, verano nuevamente, laboreo de verano, laboreo de otoño, desmalezando, limpiando, y me encuentro con un asomo de vida, allí estaban calladitas, creciendo; qué dicha más grande. Para qué les digo, si llegué hasta pegarme la curadera más grande de mi vida.

Ustedes saben que yo era casado y, mala suerte, no tuve nunca un hijo y mi vieja se mandó a cambiar para el otro lado de donde me debe de estar mirando por ese mismo, es como si se hubiera nacido de repente los hijos que nunca tuve. Me pegué la curadera y cantaba de contento y se comunicaba a mis amigos de ese tiempo.

El viejo jardinero seguía contando su historia. Hace rato que nos tenía en suspenso; por un momento se le vieron brillar sus ojos de viejo, y, como mirando hacia el patio donde teníamos nuestro espacio dedicado al jardín, traspasando la barrera de los recuerdos, se detuvo un rato como para tomar aliento.

El asunto es que mis plantas habían nacido, eran de un color distinto, el de sus hojas. Nunca había visto unas hojas como aquellas, se pare-

cían mucho al terciopelo rosado, suavecitas cuando yo las tocaba, parecía como si me agradecieran el que les hiciera cariño, lindas mis plantas, lindo el color, si hasta parecía como si el jardín entero se estuviera renovando solo y eso que era invierno, uno de los más crudos que se han visto.

Lo raro es que los vecinos empezaron a decir que en el jardín andaba la animita de no sé quien, que se veían luces. Yo era joven en ese tiempo y trabajaba como contratado, me acostaba cansado para luego al otro día seguir con mi trabajo. Ya les dije que uno cuida a su jardín mejor que a uno mismo.

Al principio no me inquieté mucho, pero veía con sorpresa que las plantas crecían como más rápidas que de costumbre, si hasta las que tenían que nacer en primavera estaban saliendo y la tierra me parecía más calientita, las plantas seguían creciendo y lo más curioso es que en realidad se veía como si una cúpula de luz las rodeara protegiéndolas de la lluvia y del viento.

Fueron creciendo lentamente, rodeadas siempre de esa luz que las protegía, si hasta el perro que tenían en esa casa no se aproximaba, ya que un día fue a meter sus narices y salió aullando y con el hocico, medio chamuscado. Lo increíble, seguía contando el viejo, era que si yo me aproximaba, la luz se abría y me dejaba acariciarlas y cuidarlas. Pasó el tiempo, no tan largo, pero ¿quién detiene el tiempo? no se puede volver la carretilla para atrás, se respondió a sí mismo. Me fui dando tiempo para mirar desde lejos sin que se diera cuenta la luz y lo extraño es que pareciera que cambiaba de lugar, es como cuando juegan los niños chicos haciendo alboroto, revolviendo todo a su alrededor. Y las sorprendí, verdaderamente las sorprendí; un jardinero sabe de memoria el lugar donde están enterradas sus plantas y el espacio que se les designó anteriormente. Ellas se habían corrido de lugar, estaban un poco más juntas algunas, otras más lejos y una permanecía un poco ladeada; era verdaderamente asombroso todo aquello, habían revuelto todo el lugar. ¿Las plantas? ¿Quién? Todavía no me lo explico. Los jardineros somos verdaderos investigadores privados, ya que tenemos que vigilar, tomar notas, obtener resultados, plagas, chopes, tiempos, sol, aire, tierra; todo un universo al cuidado de nosotros para deleite de los demás y la satisfacción propia. Así somos y seremos siempre, el viejo no era una excepción de la regla.

Con su voz todavía más animada, sea por el mate con aguardiente o por su mismo relato, continuaba. Lo verdaderamente cierto es que la

luz iba creciendo a medida que crecían las plantas en el interior de la cúpula. Si ya alcanzaban el porte de un cristiano, ellas. Las plantas parece que se habían puesto un poco más serias, sus hojas largas y sedosas se aproximaban unas a otras como haciéndose cariño, el desorden alrededor era menor. Fueron tomando ciertas formas y diferentes coloridos, nunca perdiendo ese color de tul rosado, unas más encarnadas que las otras. Difícil de explicarlo.

El jardín alrededor era más bonito, nunca creo voy a tener otro igual y eso que era invierno. No crecían malezas, el pasto parecía una mesa de billar, los árboles ya empezaban a dar luz a sus primeros brotes. Todo era lindo como un cuento.

Hasta que un día, más bien dicho una noche como ésta que suena, el trueno y el relámpago alumbran la oscuridad, sucedió lo que tenía que suceder. Se sabe que en una tormenta primero viene la luz y luego el trueno, todos lo sabemos. En esta ocasión sucedió al revés, se sintió el trueno potente que llegó a estremecer la tierra y luego una luz ennegecedora iluminó el jardín.

Salí a ver mis plantas, ya se sabe que las quería como a mis hijos, esos que nunca tuve, y allí estaba ella, grande, silenciosa, esperando detenida en el aire sin ruido, sólo con su luz que cambiaba de tonalidades a cada instante; parece que enviara señales, parece que estuviera comunicándose con algo o con alguien mejor dicho.

Mis plantas nacidas de esas papas extrañas estaban agrupadas más juntas y la cúpula que las encerraba se había alargado. Descubrí que sus pétalos y sus hojas y sus tallos estaban vibrando de alegría, me pareció ver unos rostros extraños, pero simpáticos en mis flores. Sí, creo que eran rostros y brazos de hojas de pétalos de estambres, mis plantas tenían vida propia y esa cosa brillante en lo alto las estaba llamando.

Un movimiento de tierra, un temblorcito, luego un viento tibio acariciante y mis plantas y la cúpula se elevaron por el aire hasta incrustarse suavemente en la esfera mayor.

*HUGO LUIS GAJARDO RODRIGUEZ,
53 AÑOS
JARDINERO
MULCHEN, VIII REGION.*

HISTORIA Y CUENTOS DE PAMPA REDONDA

Quizás el destino o la verdad, me ha guiado para relatar una historia real que ocurrió el año 1990 al 1991, aproximadamente, en el loteo Pampa Redonda, en una parte de mi región que siento tan propia, que muchos considero mi gente, sus costumbres, su amabilidad, etc. Donde la tierra que me vio nacer, correr, llorar, gritar, jugar, amar. La cual ha dado hoy sus frutos. Una dama que es mi señora esposa, muy trabajadora. Con la gracia del Altísimo me dio dos hijos, Víctor Manuel y Alejandra Paola. Mi pequeña casa en dos hectáreas ubicada en un progresivo valle en un sector que viven alrededor de 180 familias de huerteros repartidos en tres loteos, que a paso cansino se fueron incorporando, Villa Andrea y por último loteo Volkart, formando lo que es hoy un complejo de huerteros bastante apreciable.

Lo que posteriormente dio origen a la Junta de Vecinos N° 42 (30 de junio).

Esperando que nuestro sector se mantenga y no sea atropellado o absorbido por las empresas constructoras que ofrecen sumas tentadoras para ocupar con poblaciones. Y se pierda la familia agrícola.

Las principales características de este pequeño relato encierran parte de la historia en forma sencilla, como es la gente de nuestro campo, en el cual involucra a horticultores de este sector. Es un relato verdadero de la gestión de directivas, de gente humilde que se sobrepuso a muchas adversidades. Con sacrificio se puede lograr un objetivo que uno persigue, en cuanto a la agricultura de nuestro sector estaba bastante abandonado y desprotegido.

Transcurría el año 91 cuanto integralmente a esa fecha, ya era pequeño huertero teniendo avances y muchos fracasos. Por poca experiencia, debido a las circunstancias, llegué muy joven a la agricultura. No estoy arrepentido de trabajar la tierra.

También me afianzó y dio confianza al ver la gente con empeño. Daba todo por ver crecer este pequeño sector con reparaciones y ampliaciones de caminos que en sus comienzos eran transitados solo por carretas leñeras, sin energía eléctrica, agua y ahora gas natural.

Con la unidad y voluntad de hacer las cosas, más la ayuda de las autoridades regionales y algunas gubernamentales, tales como INDAP, FIDE XII, dependiente al obispado de Punta Arenas, han sido siempre el

sostén de nuestras organizaciones, mudos testigos de nuestras penas y gloria y el progreso del sector.

Tradicionalmente la vida del agricultor de mi país es difícil: escasez de maquinarias, tecnología, recursos y la escasez del recurso natural.

La historia que se relata, cuando se iniciaron los descubrimientos y el balance de una gestión que era para nosotros la más viable nos inclinamos por presentar un proyecto a una repartición gubernamental como FOSIS. En ese entonces apoyado por la gestión del FIDE XII Regional, apoyando a quien le relata esta historia, que en esa ocasión era Presidente del Comité de Huerteros (Pampa Redonda), Secretario Segundo de Lao, Tesorero don Bruno Chaura.

Toda familia que vive en una zona rural también puede acceder a un ambiente digno, fue uno de los lemas que nos embargó para iniciar lo que construimos.

Al hacer un balance generalizado de lo que realizó el comité quizás quijotesco, lo primero fueron los caminos.

Con la gran cooperación de la Ilustre Municipalidad y posteriormente a esto, realizó en conjunto para el alambrado con capitales propios adquiriendo la postación en los canales de la región trasladado por la Armada de Chile que suscribió lo que hoy día es tener energía eléctrica. Posteriormente se incorporó Villa Andrea y sucesivamente Loteo Volkart. Por el agua, quizás fue uno de los trabajos más difíciles, es el tema que lleva a relatar lo que hoy es realidad, lo primero por ser protagonista directo de esta obra de regadío, la primera en mi región.

Comenzamos varios para ser exacto, 18 posibles usuarios, 2 más de los 16 que nos presentamos en el proyecto FOSIS, que se presentó alrededor del año 90. Al fin terminé siendo Presidente, Secretario, Tesorero.

Muchos desconfiaron y no tenían la confianza suficiente de la persona que los guiaba. Es de comprender que muchas lágrimas corrieron porque es difícil aceptar algo, comprometerse y no poder cumplir.

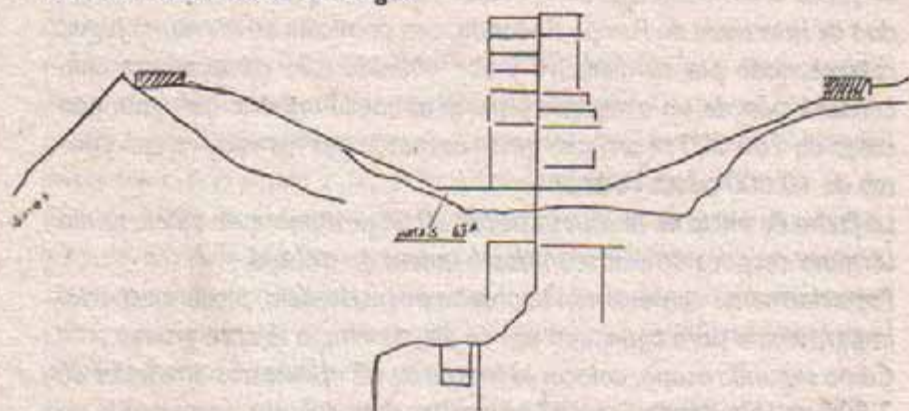
Hermoso llorar por amor y alegría, triste por pena o amargura.

La primera etapa o comienzo en la primavera del año 1990 fue presentar un proyecto FOSIS, que beneficiaría a 16 vecinos del sector.

El trabajo de topografía fue muy grande por lo desmembrado del suelo. Dentro de nuestro proyecto, se incorporaron dos estanques australianos de diez mil litros, ambos en la altura del sector uno se le incorporaría una bomba eléctrica y otro, alimentado por gravedad, unido por una matriz de 63 milímetros, repartiendo el agua a 16 huertas, más

un hombre contratado mensual para controlar bomba estanque pagado por el comité.

Grosso modo, usted puede comprender que la obra que se encaminaba era muy interesante para el sector, incluso asistieron dos ingenieros hidráulicos de Santiago.



Para controlar las vertientes que ya tenían pedidos sus derechos, además controlar si las aguas eran suficientes para alimentar los estanques.

Resumiendo, el año no fue viable. Su costos ascendía a los 18.000.000 de pesos, de los cuales dos millones fueron para el ingeniero magallánico que ejecutó el proyecto, Don Víctor Fuglie.

Con esto se dio término a una ilusión que duró mucho en las mentes para tener agua de regadío.

La imperiosa necesidad de recuperar nuestra lucha por tener regadío. Se dio inicio a un trabajo que no tendría fin hasta que Dios lo disponga, con mucha esperanza de pedir y golpear puerta a puerta, y comenzamos con lápiz y cuaderno a recorrer empresas de la región, donde tuvimos una acogida favorable como la Empresa Nacional del Petróleo, Constructora Tenenge, Maderas Monte Alto, Maderas Vilicic, Malatrassi, Mansilla Hermanos, Ingeniería Civil Vicente y otros que perdonen porque la memoria es frágil, muchas empresas hicieron eco a nuestro llamado.

Una de las empresas que más realizó o nos benefició, con su buena voluntad, fue la empresa Mansilla Hermanos.

No sabemos cómo agradecerle la gran disposición que tuvo con esta obra, de gran envergadura, como traslado de máquina pesada y camiones, al sector donde se asentaría y se iniciaría la construcción de esta obra.

Tampoco puede olvidar la cooperación del vecino Julio Muñoz, hoy Vicepresidente de la Junta de Vecinos José Hidalgo; Epifanio Millapel (Presidente de la Junta de Vecinos N°42); Guillermo Díaz, Presidente de la Asociación de Agricultores de Magallanes A.G.

Se firmó el contrato con don Nibaldo Necul Vargas, entre la comunidad de huerteros de Pampa Redonda, con domicilio en el mismo lugar, representada por su directiva y don Nibaldo. Se compromete a la construcción de un estanque para el almacenamiento de agua, con costo de 260.000 pesos, con gasto costeado por los vecinos con cuotas de 10.000 pesos cada uno.

La fecha de inicio de la construcción: 20 de noviembre de 1991, se dio término después de transcurridos 6 meses de trabajo.

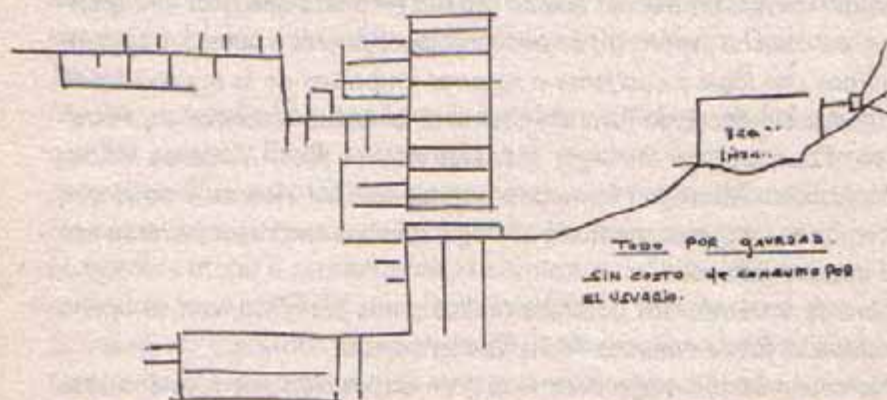
Posteriormente comenzaron la prueba de resistencia, pintura especial impermeable para agua, con eso se dio término a la obra gruesa.

Como segunda etapa, colocar la matriz de 63 milímetros alrededor de 2.800 metros lineales con 43 arranques domiciliarios aproximado en la primera etapa y sin costo en la canalización.

La otra empresa que fue digna de elogio fue la de aseo, como Starco S.A., que dispuso una retroexcavadora para canalización en el cual se sentaría la matriz.

También entre otra parte de la obra nos tocó participar en la colocación de la matriz de 75 milímetros, con la diferencia que esta era entubar la captación de agua de vertientes para que se deposite agua limpia al decantador la del Norte y la del Sur.

También este pequeño bosquejo de la obra en sí terminada.



En todo este trabajo en ningún instante ocupamos energía, todo viene por gravedad, captación y reparto de agua sin etapas de noche y de día. Hoy el estanque de Pampa Redonda alimenta a 70 huerteros. Quizás

en forma sencilla, se relató algunos pormenores de lo mucho que se pasa para lograr algo.

Las ingratitudes, poca voluntad, desconfianza, vulgaridades, el cual encierra la envidia, quizás en toda directiva que existe en nuestro país ocurren estas diferencias en nuestra organización no tiene que estar al margen de esto.

A fin de febrero, se iniciaron las pruebas de agua en dos o tres ocasiones, antes de la inauguración también pensamos en una presunta desgracia, ojalá Dios no lo permita caso de siniestro, pastizales o bienes materiales, una salida 2 1/2 para alimentar móvil de Bombero.

También cabe hacer notar que la ciudad puede estar tranquila, nosotros devolvemos la mano mientras nuestras vertientes no se sequen siempre cooperaremos con agua a quien lo necesite pura y cristalina como agua mineral. Agradecemos a la gente que tan dignamente nos abrió la puerta cuando se la golpeamos.

Hay que hacer notar, la mayor implementación de invernaderos, cultivos bajo plástico, se ve un crecimiento generalizado del sector.

El 11 de abril de 1992, a las 11:30 horas, se dio comienzo a la ceremonia de inauguración con asistencia del señor Intendente don Roque Tomás Scarpa, Alcalde don Carlos González J., Padre Obispo Tomás González Morales, Seremi de Agricultura, Funcionarios de INDAP, FIDE XII, Vecinos del sector, etc.

El corte de cinta exactamente a las 12:30 horas y la abertura de la llave que dio paso acelerado del agua que se introducía a gran velocidad, corriendo desesperada a complacer a aquel que lo pedía.

Muchas lágrimas para quien le escribe este pequeño relato, porque para lograr lo que hoy es realidad, en casi un poco más de un año tuve muchas veces que abandonar el calor familiar.

Llegar con solo papeles bajo el brazo y con escaso pan para los míos en algo impagable para trabajar por los demás, muy ingrato resulta ser un dirigente, comprometer por algo que no puedes, es algo escabroso para la sociedad, la gente de mi país está acostumbrada que el Estado le ponga todo, y aquí ocurrió lo contrario. Así debe ser. El estado no puede hacer todo si sus hijos no le cooperan.

Quizás el orgullo personal y la ayuda del Todopoderoso hicieron posible de tan bella estatua que hoy podéis contemplar en unos de los cerros de «Pampa Redonda».

Agradezco al concurso de Historias y Cuentos Campesinos Chilenos la oportunidad de contar un cuento resumido que involucra al sector «Pam-

pa Redonda», que sea conocido a lo largo del país.

Me perdonan quizás la forma tan vulgar de contar o relatar esta pequeña historia, me perdonan, no soy escritor, ni novelista, soy un horticultor yo y mi señora esposa, y espero que mis hijos también. Es difícil el camino, pero no imposible.

Remito parte de documentos, fiel testigo de la verdad.

También informo que el 07 de abril de 1995 a las 13:00 horas se inaugura el gas natural para el sector con capital aportado por vecinos del sector y más 8.900.000 pesos, aportados por el Gobierno Regional de un costo de 30.000.000 pesos, con asistencia de autoridades y vecinos del sector. Después de esto quizás un campo deportivo o una escuela rural, etc. El tiempo es fiel testigo de la verdad.

Esperando haber cumplido una necesidad de relatar este pequeño cuento, me despido atentamente.

**JOSE MANUEL GALLARDO ESPAÑA,
44 AÑOS
AGRICULTOR
PUNTA ARENAS, XII REGION.**

EL NOMBRE

(En la Isla del Faro)

En una pequeña isla donde se juntan los dos océanos más grandes de la tierra, existe un solitario faro y su solitario guardafaro. Ambos son viejos y son esporádicamente visitados por turistas que en breve recorrido sólo recogen fotografías a las que generalmente encuentran más bellas que la propia vivencia del lugar.

En una ocasión, una liberal y culta extranjera se apartó de la ruta para conversar con el farero, intrigada por la realidad de que un hombre pudiera soportar tanto aislamiento y soledad.

El farero le mostró que otear el horizonte y tener la plena seguridad de no ser interrumpido por ser humano alguno por un tiempo, hace sentir una gran libertad, y que entonces toda la naturaleza que lo rodeaba se le revelaba y estaba a su plena disposición.

Le indicó donde había escondidos tesoros de la naturaleza, como los acantilados de preciosas formas pulidas, de arcilla dorada, con innumerables cavernas que los pingüinos construyen desde tiempo inmemorial, que él llama «Las Cavernas de los Leprosos», pues deben parecerse a los extraños lugares donde antiguamente eran relegados esos infelices que se pudrían vivos, con harapos y todo.

«Porque ponerle nombre a todas las cosas es una de las primeras instrucciones de los seres humanos».

Porque la esencia humana incluye pensar.

«Si no ponemos nombres a las cosas, no podemos pensarlas, solo percibir las».

EL NOMBRE debe ser la singular característica de un ser: «Aristóteles» significa «El Mejor Fin», por su ocupación por la realización del hombre en su finalidad moral, y «Platón» era «El que tenía Homóplatos Anchos», y «Crisantemo» o «Millaray» significa «Flor de Oro».

Le mostró piedras preciosas por su formación y colores, en las que él interpretaba la información oculta por lo que es para el hombre la eternidad. Son tantos los factores que intervienen en lo que es, desde las rocas, todo lo que existe, que el ser humano no tiene la capacidad de comprender; pero sí sentir.

Le enseñó la belleza de los lobos marinos, de las estilizadas aves del cielo y los alegres sentimientos de amor que se profesan y prodigan a sus hijos. La diversidad y belleza de la vida que sale del mar, escultor mágico de la tierra.

«Todos los días doy una vuelta a mi Isla».

Lo hacía en tres o cuatro horas, pudiendo hacerlo en una, sin cuenta del tiempo, porque aquí era el dueño absoluto de él y cada día descubría más cosas, y las nombraba.

«La naturaleza no comete errores y casi siempre cumple lo proyectado. Sólo interfiere el hombre, el que pocas veces realiza su propio proyecto. El producto de la naturaleza es armónico, simétrico, de geometría estética, áurea y divina».

Pasaron a saludar a la pingüina que el farero llamó «Triz», y que no emigraba porque una gran pena se lo impedía. A la forastera le pareció que el farero y el animal se comunicaban en un saludo efusivo, lleno de significado.

Las piedras que el farero recogía para sentirlas y mostrárselas eran dejadas cuidadosamente en el mismo lugar y posición: Podía regresar a verlas. Parecía caminar en el aire y desplazarse en absoluta y silenciosa armonía en ese lugar y universo.

La extranjera no comprendía más que en atisbos, y menos sentía lo que el farero.

El farero le propuso permanecer en la Isla hasta el próximo barco, para intentar ver todos los colores que existen, bailando, brillando y mezclándose al ritmo de la música que son las ondas del movimiento del agua del mar.

Ella aceptó y se quedó en ese antiguo faro, para poder dar vueltas a la Isla, caminar por sus playas, recorrer sus pocos cerros y valles agrestes, cada día, para comunicarse con su entorno. Para comprender lo extraño y luminoso del farero.

El primer día satisfizo su curiosidad cinco horas por la playa y tres por la árida estepa patagónica. Conoció, pero no sintió comunicación; no comprendía al universo como el universo lo comprende.

Sus intentos de lograrlo fueron languideciendo durante una semana, acortándose hasta que perdió el deseo de volver a dar vueltas que sólo la hacían anhelar lo que allí no se tenía y sufrir por las angustias que traía desde la confusa civilización.

«Inténtelo una semana más», le aconsejó el viejo.

Ella se esforzó realmente por comprender ese universo esquivo, durante una semana más, pero fue inútil. Sólo logró que todo le pareciera desolado y triste. Cada vez se descubría sintiendo todo con más profundidad, pero debido a la tristeza.

Al cabo de esa semana, de horas interminables, reportó al farero su fracaso.

«Si no lo ha logrado mañana cuando venga el barco, debe marcharse», dijo él.

Esa noche el farero no vio a su desilusionada y melancólica visita. Tampoco a la mañana siguiente. Al mediodía apareció por la playa radiante. Sus ojos celestes brillaban y caminaba en el aire. La serena alegría de su voz pronunció EL NOMBRE de una estrella que para ella no tenía. Había estado en la puntilla que llamó «De los Choritos», y una roca la había llevado a través del tiempo, desde su formación de la Nada, que está detrás de todas las cosas, y le mostró el proyecto futuro.

El barco zarpó con la misma dotación con que llegó. El mismo barco llevaría, tiempo después, el cuerpo del farero. Desde entonces, la Isla del Faro comenzó a llamarse «La Isla de la Gringa Loca».

*IVAN MILIC VAJGER,
40 AÑOS
GUARDA PARQUE Y GUARDA FARO
PUNTA ARENAS, XII REGION*

Faint, illegible text covering the majority of the page, likely bleed-through from the reverse side of the document.

Otros Cuentos

GUERRA
CIVIL

APARICIONES EN EL NORTE

Onda conocer el Norte, el otro extremo del país, el sol, el desierto grande, la pampa, la camanchaca, bailar carnavales y cacharpallas, andar místicos lugares, acercarse a lo natural, salvaje. La mochila a la espalda, la guitarra al hombro y el pulgar levantado en la carretera. Dos semanas y cumplida la meta. Los ahorros, pocos, extinguiéronse en paradisíacas playas trescientos kilómetros antes. Un paleteado camionero y la puerta norte del país. Para sobrevivir y carretear, subirse a las micros y cambiar el canto por monedas. Dádivas que solo alcanzaban para un escaso pábulo. Colegas caminantes hablan de la corta de aceitunas en el valle del nombre de la oliva. La Raima le dicen. Sin vacilaciones a raimar. El propósito, dinero para el retorno.

Albergáronnos en casonas del siglo anterior. Derruidas, medio abandonadas, ocupadas sólo para almacenar viejos barriles de roble. Casas hechas de adobe y barro. Invadidos sus alrededores por platanales, higueras y guayabos. Cientos de olivos cargados de negros frutos del tamaño de un huevo de codorniz. La vista enredándose entre olivares. La casona fundida en medio de ellos.

El corte de aceitunas, nada de sencillo. El largo de las delgadas escaleras sobrepasaba los tres metros. La razón, facilitar su transporte y movilidad entre los olivares. Decanos raimadores enseñan «la maña».

- Tenís que pillarle el centro y el equilibrio pos rucio... Toma la comba pa que echí las aceitunas.

El recipiente, metálico y hondo. Recuerdo de tuestos terciados como los vendedores de bebidas en el estadio. El punzar de sus hojas, el negro de su tinte que tiñe las manos, el descansar bajo los olivares junto a los aymaras y mulatos, entre cajas apiladas llenas de aceitunas. Sensación de tradiciones, costumbres y folclore, de estar alejado de todo lo que yo conocía.

Había visto negros, mulatos en la tele y uno que otro de turista en Reñaca. Ignoraba que por ese apartado valle existiesen. Después de compartir casa, comida, trabajos y una que otra historia relatada por los abuelos, el cariño y estimación fue mutuo. Aprendí que estos seres de piel tan mulata como el color de las olivas, tienen tanto tiempo como los invasores de hace quinientos años. Entérome de que sus ancestros habían plantado aquellos centenarios olivos bajo el yugo de la esclavitud. Abuelos de los abuelos traídos desde el Senegal al

Virreynato. Los pocos que quedaban en el valle contagiaban con sus alegres y blancas sonrisas, jactábanse de ser sementales y tener un pene prodigioso en tamaño, razón por la que aún conservaban su raza. - Pura fibra, hermano.

Uno de ellos, Senador de la República; otros, grandes atletas; una, más joven, mi amada, quién se encargó de enseñarme sus bailes cadereados y sensuales y un viejo bantú que habla de los sufridos esclavos.

Comencé a recoger mis cosas del rincón que me había albergado durante lo que duró la raima. Entre viejos barriles de roble utilizados antaño para el almacenamiento y preparación de la cotizada aceituna. Me había agradado el olor que despedían los barriles. Me instalé cerca de ellos al llegar. Estaba un más apartado de la gente. Llegué con la ropa, mi guitarra y la mochila. Cuando recogía las cosas me di cuenta de que en el tiempo que estuve en ese lugar había conservado un viejo rosario del cual quedaba la mitad, aparecido entre los barriles. Pensé que de repente podría estar el resto debajo de uno de ellos. Me costó mover los viejos barriles para no encontrar nada. Cuando ya terminaba de recoger todas mis cosas le di un puntapié a algo metálico. Era una especie de placa de metal que al parecer había salido al remover los barriles. Observé que bajo la tierra, media negra y media morada por el líquido que botan las aceitunas en su largo fragüe, se distinguía una difusa imagen.

La curiosidad por saber qué sería me llevó al estanque y a lavarla. Era una vieja placa fotográfica de los antiguos estenopes usados por los primeros fotógrafos ambulantes que popularon a mediados de siglo las plazas. La vieja placa tenía impresa una imagen de una muchacha vestida como para tomar los votos de comunión. Estaba de pie apoyada en una silla y entre sus manos tenía un rosario negro. Detrás se distinguía un toldo y, pintada de mala forma, una gran escalera señorial. Aquel no alcanzaba a llegar al piso y dejaba al descubierto las piedras y el terreno en bruto en el cual había sido instalado. Era una mujer de velos blancos con el rostro negro.

Hace años vivía una hermosa joven de nuestra raza. De la edad y belleza de mi nieta. Sus plácidas pupilas eran dos discos de ébano flotando en la albura de sus ojos. En los opulentos días del puerto libre compró un ajuar de novia del más fino corte, hecho en seda crujiente y nivea. Radiante en el vaporoso nimbo de sus velos tejidos por las hadas, apretaba dulcemente contra el seno un ramo de claveles blan-

cos y el rosario del color de su piel. La noche empezaba a caer sobre el valle. Impaciente por la demora del auto que debía llevarla donde su amado, salió al camino.

La noche, la brisa meciendo los platanales, la cocina de leña, las brasas y su crepitar, a lo lejos el rugido de una moto corriendo por la carretera. El silencio, la abuela sentada sobre un costal, pañoleta en la cabeza, relatándonos sus historias como si las recitara. Al lado, abrazándola, su nieta, mi amada compañera. La raima comienza a ser recuerdo. Solo quedamos los tres. Como queriendo aprovechar la última noche con la querida abuela. Más tarde nuestra despedida. Debería ser diferente y especial.

Con las luces apagadas, como fiera embrutecida surgió de entre las sombras a gran velocidad, llevaba la muerte enredada en su carrocería. Allí quedó la hermosa negrita envuelta en alburas y rojas manchas. Dicen que el valle entero lloró a la dulce y primorosa beldad. El cielo se cubrió de lágrimas parpadeantes.

El llanto vagabundó entre los viejos olivares, gimieron los troncos de las higueras. Las altas cañas de maíz inclinaron sus mazorcas. Pobre negrita de sueños blancos. Allí estaba en su caja, amortajada en el atavío de la boda.

Dicen que en las noches silenciosas aparece la negrita con el traje de la castidad y la belleza.

Una mujer de blanco y rostro negro.

No puedo contar ni cómo la conocí ni cuándo la vi. De esos momentos, recuerdos vagos. El amor, rápido y envolvente. Nublaron la memoria. Fueron días de cortejos y cantos de enamorado bajo los olivos.

Alejámonos de la casona. Olivares apartados de todo. En uno de ellos estiramos una manta, nos cubrimos de amor, desnudez y sudores bajo las plumas de mi saco. Conversamos y nos amamos. Nos amamos y conversamos rindiéndonos sumisamente al sueño amparados por el añoso olivar y la estrellada noche fresca del verano que ya expiraba. Comencé a sentir que me salía del cuerpo lentamente y a levitar sobre él. Subía despacio, era un sueño claro, nítido en sensaciones y visiones. Miraba cómo quedaban abajo mi cuerpo y al lado la amada compañera. Los dos, desnudos, dormidos profundo. Descansando las pasiones. Era una imagen, ideal, bella, mágica. Yo levitando sobre yo. De pronto algo blanco se posó sobre mi compañera. Un gran vuelo flotaba sobre ella. Rápidamente tomando forma de aura. Asemejándose a tulles blancos y finos meciéndose como si les diera una brisa suave. Pare-

cía la figuración de una mujer por su delgada y fina silueta. Flotaba cada vez más cerca de ella acercando su cabeza a la suya. Era una mujer, estaba seguro.

Quejidos y gemires volvíronme a tierra bruscamente a mi cuerpo. Desperté, era mi compañera, se quejaba dormida, ya casi terminaba la madrugada previa a mi partida. La desperté y calmé con suavidad. Una vez despejada me contó entre sollozos lo que estaba soñando y por qué se había asustado tanto, provocándole tal llanto.

- Soñaba que alguien flotaba sobre mi y sentía como respiraba con un aliento heladísimo en mi cara.

Era una mujer de velos blancos y rostro negro.

CARLOS RENE GAPETILLO VELASQUEZ,

35 AÑOS

TRABAJADOR AGRICOLA

VALLE DE AZAPA, I REGION.

LA LEYENDA DE LA NOVIA

Sobre la planicie de Alto Ramírez la tarde cae lenta, transparente, sosegada. El sol como una pantalla de luz roja, anaranjada, se pierde detrás de los suaves lomajes de la costa. Al paso de nuestro vehículo dejamos atrás una nube de polvo que cae sobre el camino, el que a través del sol toma un tinte dorado. Este camino es antiguo, antes era camino principal. El único del valle de Azapa. Hoy lo reemplaza la moderna carretera asfaltada que corre al otro lado del río. Sin embargo, todavía es usado por los vecinos de Atoca, Alto Ramírez, Las Maitas y Buen Retiro.

Aquí en la planicie de Alto Ramírez, se realizaban grandes fiestas populares, carreras de caballos y eventos deportivos. Un poco más al Este está el pequeño poblado de Las Maitas, que era el centro de todo. Allí estaba el único retén de Carabineros, la escuela más grande, una hermosa quinta restorán y lujosas casas patronales.

El progreso y la moderna carretera lo cambiaron todo, algunas haciendas fueron divididas, y toda la pampa de Alto Ramírez, terreno fiscal, fue loteada a particulares. El pueblito de Las Maitas agonizó lentamente; ya no hay escuela ni retén y de la Quinta San Pablo, sólo quedan las ruinas.

En sector de Alto Ramírez, ya no existen La Cruz de la Novia ni el viejo cementerio. La historia fue destruida bárbaramente, ni siquiera los muertos pueden descansar en paz.

Yo viví en estos lugares y de tanto transitar por estos lares, me siento parte de ellos. Por eso guardo testimonio de su historia, aunque el progreso se empeñe en deshacerlo todo, sé también de la vida de su gente, de costumbres y cosas de otros tiempos. Y de entre ellos, guardo un especial recuerdo del viejo Chañar y su Leyenda de la Novia.

El viejo Chañar era un típico azapeño, negro y alto, de pelo muy crespo (motudo), de grandes ojos negros, como las aceitunas del valle, caminaba rítmicamente, caminar muy característico. Lo conocí ya viejo, sus gastadas ropas y su falta de aseo personal hablaban de su abandono. Viejo y vagabundo, cualquier día tomaba sus «pilchas», y se las echaba por otros lados, siempre dentro del Valle de Azapa.

Era el gañán para todo pequeño servicio: pastor de cabras, recolector de leña, escogedor de aceitunas, mozo de mandados, ayudante de cocina, etc. Sus años no daban para más. Sin embargo poseía una memoria prodigiosa cuando existía alguna duda. Sabía sobre propie-

dades, identidad de personas, lazos familiares, lugares olvidados, etc. Todos acudían a consultarlo; preguntémosle al viejo Chañar, decían.

En una noche azapeña cualquiera, de hace unos treinta años, este viejo Chañar, me deleitó con la Leyenda de la Novia.

Cada anochecer de aquellos años, la gente de la hacienda donde yo trabajaba, nos reuníamos en una barraca que hacía las veces de comedor. Allí él era ayudante de cocina. Terminada la comida y recogida la mesa, a invitación de mi amigo me instalé cerca del fogón. Gánese por aquí, me dijo mientras atizaba el fuego. Póngase cómodo, agregó, porque esta noche le voy a contar la leyenda prometida.

La historia es larga y triste, comenzó hablando el viejo. No le dé tanto color, abuelo, acotaron algunos, si son puras mentiras. El viejo, desanimado, meneó la cabeza, pero luego continuó. Las penaduras de la Novia las tengo fresquitas en mi memoria. Quién no ha oído decir: anoche cuando volvía a casa por el camino de la Pampa, me salió la Novia. A mí me salió al atardecer. Recién había cruzado el río, y mi caballo se negaba a seguir subiendo. De repente vi algo así como una luz blanca, que flotaba en el aire. Yo también la vi, caminaba sin tocar el suelo. Y así suma y sigue. Lo que yo puedo decirles es que allí junto a la cruz murió una jovencita que viajaba a casarse al santuario de la Virgen de las Peñas.

Fue en octubre de hace unos cuantos años, diez, a lo mejor más, ya no recuerdo la fecha. Sobre el camino de Alto Ramírez hubo un accidente. Una de las pocas micros de aquellos años se volcó, donde murió una persona, el personaje de nuestro relato.

Ella vivía en la hacienda Las Palmas, ubicada en el sector del Buen Retiro. Su familia tenía un rancho del trapiche, donde se efectuaba la molienda de la caña de azúcar. Llegaron a Azapa cuando ella tenía tres años. Era simpática y habilidosa, creció mimada por todos, jugueteó por todas partes, como una linda mariposa de vivos colores, por este jardín de la vida.

Desde muy niña, comenzó a bailar en un baile religioso, propio de la zona. Además toda su familia estaba ligada a estas cofradías medio pagano - religiosas. En la primera semana de octubre estos bailes subían al santuario de Livilcar, ubicado a unos 70 kilómetros al interior de Arica. Durante tres días le bailaban a la Virgen y prometían volver al año siguiente. La niña ya mayor se enamora de otro bailarín igual a ella, y allí delante de la virgen prometen casarse el próximo año.

Por las noches, antes de partir, comienzan los ensayos del baile, en

una pampita, danzan como sombras al son de bombos y cajas, bajo el claro de la luna. El eco de sus sones recorre los oscuros callejones de chañar, cruzan el río, y penetran en los ranchos despertando el silencio de las noches azapeñas.

Hasta que al fin llegó el momento de partir. La novia preparó sus cosas y entre sus ropas de danzante, acomodó su traje de novia. ¡Con qué ilusión fue doblando su traje!. Y al sentir la seda entre sus manos una corriente extraña recorrió su cuerpo. ¡Qué de sueños pasaron por su mente! Desgraciadamente allí en la pampa de Alto Ramírez, el destino estaría esperando.

Era una noche negra y cerrada, el camino en ese sector estaba anegado. El chofer de la micro no se percató a tiempo del peligro, las ruedas resbalaron y un fuerte vaivén la sacó del camino. Dio grandes barquinazos y al final se volcó violentamente. La oscuridad se llenó de gritos y lamentos. Poco a poco fueron saliendo los accidentados. La novia iba en los primeros asientos de la micro, sobre ella cayeron todos, quedó aplastada por el vehículo. Cuando lograron sacarla, ya estaba muerta. Luego fue identificada. Se llamaba María Flores García; todos quedaron consternados, fue algo muy cruel e injusto, tuvo una oportunidad para salvarse, si se hubiera embarcado en el retén de Las Maitas. Pero no, fue hasta Arica. Era su destino, ya estaba escrito.

Esa noche, se los juro, ella vino a despedirse, la vi parada junto al pilón del agua, rodeada de grandes olivos. La sombra de los árboles como un velo de luto cobijaba su figura.

Los primeros días el dolor y el silencio enlutaban las noches azapeñas, era como si lleváramos una pena muy dentro. Era el dolor del alma, sin llantos, sin palabras.

Al poco tiempo los que fuimos sus familiares y vecinos, creíamos verla en cada recodo de los caminos, en el trapiche, en lo alto de la copa de los olivos, por los largos callejones de chañar o caminando por la solitaria pampa de Alto Ramírez, siempre con su hermoso traje de novia. En las noches de claro de luna llena, se podían escuchar sus lamentos, algunos decían, los llantos nacen en la vertiente El Socarrón.

Así, poco a poco fue corriendo de voz en voz la Leyenda de la Novia y, como el viento, se derramó por todo el valle. Cruzar el camino de noche era una aventura riesgosa, allí estaba la cruz para recordarlo todo.

La máquina del tiempo, con los hilos de los días y los años fue tejiendo la leyenda, más allá de la zona. Además, los que llegaban hasta esta

zona, me pedían que les contara la leyenda. Como una primicia se llevaban esta historia.

Cada año antes de partir al Santuario, el baile al que ella perteneció, para su buena suerte, se despide de ella y le canta:

**«Virgencita de las peñas, se nos fue una bailarina,
abre las puertas del cielo para que llegue hasta Dios,
y acógela en tu regazo para que descanse en paz.**

**Virgencita de las Peñas, se nos fue una bailarina,
era María Flores García, y aquí en la pampa quedó».**

Hoy no está la cruz sobre el camino, la gente ya no es la misma. Hace un montón de años que nadie la ha visto; pero está en alguna parte, algún día aparecerá nuevamente, vestida de blanco, vagando por la planicie de Alto Ramírez.

Al día siguiente volví a la cocina, era de día. Y qué distinto encontré todo. Anoche fue para mí como un templo iluminado, las viejas paredes, de adobe, negras de hollín, una vela sobre la mesa, que parecía un cirio luminoso. Ahora, sin la luz del fuego, era otra cosa. Sólo el viejo a pesar de sus harapos no había cambiado, muy dentro de él guardaba un manojo de recuerdos que yo conocí. En sus ojos vi brillar la luz de la alegría cuando me dijo ¿le gustó el cuento?

**Azapa es un olivar, como un bosque tupido,
follaje verde grisáceo, ramaje ancho empolvado.**

Tronco tortuoso y sufrido.

Brote nuevo tierno y suave, como los dedos de un niño.

**Callejones de chañar, con huertos de membrillos,
pacayes solitarios, de follaje verde bien vestido.**

**Cada vertiente tiene mil cañas,
como lanzas encendidas.**

**Algodonales, cañas dulces del pasado,
que dejaron una estela de recuerdos
y un trapiche abandonado.**

**ANDRES OYARZO SANCHEZ,
57 AÑOS
TECNICO AGRICOLA
ARICA, I REGION**

DON JUACO Y SU HIJO

A fines de diciembre, los grandes cerros que rodean al Valle del Tránsito, en sus variados colores, y la escasa vegetación que ausenta el color verde, se opaca a medida que el sol desaparece. Caminaba Raimundo, sobre el clima desértico del «Norte Chico», desde la Escuelita Básica Fronteriza hacia la casa, a orillas del Cerro Chancoquín, por un camino pedregoso. ¡Feliz!, lleno de alegría, porque terminaba de licenciarse de 8º año, con el certificado bajo el brazo, un diploma por el 1º lugar ocupado en el curso, y un regalo de su profesor jefe. Muy sonriente, el muchachito soñador va por el camino polvoriento. De pronto una piedrecita entra en su gastado zapato que lo obliga a sentarse. Es el momento de abrir el regalo, piensa, pero luego decide continuar con la curiosidad hasta llegar a casa, donde orgullosamente lo mostraría a sus padres: Don Jacinto, hombre campesino nacido y criado en el pueblito llamado Chancoquín, «Don Juaco», para los amigos, persona muy ruda, muy terco y de pocas palabras; a pesar de no saber leer ni escribir, difícilmente lo hacían lesa con su pequeño ganado caprino y menos con las ventas de los productos, que son el sustento de la casa que comparte junto a su esposa Clarisa, mujer de 40 años que toda su vida la ha dedicado a las actividades agrícolas y labores de casa, de rostro ennegrecido por efecto de los rayos solares, y con 5 hijos que criar: Raimundo, el mayor, de 14 años; Manuel, de 6; José, de 5; Rubén, de 4 y Josefina, de 3 añitos, de hermosos ojos verdes como los de su madre, regalona de don Juaco, por ser la puchusca que cariñosamente la llaman «La Pelito de Choclo».

Raimundo llegó a su casa. Desesperado por la curiosidad del contenido del regalito, entró al comedor donde se encontraban sus padres y hermanos, disfrutando de un exquisito plato de porotos con riendas. Y exclamó ¡sorpresa... sorpresa!, y todos se dieron vuelta a mirarlo. Manuelito respondió ¿qué me trajiste?, ¿qué me trajiste?, Raimundo... Nada, nada, es el certificado de estudios y este sobre que me dio mi profesor jefe, que lo abrió con mucho cuidado y vehemencia.

Leyendo el contenido de éste levantó sus brazos y con voz chillona y aguda dijo: ¡una beca... una beca...! ¡me voy a estudiar...!

¿Qué es eso, hijo...?, preguntó Clarisa, su madre, con intenciones de felicitarlo.

Don Jacinto se levantó de la mesa y dijo con voz fuerte y temblorosa: usted no va a ningún lugar, aquí mando yo, y se hace lo que yo diga.

Tú, Raimundo, ya estay güeno pa'l trabajo, hay muchísimas cosas que hacer en el campo, tení que ayudarme a sacar la leche, hacer queso, hay guatonas y capaos que ir a ver al cerro, así que te olvidái de ir al pueblo.

Raimundo contesta: pero papá, papito, si en Vallenar hay internado y tengo una beca.

Don Jacinto: ya te dije que no.

Pasaron los días de vacaciones, más de dos semanas de inicio de clases, Raimundo ya resignado a quedarse junto al papá. Un día regresaba con el ganado por el camino angosto del pueblo, una camioneta salió al encuentro. Raimundo apurado guió el ganado para dar paso; pero el vehículo no avanzaba, pues quien conducía era su ex-profesor jefe, que sorpresivamente se dirigió al niño, diciendo ¿y tú, qué haces acá?, ¿por qué no estás estudiando? Raimundo explicó lo que le había dicho su padre. El profesor, preocupado, le dice: mañana mismo iré por vacante y te irás conmigo. Confuso, el adolescente llegó a su casa para convencer a su madre, quien le arregló su bolsito con escasa ropa, a escondidas de su padre. Doña Clarisa, muy nerviosa y llorando, lo despidió dándole algunos pesitos que había guardado para compra de víveres, y aconsejándolo que aprovechara bien el tiempo.

Cuando se enteró don Jacinto, manifestó airadamente frente a su familia: Raimundo no es más mi hijo, no quiero hijos vagos, que nunca más venga a esta casa. Clarisa, muy consternada, no dice nada, se guarda su pena, implorando a Dios que vele por su hijo.

Pasó un tiempo, Raimundo decide escribir a su madre, contándole todo lo bien que le ha ido, le es correspondido con una carta apenas legible hecha por su hermano Manolo, que aprendía sus primeras lecciones, donde su madre le suplica que no venga por ningún motivo a casa, para no provocarle un disgusto a su padre porque puede sufrir un nuevo ataque. Transcurre el tiempo, meses, años; Raimundo escribe, no tienen respuesta sus cartas.

Durante los recesos escolares trabaja, siempre pensando en superarse y llegar a un cambio en su vida. Mientras en el campo los niños crecían, don Juaco envejecía a doña Clarisa, que cambiaba sus trenzas rubias por un color plomizo a blanco.

En el Valle del Huasco cada año se acrecentaba una gran sequía, todo el Norte Chico se encontraba en zona de catástrofe. Los animalitos de don Juaco fueron disminuyendo, pues morían por la falta de forraje debido a la escasez de agua. La producción de leche, queso y carne ya no abastecía el sustento familiar, la situación del hogar se ponía cada

día más difícil. El jefe de hogar se enfermó, impidiéndole trabajar. La pobreza es grande, pasaban con un aporte del hijo Manuel, con galladas remuneradas miseramente.

Una tarde, don Jacinto sufre un fuerte ataque. Su esposa doña Clarisa no sabe qué hacer, y ruega a Dios que aún no se lo lleve. Como no sabe qué padece, recurre a darle infusiones de yerbas de campo como medicamentos. No podía pensar en hospitalización, no contaba con recursos económicos. Luego pensó en avisarle a su hijo Raimundo, pero en momentos se arrepentía, ya que tantas cartas que nunca fueron contestadas, junto a sus hijos, todos muy tristes, decidieron avisarle, debido a la gravedad de su padre. Al amanecer del día siguiente, un ruido extraño llega a casa. Doña Clarisa sale a ver qué pasa, también los hijos se sorprenden al ver una ambulancia con su característico sonido, un hombre vestido de blanco se acerca a la puerta de la casa. Con los ojos llenos de lágrimas, se lanza a los brazos de su madre y hermanos, todos contentos y emocionados. Raimundo, todo un hombre, recibido hace muy poco de médico cirujano, llega a sanar a su padre. Donde les explica que a causa de las picaduras de un insecto llamado vinchuca, que abunda en los cerros, le produjo el mal de chagas. Recuperado su padre le pide perdón por lo equivocado que estaba al creer que no era necesario estudiar más, de saber leer y escribir. Se siente muy orgulloso de su hijo. Desde entonces el hogar de doña Clarisa y don Juaco cambió su forma de vida, con la ayuda de su hijo Raimundo sus hermanos seguirán estudiando, y con mayor razón la «Pelito de Choclo».

**ALFONSO ADAOS CALDERON,
38 AÑOS
TECNICO AGRICOLA
VALLENAR III REGION**

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

ENCUENTRO CON EL MAS ALLA

Montado en su caballo tordillo, Sergio Cortés, un muchacho joven no mayor de 25 años de edad, nieto de Don Raimundo Cortés, terminaba de dar la última vuelta por los potreros de la parcela de su abuelo, donde habían comenzado a hacer la recolección de papas de esa temporada. Una cuadrilla de trabajadores a su cargo desenterraba el hermoso producto para luego ser enviado al centro comercial de Puerto Huasco.

Después de observar que los trabajadores seguían efectuando en forma correcta su trabajo, se dirigió a la casa de la parcela para cerciorarse de cómo seguía la salud de su abuela, ya que ésta hacía varios meses que se encontraba enferma, quizás producto de su vejez, porque era de muy avanzada edad. Habían sido varios los médicos que la habían atendido, pero ahora estaba tratando su enfermedad una médica yerbatera del lugar; y para eso la médica necesitaba yerba del campo, o de los cerros, mejor dicho. De más estaría decirlo, si tuviera que ir en su busca el abuelo o su padre, cuando él sería el mejor indicado por su juventud y el sacrificio de viajar a caballo y traer esa clase de yerba. Al bajarse del caballo el joven Sergio avanzó con pasos seguros a la habitación de su abuela. Al verlo la anciana exclamó: «Qué bien que viniste, Sergio, te necesitaba que fueras a buscarme la flor del pacul, que se encuentra al pie de los cerros, en las llanuras al Noreste de Freirina».

Sin más referencia que esta, el joven Sergio se preparó para el viaje. Salió una mañana en su mismo caballo por ser de su preferencia y regalo de su anciana. Lo encaminó por una quebrada, donde estaba el camino bien marcado que lo llevaría al lugar deseado. Bien marcado estaba en los primeros tramos, pero después se iba borrando por falta de trájín, ya que nadie viajaba en esa dirección ni él tampoco hubiera transitado al no ser por el pedido de su querida abuela. Solitario por los cerros, sin más compañía que su hermoso caballo, se decía a sí mismo: «Ojalá encontrara la flor del pacul», y por lo demás, cómo me las voy a arreglar si no he visto nunca una planta, pero ya veré cómo la ubico.

A lo lejos divisó un banco de niebla encajonado entre las quebradas. «Allá me dirigiré», se dijo caminando lentamente por el áspero sendero para no maltratar a su cabalgadura.

Ahora se internó por la larga llanura donde el terreno era arenoso y blando que entorpecía el andar del caballo. Mirando de frente hacia adelante a la distancia divisó una figura semejante a un molino de viento. Mientras más se acercaba al lugar, mejor lo comprobaba, en realidad así era. Llegó hasta él, había llegado a una finca, al ladrido de los perros salió un anciano de largas y blancas barbas que se confundían con su abundante cabellera, al hacerlos callar, invitó al joven a pasar a descansar.

Después de un breve reposo, el joven salió a recorrer la finca acompañado del anciano, y éste le conversaba que allí se trabajaba día y noche sin interrupción de ninguna especie, y la mayor producción la tenían en el pasto después de los limones. Así parecía ser, porque allí había grandes cantidades de árboles que lo producían, sin contar los hermosos naranjales y extensos potreros de alfalfa. El agua la extraían de un pozo por intermedio del molino de viento donde era depositada en un amplio estanque para después ser distribuida en distintas direcciones.

Al retornar a la casa de la finca el anciano quiso salir de su curiosidad, preguntando: «¿Qué es lo que te trae por aquí, muchacho?». Sergio Cortés sin vacilar le contestó: «¡Vengo en busca de la flor de pacull, según mi abuela se encuentra por aquí cerca».

«Así es, joven, contestó el agricultor, se encuentra en esos cerros sombríos donde se puede ver ese banco de niebla. Si gusta vamos a buscarla y para eso tendremos que usar los caballos».

«Desde luego, replicó Sergio, como se vé, es bastante lejos».

Así fue. Fueron al lugar y la ubicaron. El anciano se llenó de nostalgia cuando tomó las primeras flores, diciendo: «Aquí venía casi siempre con mi novia cuando yo era joven y lo pasábamos casi todo el día en estos parajes. Fueron días lindos y felices».

Ahora era el joven el que estaba curioso y le preguntó: "¿Y qué pasó con su novia?, ¿se casaron?"

"No, dijo el anciano, me habría gustado, pero no se pudo. Me fui un día para la cordillera con algunos animales: burros, caballos y algunas cabras, pero me tocó la mala suerte que nos pilló un temporal de viento y nieve, que nos sepultó a todos los que fuimos; contando a los animales también. Pasó un largo tiempo que no supieron de nosotros, tal vez años, hasta que nos encontraron. Yo soy el único que he vuelto de aquí. Entonces mi novia, en vista de que no regresé, se casó con otro que tiene una parcela y desde entonces que nunca más volví a ver a Carmen Alvarez".

«¡Carmen Alvarez -repitió el joven casi con asombro-, si ese es el nombre de mi abuela, a no ser que sea una coincidencia, en el alcance de nombre».

«Todo puede ser -dijo el anciano de la finca-, pero estoy feliz porque se casó con un hombre muy bueno y esto me tiene contento. Así que Carmen es el nombre de tu abuela».

«Así es -dijo Sergio Cortés- y ahora está muy enferma, y puede ser que con esta yerba de la flor del pacul se mejore de su enfermedad».

«Así lo espero -exclamó el anciano- y a la vez me satisface que te hubiera sido útil en la ubicación de esta yerba».

«Así es - dijo el muchacho-, sin su ayuda no la hubiera encontrado».

Después de un largo silencio, porque estaban observando lo hermoso del lugar, porque allí todo era fresco y verde, por la permanente y garuosa neblina, momentos más tarde bajaron a las llanuras. Sergio Cortés le pidió disculpas a su acompañante por no poder regresar de nuevo a la finca, ya que él se marcharía de allí mismo regresando a la parcela de sus abuelos, para ahorrar tiempo y llegar oportunamente con el remedio. El anciano encontró muy sabia la idea del muchacho, y diciéndole que él podía volver a la finca cuando lo creyera conveniente, y además le dijo si alguna vez fuera a Vallenar pasara a visitarlo que él estaría en ese lugar.

«Mi nombre - dijo el anciano- es Patricio Aguilera, pasaje los Cóndor N° 175. No se te olvide».

Se despidieron y se fueron cada cual por su camino de regreso. Sergio Cortés al llegar a la parcela, recibió la mala noticia de que su abuela había fallecido momentos antes de que él llegara, pero dejó dicho que la sepultaran en Vallenar.

Así se cumplió su deseo, y una vez sepultada su anciana abuela el muchacho se vino recorriendo, y a la vez leyendo los nombres de los fallecidos, y sorpresivamente al mirar una hilera de nichos en una esquina decía Pasaje los Cóndor y al lado de este letrero, el visible nombre de Patricio Aguilera N° 175, fallecido trágicamente en junio de 1920 a causa de un temporal de nieve. ¡Qué sorpresa para el joven Sergio! al ver el mismo nombre que el anciano le había dicho. "No puede ser - se decía a sí mismo -, no puede ser tanta coincidencia".

Días después fue a la finca, por el mismo camino que viajó anteriormente, y de lejos volvió a divisar la figura del molino de viento, pero ahora al llegar allí todo era distinto, los potreros estaban resecos por el sol y la falta de agua. Sólo el viento hacía olas con el polvo al pasar

sobre los casi borrados surcos que una vez fueron hechos por los trabajadores de esa finca.

Lo que había visto días antes Sergio Cortés fue una visión abstracta de un pasado lejano. Luego a la distancia se vieron dos figuras humanas que se fueron acercando a él hasta llegar a una distancia prudente, eran su abuela y el anciano de la finca, y éste con voz clara y firme le dijo a Sergio: «No es lo que te imaginas, muchacho, yo y tu abuela somos únicamente amigos como se dice en tu vida. Nosotros somos como hermanos, yo la cuidaré hasta que se encuentre con tu abuelo y, también debes saberlo, aquí somos ángeles, y no existe la maldad ni los malos pensamientos. Luego se escuchó la voz de la abuela que dijo: «Saluda a tu abuelo Sergio y dile que lo espero».

Después se fueron alejando y desvaneciéndose a la vista de Sergio Cortés. Al regresar a la parcela no le informó de nada a su abuelo de lo que había visto, y siempre tuvo presente que cuando su abuelo falleciera se uniría a su querida abuela.

**PASCUAL ORELLANA ASTUDILLO,
64 AÑOS
AGRICULTOR
HUASCO, III REGION**

EL NEGRO VAZQUES

Era temprano esa mañana y el sol bregaba contra una lechosa niebla que cubría parte del valle, retardando su llegada.

Mi padre me había mandado a comprar el pan, para el desayuno. El bajaba temprano a la siembra que tenía en el río, a un costado del cauce serpenteante que regaba el valle, en un claro rodeado de espesa vegetación. Había sandías, melones y, entre surcos, unas verdinegras matas de maíz, con grandes muñecas rubias.

Unas que otras maravillas torcían su cabeza buscando el sol en la mañana.

Era noviembre y el sol se estaba quedando hasta más tarde sobre la polvorienta calle de mi pueblo, adornada con pimientos, cargados con racimos de uvillas rosadas. Los aromos de troncos viejos y raizados, amarillentos de pequeñas y esponjosas flores, llenaban de un rico y penetrante aroma el aire que paseaba por entre las casas de adobes. Alguien venía de la estación a mi encuentro. A la distancia, me pareció un andante. El hombre traía un saco a la espalda y no lo conocí a la distancia. Me cambié a la vereda del frente y lo observé de reojo.

Era un viejo, todo vestido de negro. Un grasoso sombrero de paño cubría su cabeza, llevaba una camisa blanca percutida por el polvo de muchos caminos, y unos bototos arqueados y descoloridos cubrían sus pies. Un pañuelo húmedo y sucio atado a su cuello lo acusaba que era de otro lugar.

Me hizo señas con su negra mano y me dijo: ¡oye negrito!, sabís dónde tendrán pega?

Me asusté al encontrarme sus ojos negros, redondos, húmedos y brillantes, embutidos en su rostro erosionado y surcado por el tiempo tostado por muchos soles y refrescado por muchos aires.

Ese rostro sin afeitar me antojó, a primera vista, un cardo maduro lleno de púas esparcidas al azar por su cara morena.

¡No sé, señor!, contesté tímido.

El siguió su camino y yo corrí a comprar a la panadería de más abajo. En el desayuno le conté a mi papá lo que me había pasado y él me dijo: ¡No te asustes, hijo!, esa gente llega por aquí, trabaja un tiempo y un día cualquiera, toman el rumbo, se van por donde vinieron.

Al recordar al viejo me pareció amistoso y apacible.

Pasó el tiempo y en las tardes, cuando regresaba después de visitar a mi hermano, en el sector de la Higuera, por la sinuosa y única calle,

veía a la gente que tenía por costumbre sentarse afuera de sus casas a tomar el fresco y ver la gente pasar.

Así, me encontraba al viejo, lo llamaban por su apellido, ño Vazques. Siempre estaba afuera de la vieja casita de adobe, con techo de totora reseca por el tiempo, igual que su piel.

¡Buenas tardes!, lo saludaba.

¡Adiós, jovencito!, con voz pausada me contestaba alzando el brazo. Unos años después, por cosa del destino, trabajé con él en un tomatal, al lado de su casa. Teníamos que plantar unos coligües traídos desde el Sur y después amarrar las matas con totora. El primer día hablamos poco, solamente lo necesario y así, lentamente, trabamos amistad. Yo era el Negrito para él y él ño Vazques para mí; me contaba muchas cosas y yo preguntaba otras tantas. Incansable en la conversa, me daba respuestas a todo, claro que a su manera por supuesto, escuchándolo a él no sentía cansancio y el tiempo se me iba volando en alas de sus mágicas historias.

Un día al salir del trabajo por la tarde, vi detrás de la vieja casa un gallinero.

¿Le ponen las gallinas, ño Vazques?, le pregunté.

¡Sí, oye, están poniendo algunas!, contestó adivinando mi intención. ¡Véndame unos seis huevitos entonces, pues! El asintió con la cabeza y caminamos hasta la casa.

En el gallinero había de todo: pollos, gallinas y un gallo; todos gordos y de plumas y de plumajes brillantes.

¡Esa es la Pepa! ¡Aquella colorá es la Sofía, el gallo se llama Rafaell, me contaba muy alegre.

Así me los nombró a todos. En unas esteras de totora, a un costado de la casa, había unas piedras que hacían las veces de cocina, había un poco de leña de sauce y una pequeña olla llena de hollín. Se confundía con unos trozos de palos, apagados después de cocinar; un tacho grande hecho de un tarro era usado para hervir agua al desayuno y en la tarde en vez de tetera.

Mientras observaba, un perro me olió los talones.

¡Este es el Corbata, mi compañero!, me dijo acariciando la cabeza del perro negro, que tenía una franja blanca que le rodeaba el cogote, el cuerpo lo tenía lleno de rulos y el hocico rodeado de largos bigotes.

¡Aquí están los huevos! y me alargó una bolsa de plástico.

¡Gracias!, le dije y le pasé un billete de diez escudos.

¡Me voy a pagar de cuatro no más, pa' que el cliente vuelva más tupido!, dijo sonriente.

Tiene razón, ¡así somos más amigos también, pue!, y le devolví la sonrisa.

¡Hasta mañana y gracias!, me despedí.

Salté la pirca y monté en mi burrito enfilando rumbo calle abajo, en dirección a mi casa.

Así era el viejo; pobre, pero un amigo de gran corazón y sencillo. Le gustaba compartir lo poco y nada que tenía. A veces me hacía oler el viento en las mañanas y sentir el calor suave del sol en los atardeceres. Buscaba pecados en las nubes y trenzaba historias en el viento; mientras, yo lo miraba divertido.

Cierta vez me invitó por la tarde a tomar el té a su casa; le acepté, pero con la condición de que me dejara comprar el queso y, mientras yo fui a comprar, él puso el tacho al fuego. A mi regreso tenía todo listo, me invitó a su mesa y nos sentamos en unas sillas de sauce y totora hechas por su mano. Me sirvió una taza de té caliente y oloroso, con canela y bien cargado. En la mesa había una caja de cartón, de la que sacó cuatro churrascas bien asadas sobre brasas de espinos y nos repartimos el queso de cabra blando y fresco.

Todo estaba delicioso, me pareció que nunca había comido algo tan rico y sabroso como aquella tarde.

Mientras comía ño Vazques miraba en silencio, sin hablar. Me di cuenta de que algo pasaba. Se notaba triste y pestañeaba rápido, desviando sus ojos húmedos hacia un punto imaginario en la pared.

¿Le pesa algo, ño Vazques?, pregunté inquieto.

¡No, Negrito, lo que pasa es que el té está caliente y quema un poco!, y carraspeó desviando la mirada.

Me fui tarde, con la inquietud por saber qué le pasaba al viejo. Me hice muchas preguntas, como ¿le recordaría a alguien?, ¿quizás un hijo, si es que lo tuvo alguna vez?, ¿un hermano o alguien muy querido? Y así, con el viejo en mi mente, me llevaron mis pasos hasta mi casa. A esa hora ya las estrellas estaban pagadas en el negro techo de la noche.

Una mañana a fines de verano, los vecinos sintieron aullar al Corbata, se acercaron a mirar por una rendija de la puerta...

Ño Vazques estaba tendido en la cama, con la mirada fija en el techo, que no impedía la entrada del sol, que alejaba la penumbra de la pieza. El viejo había muerto, su cansado corazón le había hecho un alto en el largo camino que habían recorrido en su mísera vida.

Desde la cantina mandaron vino y empanadas para el velorio. Los amigos

lo vistieron de negro, como a él le gustaba; los vecinos mataron las gallinas, la Pepa, la Sofía, todas calleron muertas por sus manos, afa-
nadas en preparar la cazuela, para los que acompañarían su última
noche en la vieja casa.

En el interior de la casa, el Corbata echado junto al cajón de ólamo,
miraba triste, como si entendiera lo que pasaba.

Se fue la noche y llegaron otras con flores a estar un momento con él.
Al atardecer caminó el cortejo por la calle polvorienta hacia la iglesia y
después al cementerio.

Allí sobraron brazos para cavar los metros de tierra tibia que acogerían
su cuerpo, bajo un aroma frondoso.

Nadie lloró, pero el viento tibio y suave sopló con fuerza esta vez para
distraer algunos ojos húmedos por la ida del viejo Vazques.

El Corbata se quedó echado junto a las flores en la tumba, lo llamaron
inútilmente. A los días lo vieron pasar por la calle hacia la vieja casa.

Una mañana salté la pirca de la vieja casa. Ahí detrás estaba el perro,
que gimió al verme. El gallinero estaba vacío y el tacho estaba tirado
entre unas piedras. Recordé el día que tomamos el té juntos. Nunca
supe qué sentía ño Vazques aquella vez ni lo sabré jamás.

Empecé de repente a ver amarillo, amarillos estaban los cerros con los
incencios florecidos, amarilla una llanura llena de alcaparras floreci-
das, amarillos los aromos, espinos y mostazas del camino. Aspiré pro-
fundo el aire al saber que eran las flores del campo que vestían ese
color y no eran mis ojos que lloraban.

El Corbata lamió mi mano y saltamos juntos la pirca hacia la calle.

BENITO DEL ROSARIO AGUIRRE ARREDONDO,
39 AÑOS
TEMPORERO AGRICOLA
EL PALQUI, IV REGION

GRINGO LESO

En la ferretería sólo había un cliente cuando entró Hans Müller.
-¡Don Jesús, necesito dos cajones de clavos de cuatro pulgadas y veinte tijeras de podar...!

-¡De acuerdo, don Hans, le haré llegar su pedido. Firme la guía de despacho...!

Hans Müller se retiró saludando a los hombres.

-¿Este señor es alemán...? -preguntó el cliente a don Jesús, español, dueño de la ferretería.

-¡Efectivamente..., si no anda muy apurado le contaré su historia...!

-¡No, no tengo apuro, estoy esperando a mi mujer que fue a comprar algunas cosas a la tienda...!

Y así, el ferretero comenzó a narrar la historia de Hans Müller, prominente vecino del pueblo de La Liga, cercano a Coquimbo:

-A este señor lo conocí hará unos quince años, cuando el negocio era una "pulpería", es decir, un local donde se vendía desde un alfiler de gancho hasta un arado.

Entró en mi negocio una mañana pidiendo de información de dónde vendían tierras en la zona, y a la vez, autorización para colocar un aviso ofreciendo comprar un campito.

El gringo había desembarcado de urgencia en Coquimbo, aquejado de una peritonitis y debía ser operado.

El barco zarpó y dejó a este marino -mecánico de motores- en tierra para ser recogido por otro carguero de la misma compañía, que arribaría dentro de dos meses.

Hablaba algo de español, lo suficiente para hacerse comprender. Contaba con una buena cantidad de marcos, producto de sus ahorros y paga de varios meses, que al cambio de esa época, le permitía comprar algunas tierras y le sobraba algo de capital para trabajarlas.

Se arranchó en la casa de doña Charo, donde le dieron pensión y alojamiento. Ahí conoció -para bien o mal- a Dionisio Rodríguez, más conocido por «Culpeo» (zorro grande) que hacía sobrado honor a su apodo, por lo ladino y pillito que era.

Al conocer la intención del gringo de radicarse para siempre en la zona, «Culpeo» vio la dorada oportunidad de vender a buen precio la parte alta de su tierra, improductiva, de rulo total.

Así fue como le ofreció «sesenta hectáreas de las mejores tierras de la zona, con sus respectivos derechos de agua».

En esa época las tierras valían muy poco. La hectárea de riego se cotizaba a cincuenta mil pesos y el rulo mucho más bajo.

El predio de «Culpeo» tenía una extensión de ochenta hectáreas y en la venta pactada le vendió al alemán sesenta, reservándose las otras veinte para vivir él y su familia.

Como garantía de la venta don Hans le entregó el 25 por ciento del valor total, quedando de visitar el predio al día siguiente a primera hora.

El gringo, muy contento con su compra, fue de inmediato a contárselo a don Jesús, uno de sus pocos conocidos en el pueblo.

Este, al conocer la compra efectuada por el alemán, se manifestó muy alarmado, ya que conociendo al vendedor, estimaba que de seguro lo había engañado.

El tipo tenía fama de ser un lince para los negocios, y muchos se lamentaban de haber tenido tratos con él.

El ferretero ya nada podía hacer, puesto que la escritura respectiva se había registrado en la Notaría de Coquimbo y sólo faltaba completar el resto del valor fijado de común acuerdo a la tierra, para que ésta pasara a poder del extranjero.

Muy temprano llegó Hans Müller a la parcela de Dionisio Rodríguez. Quería conocer totalmente la tierra que había adquirido.

En realidad, eran campos de faldeos de cerros, con una pendiente cercana al 15 por ciento. La parte plana abarcaba una extensión aproximada de veinte hectáreas -naturalmente la parte reservada- que recibía el agua de riego desde una profunda quebrada.

En consecuencia, las sesenta hectáreas adquiridas por el gringo «con sus respectivos derechos de agua», eran sólo una burla, ya que el líquido elemento podía únicamente ser aprovechado para regar la parte baja.

Hans Müller, que descendía de una familia de agricultores, estudió las posibilidades del campo; tierra de buena calidad, con clima cálido, zona apta para plantar frutales.

Atendiendo la carencia de agua, ya que la quebrada en la parte que a él le correspondía tenía cerca de quince metros de profundidad, le exigió a don Dionisio una rebaja del 50 por ciento de lo pactado, rebaja que obtuvo después de largas discusiones. Eso sí, insistió en dejar establecido en la escritura que compraba con los derechos correspondientes al 80 por ciento del agua de la quebrada.

«Culpeo», sonriendo socarronamente, no tuvo inconveniente en acce-

der a su condición, estampándolo bajo firma. Había engañado al gringo, ya que nadie en su sano juicio compraría en esa zona tan escasa de lluvias, una parcela de rulo.

Don Hans durante varios días anduvo recorriendo su campo; se pasaba horas enteras en la quebrada sentado sobre una roca, pensando profundamente.

Ubicó el lugar donde edificaría la casa para traer a su esposa Greta y a su hijita Ingrid, ya que había decidido establecerse en esa tierra con su familia.

Mientras su vecino pensaba si los tambores de agua que necesitaría para el consumo de la casa, se los vendería o regalaría.

El alemán viajó a Santiago, permaneciendo en la capital cerca de tres meses. Volvió con su esposa e hija que habían llegado de Europa. También fletó dos camiones totalmente cargados y contrató en el pueblo al herrero y a su ayudante.

La gente murmuraba que el gringo estaba loco; que quizás qué leseras estaba haciendo metido todos los días en el fondo de la estrecha quebrada, acompañado por los herreros.

El más intrigado era «Culpeo», ya que a sus preguntas don Hans contestaba con evasivas. Su curiosidad llegó al límite al ver asomar sobre la quebrada una inmensa rueda, dotada de depósitos que recogían el agua del fondo del arroyo y que al llegar a lo más alto, la dejaban caer sobre una canoa que la transportaba al predio.

La rueda había sido construida en Santiago y, desarmada, transportada hasta La Liga.

El ingenio entregaba cerca de dos regadores, cantidad más que suficiente para abastecer la totalidad de las tierras, sobre todo considerando que el sistema que había ideado, siguiendo las curvas de nivel, le permitía su total aprovechamiento.

Las consecuencias del funcionamiento de la rueda muy pronto las pudo apreciar don Diosnisio: cada vez que quiere regar debe pedirle a don Hans que detenga el artilugio, ya que en caso contrario sólo con los derrames, no podría regar su parcela.

Las relaciones entre los dos hombres, sin ser hostiles, eran muy superficiales y se limitaban a un saludo cortés cada vez que se encontraban. Dionisio estaba disgustado por la poca agua que le llegaba de los derrames de rueda, y por el bajo precio que había obtenido en la venta de las sesenta hectáreas que ahora eran de riego.

Hans, a su vez, estimaba que «Culpeo» había tratado de engañarlo al venderle terreno de rulo al mismo valor que los de riego.

En estas diyuntivas, ambos parceleros se masticaban pero no se trababan, y en más de una ocasión discutieron en forma agria sus resquemores.

Pero el destino es impredecible: Ingrid, la hermosa hija de don Hans -que ya había cumplido veinte años- se enamoró perdidamente de Serafín, el gallardo hijo de don Dionisio, que recién había terminado sus estudios en La Serena.

Pese a la oposición de sus padres, contrajeron matrimonio, conminándolos a que si no hacían las paces, se irían a vivir a Coquimbo, donde al joven le habían ofrecido empleo.

Ante el temor de perder a su única hija, don Hans aceptó de inmediato. Igual don Dionisio, a instancias de su mujer, que no deseaba que su hijo se marchara lejos de ella.

Hoy, con la llegada de los nietos, ambos se han abuenado.

Serafín -esposo de Ingrid- es el brazo derecho de don Hans y se desempeña como administrador del fundo «La Rueda» y demás tierras adquiridas por éste en el sector de La Liga.

A «Culpeo» se le han quitado las mañas y ahora es un hombre tranquilo, que pasa lo más del tiempo jugando con sus nietos, regalo impagable de continuidad de vida de un hombre ya viejo.

Al gringo nunca más han vuelto a llamarlo "LESO".

OSCAR OLAVARRIA SANMUEZA,
63 AÑOS
TECNICO AGRICOLA
LANPA, REGION METROPOLITANA.

EL PERRO DE PEDRO MISERIAS

Me contó una vieja a la cual fui a ver en un pueblito de esos de que nadie habla y menos se acuerda:

Se veía muy a menudo un viejo chico, encorvado, de bigotes grises y sucios; era holgazán, bebedor, agrio de carácter y sucio como un sombrero viejo. De ahí que en el pueblo lo llamaran Pedro Miserias.

Este Pedro siempre sacaba plata a su hermano Rodrigo para beber, dinero que su hermano gustoso le daba por una sola palabra de agradecimiento, la que, dado el carácter que su hermanito se gastaba, nunca llegó.

Un día sintió Rodrigo que la muerte con su cara cínica había llegado en busca suya, así que angustiado por la suerte que correría su hermano, lo mandó llamar. Llegó éste y a la luz de una única vela que alumbraba la estancia, Rodrigo se dirigió a su hermano con estas palabras:

-Me doy cuenta de que mi hora está próxima y quiero dejar todos mis asuntos en orden (Pedro tosió; le gustaba toser) así que escucha muy bien lo que tengo que decirte...

-...No ignoras, Pedro, que en estos últimos años he acumulado una gran fortuna, de la cual tú podrás gozar una vez que yo muera, siendo como eres mi único pariente. Pero, Pedro, hay una condición: la única forma de que tú la tengas es tomando a tu cuidado mi perro.

Al decir esto exclamó: «Caqui, ven aquí»...

Como respuesta a estas palabras se movió una sombra que hasta entonces Pedro no había visto, y entró en el círculo de luz un perro de color oscuro, con unos ojillos de un extraño color amatista.

-Este perro -dijo Rodrigo, dejando que el animal le lamiera la mano-, este perro ha sido mi mejor amigo, quiero que lo cuides en mi lugar más que como un perro, como un amigo.

Pedro se lo prometió, mas en su mente no había ningún perro, sino la fortuna de su hermano y los vasos de vino que podría comprar con ella. Rodrigo murió a los dos días y Pedro se fue a vivir a su casa. Allí pasó la noche soñando con la plata que ahora tenía. Al día siguiente muy temprano fue a buscar a la pieza donde su hermano le dijo que tenía toda la plata.

Al entrar en la pieza, encontró tres sacos llenos de monedas de oro, de esas que se sacan en los entierros.

Esa plata empezó a irse entre tragos, fiestas, asados y amigos, esos infaltables amigos.

Tanto gastaba Pedro, que el apodo de miserias sólo fue una sombra. Mientras, el perro lo seguía a todos lados. Cuando volvía Pedro de su diaria parranda, se iba a dormir a la pieza del tesoro, que era como Pedro llamaba a la pieza donde tenía el dinero, pues allí tenía el perro su cama.

Un día vino a ver a Pedro uno de sus amigos.

-Pásele, don Mauricio, entre que está es su casa -le dijo Pedro.

-Con su permiso, Don Pedrito, aquí venía a verlo -respondió, entrando y sacudiendo sus manos gordezuelas.

-¿Para qué sería? -le preguntó Pedro.

-Verá usted, Pedrito, que yo antes de ser amigo suyo fui amigo de su hermano, que en paz descanse. Conversaba mucho con él. Todo el tiempo me mostraba su perro con tanto orgullo que le tomé cariño, así que... yo... -empezó a dudar el visitante.

-Hable, hable, hombre -le insistió Pedro.

-Pues verá -siguió dudando Mauricio.

-¿Qué cosa? -insistió Pedro.

-Si ¿podría usted vendérmelo?

-Lo siento mucho, Don Mauricio, pero mi hermano me lo encargó mucho ese dichoso perro -dijo Pedro, levantándose.

-Le daré lo que quiera -exclamó Don Mauricio.

-No, no, lo siento, ahora se retira si no tiene más que hacer -concluyó Pedro abriendo la puerta.

Cuando se fue Don Mauricio, Pedro quedó muy extrañado y se dirigió a la pieza donde dormía el perro.

¿Para qué querrá este perro Don Mauricio?, pensaba, él tiene otros y más bonitos y tanto que me ofrecía ¿Por qué mi hermano me lo encargó tanto?

Pedro dejó de pensar, le cansaba mucho, y se fue a dormir.

A la mañana siguiente le dio sed y se fue a buscar más plata, pero ya no le quedaba nada en la pieza. Sólo quedaban los tres sacos y el perro durmiendo en un rincón.

-¿Qué hago ahora? -se lamentó, llevándose las manos a la cabeza. El perro despertó y lo quedó mirando con sus extraños ojos.

-No tengo nada que darte, debí haberte vendido a Don Mauricio. Así yo tendría plata y tú tendrías qué comer -pareció responderle Pedro.

El perro se levantó y dirigiéndose afuera empezó a olisquear entre los árboles. Pedro lo seguía muy extrañado. De pronto se detuvo el perro al lado de una piedra, empezó a escarbar hasta que ante los ojos pas-

mados de Pedro apareció una olla de greda llena de monedas de oro. Por eso -tartamudeó Pedro-, por eso te cuidaba tanto Rodrigo, por eso Don Mauricio quería comprarte.

El perro podía encontrar entierros con sólo desearlo.

Allí terminó la vieja historia. Yo me despedí de ella riendo para mis adentros, con la ocurrencia de un perro que encontrara entierros, en fin, la vieja era muy rica y admirando sus cosas salí de la casa. Al salir sentí un ladrido y volviéndome vi que, entre las ruedas de una carreta, un perro me miraba con sus ojos color amatista.

**JUAN CARLOS PINTO FAUNDEZ,
17 AÑOS
ESTUDIANTE
MARCHIGÜE, VI REGION**

EL ENGAÑO DE MELENDEZ

En la hacienda más rica de San Antonio, vivía la joven Sofía, quien tras una larga estadía en la capital se había titulado de abogada y regresaba al campo.

Por tratarse del regreso de la primogénita, don Federico Montiel organizó una gran fiesta e invitó a grandes autoridades de todo el distrito, entre ellos doctores y abogados para que alguno se enamorara de su hija.

La noticia se disipó por todo el pueblo y llegó a oídos de Juan Meléndez, su peor enemigo, quien preparó un plan para burlarse de Federico y arruinar la fiesta.

Viajó a la capital y buscó a Sofía. Se presentó ante ella como el hacendado más millonario de San Antonio y luego le pidió matrimonio. Sofía estaba desorientada por la prisa que ofrecía su enamorado, por lo que le pidió darle plazo para pensar su respuesta de un día más.

El tiempo fue suficiente para que Sofía llamara a su padre y averiguar la procedencia y honestidad de «San Juan», como lo había llamado en honor a que lo había conocido el día de San Juan.

Al otro día, tal como se había acordado, Juan pasó a buscar a Sofía y fueron a cenar. Ella se mostró muy exigente, pidiendo de comer a cada momento de acuerdo a gustos muy refinados y costosos. El la complacía sin importar le la inversión.

Luego ella le comentó que poseía una habilidad para leer la mirada y sabía que él guardaba muchos secretos.

Juan titubeó un momento y reconoció que sí los tenía, pero agregó que sólo los conocería la mujer que aceptara ser su esposa.

Tras un momento de largo silencio, el hombre reiteró su pedido de matrimonio, y Sofía dulcemente respondió que aceptaba y que deseaba una boda muy íntima y apresurada.

La mujer se aprovechó de que conocía mucha gente en la capital y preparó una boda que pareciera muy verdadera para que el novio no se enterara de que el matrimonio no sería válido.

La boda se realizó. Hubo un brindis por la felicidad del joven matrimonio y luego los invitados se retiraron.

Antes de entrar en la intimidad de la vida conyugal, Sofía le exigió a su marido que le confesara toda la verdad.

Bastó sólo un par de copas y Meléndez se confesó de todos sus asaltos al banco, robos de ganado y luego se quedó dormido.

Al otro día el matrimonio viajó a San Antonio y al llegar a casa Sofía se abrazó de su padre y ambos lloraban de alegría y emoción por el reencuentro.

Por otro lado Juan pidió que se detuviera la música para dar la gran noticia. Sin embargo, Sofía llamó a la policía y se dirigió a los invitados contándoles que en San Antonio se encontraba un ladrón y, más aún, se encontraba en su fiesta. Luego dijo su nombre.

Puso la grabación donde Juan confesaba cada uno de sus delitos. El hombre lloraba y exclamaba que estaban casados. Todos los invitados se burlaban y más aún lo hicieron cuando Sofía relató que se trataba de un matrimonio falso.

La policía se llevó a Juan Meléndez y éste pidió la posibilidad de decir sus últimas palabras, agregando que jamás había amado tanto a una mujer como lo sentía ahora por Sofía. Luego se lo llevaron.

La fiesta continuó, sin embargo la abogada se había enamorado y decidió defenderlo en el juicio al que sería presentado.

Su defensa fue un triunfo y propuso matrimonio a Juan Meléndez con la condición de que no hubieran más engaños y que todo fuera verdadero.

**LORENA ALEJANDRA ROJAS BENAVIDES,
21 AÑOS
TEMPORERA
HUAPI BAJO, LINARES, VII REGION**

BAILE DE LOS NEGROS DE LORA

Cada tercer domingo de octubre en el caserío de Lora, poblado ribereño del río Mataquito en su curso bajo, se vive un día especial. Por más de tres siglos que una tradición se viene repitiendo con altos y bajos, pero que se ha mantenido, recuperando en los últimos años parte importante de su antigua forma que ya es leyenda, tradición y realidad: es el **Baile de los Negros de Lora**, rito que es conocido en toda la costa de las provincias de Curicó y Talca.

Todos los años llega mucha gente desde los distintos rincones de la costa curicana y talquina, de la cuenca del Mataquito. Bajan por las serranías y llegan a la Lora campesinos y gente de los pueblos de Licantén, Hualañé, Vichuquén, Iloca, Curepto y Curicó. La gente asiste a misa, luego se desarrollan los bailes típicos: con pasitos suavecitos y acompasados para adelante y para atrás donde bailan los negros y negras, que son feligreses que han hecho la promesa de vestirse y pintarse de negro. Otros devotos de la Virgen del Rosario de Lora han hecho la promesa de ponerse unos cueros de oveja. La gente los llama los «empellejados». Estos empellejados también llevan máscara, de manera que no se conocen quiénes son. El baile se hace al compás del toque de «pifanas», que son especies de plantas de madera, cuadradas, también tienen un parecido a las «tarcas»; los pifaneros tocan bajo las órdenes de un capataz.

Después de la misa, en la explanada frente a la iglesia, se baila un rato. Luego se forma la procesión que hace un recorrido por el camino rural de más de un kilómetro de largo, para luego volver por el mismo sendero. Nuevamente se llega al patio frente a la iglesia, se baila un rato y poco a poco la gente regresa a sus casas. Se ha vivido un día de fervor religioso, de amistad y de hermandad.

La leyenda

Se cuenta que la imagen de la Virgen de Lora fue encontrada por un misionero en medio de los indios que la veneraban, y que llevada por éstos a la capilla, la imagen desapareció de los altares una y otra vez. Los indios la condujeron entonces en solemne procesión y la imagen permaneció para siempre en la capilla, por lo que todos los años sacan

a la Virgen con solemnidad y la imagen concede favores.

La presencia de los negros y empellejados viene desde la época en que había algunos negros esclavos que, junto con nativos mapuches, hacían una gran fiesta el día de la Virgen del Rosario. Los indígenas a las fiestas le ponían todo su entusiasmo y todo el reverente respeto típico de gente sencilla y creyente.

En recuerdo de estos feligreses esclavos negros, de indios que se ponían cueros, en la actualidad hay una cofradía que agrupa a los que han prometido bailar en honor a la Virgen.

Quizás sea la más interesante fiesta religioso-popular de la zona central de Chile, el ancestral Baile de los Negros de Lora, que llena de entusiasmo a una zona y que cada año va recuperando una tradición que estuvo a punto de desaparecer por los años 60.

El Baile de los Negros y Empellejados de Lora es una rica expresión folclórica viva que cada año está presente en la vida de la gente campesina del caserío de Lora, el antiguo pueblo indio que encontraron los conquistadores, mientras los nativos se convertían al cristianismo enseñado por curas doctrineros.

Lora sigue siendo una zona rica en tradiciones, leyendas y folclor. En octubre, el tercer domingo, es la fiesta típica, tradicional, religioso-popular. Cada año Lora (lugar de gredas) seguirá realizando la procesión y bailes en honor a su patrona, estando presente todo un rico y completo folclor.

BERLIN DANUBIO CORREA HERNANDEZ,
48 AÑOS
AGRICULTOR
CUREPTO, VII REGION.

LA LAGUNA ENCANTADA

Después de atravesar los largos valles de Maitenes, entrábamos a la precordillera. Ya estaba atardeciendo, comenzaba a caer una garúa que a menudo se hacía intensa. El invierno se acercaba y los roces ya estaban terminados.

Allá se encontraban el «Chico» y Manuel. Aún quedaba mucho camino, así que decidimos pedir alojamiento en la primera «ruca» que nos topáramos. Sin embargo, no tardamos en encontrarnos con una. Estaba desolada; por lo tanto, pasamos la noche sin dificultad alguna.

Al otro día emprendimos nuestro viaje. Todavía quedaba bastante camino. A las pocas horas, ya no podíamos más. Las «lomas» cada vez se hacían más pesadas, la planta de los pies casi no la sentíamos, pero con ese creciente malestar llegamos a Los Montes.

El «Chico» y Manuel tenían rozado todas las hectáreas destinadas, ahora sólo teníamos que esperar que se secaran los murtales cortados, para después poder quemarlos. Mientras tanto, aprovecharíamos la madera para hacer carbón.

Por la noche, sentados alrededor del brasero, aprovechando el calor que despedían las brasas, nos peleábamos el lugar más cercano a él. El «Chico» se acordó de que en el trayecto al roce había que atravesar un estero donde se encontraba una hermosa laguna llamada «Laguna del Litre», nombre dado debido al color verde oscuro de sus aguas, que a veces llegaba a ser negra. De inmediato le preguntamos qué tan hermosa era; si había gran cantidad de peces. A qué se debía su color, y muchas otras interrogantes.

Tomando la palabra, Manuel dijo: «Nadie pesca en esa laguna, porque según la gente de aquí, está encantada».

Pasaron las semanas, y todos los días atravesábamos por aquella laguna, hermosa sin duda. Ya teníamos listos algunos «monos» para hacer carbón, sólo faltaba prenderlos. Estos requerían una constante vigilancia por si se rompiera la cubierta de tierra.

Nos turnábamos, Juan con Manuel por la noche y el «Chico» y yo de día. Esto sólo duraba una o dos semanas, hasta que se fundiera la madera al interior de la cubierta de tierra.

Un viernes por la mañana, cuando Juan y Manuel regresaban a tomar desayuno, no me sentía bien para ir a trabajar; por lo tanto, el «Chico» tuvo que ir solo. Yo, por mi parte, me aburría al quedarme en la cama, ocioso, por lo que me levanté y fui como pude a trabajar. Cuando me

acercaba a la laguna, por el puente divisé una bella joven rubia peinándose a la orilla. Me extrañó mucho su presencia. No era común ver a una joven en esa parte, ni mucho menos sola. Me asusté y crucé el puente rápida y silenciosamente. Ella, en tanto, no alcanzó a avistarme. Cuando llegué a los «monos», le conté lo sucedido al «Chico», quedando éste sin creer una sola palabra.

Al medio día cuando volvíamos a almorzar no nos cruzamos con la joven ni con ninguna otra persona.

Y así pasó el tiempo. Ya en plena primavera, habíamos quemado el roce, arado la tierra, sembrado, y el trigo ya estaba creciendo vigorosamente.

Al amanecer de un lunes, atisbamos un enorme toro pastando nuestro trigo. Nos preguntábamos de quién podría ser, pero no logramos saberlo. Intentamos seguirlo, pero fue inútil. El animal nos estaba causando pérdidas. Entonces acordamos rastrearlo. Nos separamos en distintas direcciones. Al cabo de unos minutos encontré las huellas. Se dirigían a la laguna. Las seguí y cuando llegué allá, no me explicaba cómo cruzó la laguna. Ella era muy profunda, y el puente angosto, sólo para personas. Llamé a los muchachos para lograr sacar alguna conclusión de esto, pero no pudimos. Llenos de incertidumbre por lo sucedido decidimos acabar con este animal y nos propusimos: «cuando lo atrapemos haremos un rico asado».

Por la tarde, nos conseguimos unos caballos a los inquilinos del fundo para poder atraparlo. Esperamos que amaneciera. Ya cuando estaba claro, nos dirigimos al trigal. El animal estaba pastando, entonces emprendimos su caza. El animal escapó en cuanto nos vio, logrando sólo Manuel lacearlo, pero no pudo sujetarlo y lo arrastró con caballo y todo dirigiéndose a la laguna. Ya a metros de ésta, Manuel sacó el cuchillo y cortó el lazo y el animal desapareció en el agua. Era algo inexplicable.

A la hora de almuerzo, fui a darme una vuelta al carbón y al llegar a la laguna, me encontré con la bella joven. Cuando me vio, no me retiró la vista. Me acerqué y le pregunté su nombre, y ella respondió: «Esmeralda». «¿Y tú, cómo te llamas?», me preguntó. «Osvaldo», respondí. Después de hacerme varias preguntas sobre mí, le pregunté de dónde era. Quedándose un rato muda, respondió con amargura: «Vivo en esta laguna. He sido encantada y tengo por obligación cuidar un inmenso ganado que hay ahí dentro». Yo me inquieté y le pregunté cómo podía ayudarla, de qué manera podría romperse ese encanto.

«La única forma de romperlo es sacándome sangre cuando esté transformada en toro», me dijo con mucha aflicción. Entonces nos pusimos de acuerdo que al atardecer yo la esperaría con un cuchillo a la orilla de la laguna para desencantarla. Pero la joven me dijo que si no hacía lo tratado, su castigo sería el doble y tendría que marcharse para siempre de esta laguna.

Y llegó la tarde. Afilé bien mi cuchillo y partí hacia la laguna. Cuando llegué, se escuchaban ruidos, lo que me atemorizó bastante. De pronto el agua empezó a separarse, y del medio de la laguna apareció el enorme toro que habíamos tratado de atrapar. Al ver que se acercaba, solté el cuchillo y corrí con todas mis fuerzas, pero el toro no me seguía sino que quedó revolcándose sobre el cuchillo.

Ya estaba oscureciendo y no tuve el valor de volver a buscarlos.

Al llegar a la ruca, le conté todo a los muchachos. Estos, anonadados por el hecho, no decían ni una sola palabra. Ya cuando nos preparábamos para dormir, comenzamos a escuchar que arreaban ganado de la laguna.

Yo me sentía culpable por no haber podido salvar a esa hermosa joven de ese horrible encanto. Frecuentemente, en mis momentos de descanso y soledad, me siento a orillas de la laguna a mirar mi frustración y cobardía, que a lo mejor habría transformado mi rutinaria vida.

*RICARDO ANDRÉS BOBADILLA MONDACA,
17 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA AGRÍCOLA
MOLINA, VII REGIÓN.*

LA HISTORIA DE "DIANA"

La historia que les contaré a continuación es una anécdota que me ocurrió hace ya algunos años, la cual he contado en reuniones con amigos, con agricultores, velorios, etc., la que ha ido tomando forma de cuento de esos que son parte de nuestro folclore. Esta historia gusta mucho a los que la escuchan e, inclusive, me han dado algunos apodosos que a veces no me hacen sentir muy cómodo, me ha motivado contárselos a ustedes también, para que saquen sus propias conclusiones.

Remontándonos a los años 80, cierto día un señor me ofreció una perra perdiguera, ya que él estaba un poco viejo y había perdido la afición al deporte de la caza, y como sabía que a mí y a mi padre nos gustaba ese deporte, me regaló a «Diana», así se llamaba la perra. Me llevé el regalo a mi casa, que estaba ubicada en un pueblito bastante pujante que se llama «Hualañé», en donde se sintió bastante cómoda y contenta.

El primer fin de semana que llegó, y aquí es en donde comienza esta historia, tomé mi equipo de caza y mi perra y me dirigí al campo a probar el regalito. Llegué al puente «Paula», que cruza el río Mataquito, y me estacioné al frente de una vieja iglesia abandonada. Apenas bajó del vehículo encontró un rastro que la entusiasmó de inmediato. Se dirigió a una puerta coliguacha que estaba al frente y daba a un inmenso potrero. Yo, a todo esto, estaba recién sacando mi equipo y tuve que dar un fuerte grito para que me esperara, ya que el antiguo dueño me había advertido que era un poco porfiada, pero dándole un fuerte tirón de orejas se tranquilizaba, cosa que hice de inmediato. Mientras abría y cerraba la puerta coliguacha, ya estaba puesta sobre el rastro. Al instante preparé mi escopeta y seguí dispuesto a disparar a la presa que estaba por volar. Mientras, yo pensaba en todas las recomendaciones que me había hecho el antiguo dueño como por ejemplo, que las paraba y las acarreaba y que era muy segura y no mentía. Al avanzar unos 100 metros, «Diana» se veía cada vez más entusiasmada y con el hocico pegado al corto pasto que había en el potrero. Todo estaba dispuesto para la ocasión. En un segundo miré para atrás, hacia la iglesia, y me encomendé en el nombre de Dios. Cada segundo que pasaba y cada metro que avanzaba me ponía más nervioso al ver al animal tan entusiasmado y tan empeñado en el trabajo que estaba realizando y sabiendo que en cualquier momento se iba a quedar es-

tático cuando tuviera la presa a unos pocos metros, viéndola y no dándole la oportunidad de volar, sólo hasta cuando yo la autorizara. Pero transcurrían los minutos, habíamos avanzado unos 350 metros y no pasaba nada, solamente la perra cada vez más afanada con el rastro. Empecé a tener mis dudas frente a tanta propaganda que le había hecho este caballero, que no regañé en contra de él porque era mi amigo, y empecé a sacar algunas conclusiones. Primero me dijo «es buena esta porquería que es capaz de olfatear un rastro de ayer», o la perdiz está al fondo del potrero, tomando la sombra ya que el día estaba muy caluroso. Por suerte aún había humedad en el pasto y la perra todavía podía olfatear. Seguimos caminando en forma recta hacia los árboles que estaban en el fondo del potrero a unos 500 metros. Miré hacia atrás y ya habíamos avanzado otros 500 metros. El ánimo se me vino abajo. Bajé la guardia y me dediqué a observar a la perrita; quisieran ver cómo colocaba la colita casi en forma vertical y de qué manera arrastraba el hocico por el suelo. De vez en cuando pegaba una mirada para atrás como para apreciar la distancia a que venía, ya que en realidad era bastante. Y tal cual como lo sospechaba llegamos a los árboles, en su mayoría sauces y aromos. Al llegar a las sombras se notó más y más empeñada en encontrar a su víctima y a la vez yo también me entusiasmé, pero con pocos deseos de que volara en los árboles, ya que no podría dispararle para bajarla. Pero fíjense que tampoco estaba entre los árboles, ya que «Diana» atravesó esta zona y llegamos a un arenal con bastantes matorrales, próximo a la zona de piedras que está en la ribera del río, y siempre en línea recta con dirección al río. En esta área no había pasto ni humedad, pero «Diana» igual rastreando tan entusiasmada como al principio. Mientras tanto, yo sacaba nuevamente conclusiones; entonces pensé que la maldita pájara había ido a tomar agua al río después de haber comido tranquilamente en el potrero, y también concluí que mi nueva perra de verdad era muy buena, ya que fue capaz de mantener el rastro hasta donde ya estábamos. Faltando ya unos 150 metros por llegar a la zona pedregosa, me iba imaginando cómo sería la escena y con qué ánimo dispararía en contra de la pajarraca que nos había dado tanto quehacer, cosa que no es muy común.

Yo, estando en el pedregal, me preparé con la vista bien fija sobre el cañón y la culata bien pegada al pecho. Continué atrás, bien cerca de la campeona, mirando cómo arrastraba el hocico dejando la baba pegada en las piedras lavadas por las crecidas invernales. A la distancia

se observaban unas verdes malezas que crecen a la orilla del agua de los ríos en donde suponía estaría nuestra presa. Pero, pongan atención, yo me quedé detenido a unos 30 metros de la orilla, distancia prudente para disparar, mientras la protagonista se internaba en la maleza. Me quedé esperando unos segundos para quebrar el silencio que reinaba en el área con el gran disparo que habría al instante. Pegué un grito para animar a la perra para que me hechara a volar la perdiz, llevándome una gran sorpresa que me dejó momificado cuando vi a la perra entrando al agua con el mismo entusiasmo que afuera. Era increíble, me acerqué para observar y escuchar cómo introducía el hocico hasta la altura de los ojos y cómo estornudaba donde le entraba agua por las fosas nasales. Había entrado unos 15 metros con el agua hasta la guata, cuando de pronto se quedó estática con la cola estirada en forma horizontal, inmóvil, una mano levantada como para dar un paso más, la cabeza semiladeada con el ojo izquierdo fijo al agua. Se quedó así por un instante, mientras yo afuera transpiraba helado y sentía un frío por mi espalda. Me chirriaban los oídos, sentí un miedo espantoso, nunca me sentí así. Y en eso el animal miró hacia atrás para que yo diera la orden final, no tuve más que mover el cañón de la escopeta cuando de pronto la perra dio un gran salto, sumergiéndose por completo en el agua. Y aquí viene la parte más increíble: salió a flote con un inmenso salmón que, para resumir la historia, pesaba 5 kilos, y salió tranquilamente caminando con la presa atravesada en el hocico, tratando de equilibrarla. Yo no sé si era pánico o emoción lo que sentía; se me debilitaron las piernas y decidí sentarme a observar la escena. Caminó frente a mí con el pescado atravesado en el hocico y me lo entregó tal cual me había dicho su primer dueño. Este daba unos brincos como con ánimos de volver al agua, mientras «Diana» se sacudía el agua mostrando una alegría de victoria y me miraba mostrándome su nariz partida de color café. No tuve más que corresponderle su cariño con una tirada de orejas, mientras miré alrededor para ver si había alguien presenciando esta hazaña y atestiguara lo que yo había vivido hasta ese momento. Porque la historia no termina aquí; aún falta lo más interesante de toda esta historia.

Yo saqué cortaplumas del morral, ya resignado de la experiencia vivida. El pescado estaba inmóvil y revoloteaban las primeras moscas. Decidí sacar las tripas para evitar el desagradable aroma que dejan éstas al no retirarlas. Rasgué su panza casi desde la cola hasta las

agallas; al abrir, cuando metí la mano en la guata saqué una tremenda, gorda y emplumada perdiz. ¿Qué me dicen ahora? ¿Piensan igual que yo? ¿Era buena o no, mi perra? ¿O creen que soy un mentiroso contemporáneo?

Como les dije al principio, hay gente que me dice que soy más mentiroso que Pedro Urdemales ¿No creen que esas comparaciones ofenden?

Amigos, no me queda más que decirles que cada uno saque sus propias conclusiones. La historia tiene lógica y un profesional no puede andar contando mentiras por ahí.

JUAN ANTONIO IBARRA GOMEZ,
35 AÑOS
TECNICO AGRICOLA
CURICO, VII REGION.

"MENTIRAS"

El concurso se desparramó a los cuatro vientos y dicen que alcanzó hasta la cresta de las olas. ¡Como no iba a ser así!, pues la convocatoria llamaba a todos los mentirosos más diestros y embaucadores para competir en grandilocuencia e ingenio.

Llegaron, para qué le cuento: aves, avecillas, pájaros, pajaretes, etc., de distinto plumaje y «taquilla».

La partida fue sencilla: en redondel, en sentido contrario al desplazamiento del sol, se turnaría la voz para narrar las mentiras más increíbles.

Por cortesía, la punta la tomó una buenamoza mujer espigada que por más detalle apuntó:

-Yo he visto cantar corriendo a las lombrices, de tierra, de agua y de fuego.

Todos:

-¡Pruebas!

Respondió entre picada y burlona la comadrita:

-¡Se me quedaron en la casa!

Aprobación unánime: tres puntos buenos de un máximo de cinco.

El segundo pie le tocó a un vendedor de cochayuyos, de los antiguos, con bufanda y calcetas blanquísimas de lana de cerros costinos.

Dijo:

-El mar es más grande que toda el agua salada que contienen los océanos y otros reductos de agua con sal.

-¿Cómo así, gancho costino?

-Fácil. A lo ya señalado es preciso agregar todos los mares de lágrimas, que también son saladas!

-¡Sin puntuación! ¡Siga gritando sus cochayuyos y charqui de pescado, no más!

Ahora le tocó el pase a un yerbatero, montañés andino, venido de alta cumbre.

Dijo:

-De todas las yerbas milagrosas que Dios creó, existe una que conjura la sabiduría divina con la herejía humana. Es decir, mezcla el bien y el mal a la vez.

-Eche afuera pues, don, que nos tiene a todos empachados; ¿cuál es la hierbita esa?

-Se llama "Paramela".

-¡Ja, ja! Si no apabulláramos a los demás, ganaría por aplauso aclamatorio. ¡Cuatro puntos buenos!

Después de varios aprontes dignos de destacar y olvidar, la palabra la tuvo un domador de caballos: la historia-mentira puede resumirse en que le tocó batirse con Trizano-carabinero, en la frontera, entre Ercilla y Victoria.

-Después de varios guascozos con carabina «Winchester», su cabalgadura cojeaba de patas y cogote. Al darle caza, los herejes perseguidores procedieron a decapitar a la «bestia». Ante tanta prepotencia y crueldad injustificada invocó la justicia divina y la astucia del mal. Sus deseos fueron oídos: el caballito no murió y se le soldó el pescuezo, con una pequeña dificultad: la cabeza del pobre bruto quedó vuelta hacia arriba.

Juro que para tomar agua, tenía que arrodillarse y sorberla por las narices.

-¡Ja, ja! ¡Esa sí que es buena!

Todo el redondel se puso de pie y dio las palmas de la victoria a este último embaucador.

¡Barrió con los cinco puntos y no quedó ni tibio!

El apuntó:

-En cualquier otra oportunidad «desenfundo» con mejor puntería y memoria y, de seguro, no me ven la luz ni menos la sombra.

*XIMENA CONCHA NOVA,
26 AÑOS
TEMPORERA AGRÍCOLA
PORTEZUELO, VIII REGIÓN.*

EL TORITO ENAMORADO

No hace mucho tiempo, en un pequeño fundo del Valle Central, un agricultor recorría sus cultivos y los potreros donde pastaban plácidamente los animales. Al contemplar a dos jóvenes bovinos muy juguetones, se volvió hacia el encargado del ganado, que lo acompañaba también de a caballo y le dijo:

-Mira, José, a esa ternera y a ese ternero me los vas a cruzar cuando tengan el tiempo adecuado. De ahí saldrán lindas crías. Anótalo para que no se te olvide.

-No, patrón, lo tendré bien presente, que a esos dos los veo bien intranquilos, y creo también que tendrán un novillito lindazo -respondió José.

El ternero Clavel, al escuchar la conversación de su dueño, brincó de alegría, puesto que a él ya le gustaba la vaquita Juanita. Siempre que se aproximaba a ella, sentía que el corazón aceleraba su ritmo y le daban ganas de rozar y oler su suave piel. Sus juegos con Juanita se hicieron más frecuentes, pero no tenía la inocencia de antes; ahora cada movimiento llevaba una oculta intención.

La vaquita Juanita era tímida e indiferente y no comprendía el cambio de actitud de su amigo de juegos; ella soñaba con conocer algún día a un señor de fortuna y prestigioso, que le diera protección y porvenir. Por eso empezó a distanciarse de Clavel, que quedó sumido en la más profunda desilusión y tristeza.

Un día al fundo trajeron un toro que el patrón había pedido prestado a un amigo ganadero de una gran hacienda vecina. La presencia de Almirante produjo un gran alboroto entre los machos y hembras de la masa ganadera del fundo. El visitante tenía una estampa imponente, macizos miembros y pelaje bien cuidado. A lo lejos se adivinaba su vigor y su experiencia.

El torito Clavel era uno de los observadores más inquietos y molestos; de inmediato se dio cuenta que aquel animal era muy superior y que él aún tenía muchas cosas que aprender en la vida. Su malestar se transformó en furia, porque al instante comprendió que le podía rondar a su dulce amor.

Al mediodía, Clavel con el corazón agitado, cruzó la alambrada para llegar al potrero donde debía estar la Juanita. Aceleró el trote por un momento, para luego detenerse de un golpe; allí estaba lo que más temía: el toro Almirante, el recién llegado, ya le estaba haciendo la

corte a Juanita, el amor de su vida. Seguramente la estaba galanteado con zalamerías y falsas promesas, y eso él no lo iba a permitir. Tenía que ponerse en campaña para reconquistar a su Juanita, si no el Almirante se la iba a quitar.

Pero los planes y los sueños de Clavel no pudieron realizarse, y transcurrió mucho tiempo en este juego amoroso de ilusión e indiferencia, de pasión y frialdad.

Un día el agricultor del fundo quiso llevar a cabo lo que tenía pensado, e intentó curzar a esta joven pareja de fina raza, pero la vaquita no dejó que Clavel se le acercara, porque a ella sólo le interesaba el Almirante, que estaba a su parecer mejor que el inexperto Clavel.

-José, llévalos a sus respectivos potreros y en un tiempo más haremos otro intento. Estos dos tendrán que cruzarse, porque de aquí saldrá un lindo ejemplar -dijo con desaliento el patrón a su empleado.

- Sí, patrón, como Ud. mande, que el que la sigue la consigue.

Clavel, que estaba muy desconsolado, al escuchar esta conversación, corrió por el potrero saltando de júbilo, lleno de optimismo y esperanza. Tendría una nueva oportunidad para cristalizar el sueño de su vida. Al llegar al estero, donde los verdes sauces mojaban sus cabellos, Clavel bebió largos sorbos para apagar el fuego que le quemaba el corazón, y poco a poco fue recuperando la calma. Fue entonces que, al levantar la cabeza, vio a su vaquita Juanita, al otro lado de la alambrada, y le mugió suavemente:

-Hermosa vaquita mía, tú eres tímida y bella: sé que me amarás, porque algún día reconocerás el verdadero amor.

-Tú no me gustas, por qué me has de seguir molestando. Vete, que yo no deseo hablar contigo, respondió con desprecio la vaca Juanita.

Al escuchar estas duras palabras, a Clavel le dio una gran pena, y comprendió en ese instante que tendría que ser muy cauteloso para rondar a Juanita. Cualquiera paso en falso y el Almirante se la podría quitar. Entonces, su vida habría terminado para siempre.

Clavel siguió pensando en ella, hasta que un día nuevamente le declaró su amor. La orgullosa Juanita le respondió con un suave mugido lleno de coquetería:

-Podemos ser amigos y nada más, pero sin propasarse.

Clavel se sintió morir al verse nuevamente rechazado, pero de inmediato se repuso y se consoló, porque ella al menos aceptaba ahora su amistad.

A la mañana siguiente, el agricultor mandó traer otra vaca del fundo

para cruzarla con el Almirante. Al llegar Josefa, que así se llamaba la hembra, Clavel se hizo muy amigo de ella, y le contó su gran desconsuelo amoroso; ella, después de escucharlo atentamente, le respondió:

-No te preocupes, que yo te ayudaré en tu conquista. Yo me haré cargo de ese Almirante; está muy guapo y yo sé como atraérmelo.

Al coquetear la vaca Josefa con el Almirante, le resultó de inmediato, como un amor a primera vista. La vaquita Juanita, que observaba todos estos movimientos, los interpretó como una traición del veleidoso macho, y se puso muy celosa y triste.

En ese momento, comprendió su situación con toda claridad, y se dio cuenta de que había cometido un gran error al no haberle demostrado mayor interés al torito Clavel; un gran sentimiento de arrepentimiento invadió su conciencia, y empezó a reflexionar sobre la manera de reconquistar el amor que antes había despreciado. Sabía que no sería una tarea fácil; ella había sido demasiado orgullosa y cruel con el pobre toro Clavel.

La vaquita Juanita buscó a la distancia al infortunado joven torito. Sabía que siempre vagaba solitario cerca del bosquecito de boldos, al otro lado del cerco de alambres del potrero vecino.

El Clavel la vio aproximarse lentamente, como invitándolo a iniciar un amoroso diálogo. De inmediato se dio cuenta de un cambio femenino en su nueva actitud; en ese momento hicieron las paces y empezaron una relación tan apasionada que quienes lo vieses no lo creerían.

El joven toro olvidó en ese instante todos los sinsabores y humillaciones de su vida pasada. Sentía el suave pelaje y el aroma estimulante de la hembra. Un torrente de sangre y pasión subió por sus venas. Sin saber cómo, saltó la alambrada con tal ímpetu que ni siquiera se dio cuenta que las agudas púas le habían dañado el vientre y las patas traseras, pero esto no tuvo ninguna importancia para su loco deseo. Allí se consumó por fin aquella unión tan anhelada.

Al día siguiente, el encargado del ganado los encontró juntos compartiendo los verdes pastos de la pradera, como feliz pareja de enamorados. De inmediato, corrió a llevarle la noticia al patrón, quien celebró con regocijo la audacia del torito enamorado. Transcurridos tres meses, el agricultor con el veterinario comprobaron que la vaquita Juanita estaba efectivamente preñada, para alegría de todos.

Nueve meses habían pasado, cuando una mañana de hermoso sol primaveral nació la nueva cría; era un lindo ternero de aspecto sano y

de brillantes colores que llamaron Apolo, porque trajo la luz y la felicidad para todos.

El toro Clavel, al contemplar a aquel indefenso ser que nacía a la vida, se prometió que lo ayudaría a hacerle la vida más fácil, le enseñaría a elegir los mejores pastos, a protegerse del viento y el frío del invierno, a beber las aguas más cristalinas, a luchar para conseguir lo que se quiere.

En ese instante de satisfacción y alegría, Clavel se dio cuenta de que el amor puro, sincero y perseverante, siempre triunfa en la vida y es la base de la felicidad suprema.

Y cuando en el mapa celeste del cielo, aparecían ya las primeras estrellas de esa noche, el toro Clavel se preguntó si la vida de los humanos sería tan compleja y sacrificada como la de los animales.

*ANDRES PATRICIO SOTO ROMERO,
17 AÑOS
ALUMNO 3º AÑO MEDIO, LICEO AGRICOLA A-8
CATO-CHILLAN, VIII REGION.*

LA PERDIZ

El sol salía sonriente sobre la cima de la cordillera, los hombres de esta tierra daban los conocimientos dejados por Weñell Ellchen, nuestros antepasados saboreaban la ilustración del sentimiento clásico de la energía en trance al igual que el caudal del río que sonríe junto al tiempo, todos los mapuches caminaban en busca de la machy mas antigua, recorrieron así todos los volcanes. El volcán Mocho fue considerado como un hermano mapuche en Geyjypuñ o conocimiento circular. Luego, avanzado hasta el volcán Sierra Nevada, allí se visualizan todas las planicies del Lellfuñche y hay un encuentro subjetivo con la abundante medicina natural, le sacuden además el inconsciente como la timidez de su infancia y su corazón salta, sus labios se perfuman con el vaho del traumako o estero subterráneo, de tierra blanda, en la cuna de las aves encuentran su intelecto en serenata. Las nieves son lágrimas de sus ojos y el rocío húmedo de su infancia, recuerdo, pensamiento, o vida serán nuestros ojos.

Su intuición es un Avnkyñko plantado en la naturaleza como un ser de tres ramas de coligüe, pero en un mismo tronco se levantan su Kula Ñam, fue a conversar de su amistad con el Volcán Llaima y el Villarrica en donde vive su alma, su juventud y en movimiento permanece su virtud. Encontró lo que buscaba junto al volcán llamado Lanín, así conoció la procreación del mapuche en su rogativa y de objeto que anteriormente había conocido a los seres sobrenaturales lo internalizó en su existencialismo cotidiano como un sujeto que existe en cada río, en su cordillera, en todos los rincones del campo, en los esteros, en el mar y los charcos de agua, que siempre están bailando en cada sonido del Kultrung, así también, la perdiz recorre extensos campos desafiando la lluvia en las tierras de Maryluan, estuve con ella y me enseñó a caminar, me enseñó la alimentación silvestre y aprendí a silbar en convergencia al compás de la luna llena de su noche oscura y de su mesada estrella.

En la comunidad mapuche Herminia Blanca Nahuel, te apareciste, te cruzaste, moviste el viento en cada vuelo, conversaste en muchas ocasiones con mi abuelo Pedro Levi Nahuel o como tú lo llamaste en tu campo, en tus letras musicales, él es tu Wenuñ, ambos son caminantes y tu Wenuñ, como tú sabes, nació en Vilcún y llegó a tierra de Selva Oscura, viajó junto a ti a Chywuaywe, aledaño al pueblo de Ercilla en la provincia de Maryluán, la mamá de mi abuela buscaba agua y,

durante el trayecto, tú varias veces le volaste a la izquierda, así obtuviste una esposa para tu amigo, era una doncella muy hermosa, que se llamaba María Pañinao Pañilef o Wusmay, la robaron, la trajeron contigo, llegó a tierra desconocida, pero encontró un pueblo de la misma sangre, ella siempre lavó en un estero que llamó Ketrokko o estero sin salida, indicando de esta manera que nunca se separaría de mi abuelo. Perdiz, tu vives siempre en el corazón del pueblo mapuche, eres suspenso, eres un hecho sagrado que nutre el conocimiento horizontal y estás siempre en la morada como una norma, como un doctor con signo de pregunta, si sale a la derecha es positivo, es buena señal y aliento circular en la sabiduría innata de la machy y los hombres mapuches. Si cargas tus fuerzas al lado izquierdo eres un símbolo negativo, también al nacer cada niño mapuche tus pies son frotados sobre el niño descalzo, para que sea hábil y te proteja, como así mismo lleve tu virtud y tu agilidad para que corra con destreza, tus rastros. Mi abuelita Juana Linco Paillaleo o Zakyñ, la madre de mi mamá, un día al llegar el amanecer divisó arcoiris en el patio de su casa, esparció los granos a sus aves, pero tú, amiga perdiz, no sé si de hambre te integraste a la parvada de pollos y desayunaste junto a ellos. Fue cuando comenzó desde ese día la despedida de mis abuelos, en corales conversaciones me revelaban que pronto se convertirían en tierra, ellos decían que la perdiz no es un ave doméstica, que cuando se allega o se integra con las aves domésticas son signos de que, lentamente el calor de familia existente, pronto desaparecerá; la vida y toda las estructuras de las cosas, pero no todos sus moradores fallecen, sino que inconscientemente hay una fuerza extraña que lo invita a emigrar a otras ciudades. Los tres esteros continúan en el tiempo jugando con su mezcla de aguas y tú, bebes la esencia de esas tres serpentinas transparentes y giran en forma circular como si tú fueras la machy y el rewe sobre la piedra redonda. Así eres mi cultura, mi código innato que está basado en principios de reciprocidad. Ayer escribí tu nombre con sentimiento entre la humanidad, la naturaleza: la tierra. Y en el sueño me explicaste la realidad de mis antepasados y hoy afloran en la sensibilidad del inconsciente y en nuestra historia en convergencia.

*CARLOS LEVI RAÑINAO,
27 AÑOS
AGRICULTOR
MALLECO, IX REGION.*

EL PAJARITO DE ORO

El último canto del zorzal despedía el ángelus rogándole que volviera y en un cerrar de ojos, la manta azul oscura brillaba con una multitud de chispas donde las Tres Marías llamaban al lucero para jugar a la ronda con la luna nueva. Jugar a las escondidas entre las nubes tratando de pillarse y, entre risas, de vez en cuando salían el canto de la lechuza o el guiravo para estar presentes un instante en esa noche, hasta que la aurora los mandaba a dormir. Salvo la luna, que algunas veces se queda haciendo la remolona, donde el sol enojado la tapa con una ira luminosa.

De cuando en cuando, un silbido rompía el polvo del camino y las bestias oliendo la huella tranqueaban empujando el piño de vacas mostrencas, camino a la feria del día siguiente.

Los hombres casi no hablaban y, si lo hacían, era solo para animar a los perros y sacarse las estrellas pegadas a la manta, sacudirse el sombrero mojado con agua de luna y el rocío rellenando las arrugas de manos y cara.

Un escalofrío recorrió bestias y hombres. Un canto de gallo, un lamento de perro se escuchó a lo lejos; salía de entre las ramas de los cipreses frondosos que cubrían la casa del recodo. En la penúltima curva, antes de entrar en la principal, cuando recién comenzaban a trotar. Los árboles, sombras recortadas en el cielo, lloraban a las estacas fijas, pacientes, mirando el mismo lugar del camino, inmóviles de tiempo y esperanzas. Los miraban increíblemente quietas. El viento no se movía, respetándoles el paso. Solo lo acostumbrado. Cercos incontables. Los fantasmas de la noche los seguían tranquilos, hasta que, de improviso, cantó el tue tue y sin dejar que terminara el canto, la réplica de las mantas. El martes te espero a tomar mate. Un cigarrillo, hom... Gracias, Don... Y no fue más. Nuevamente silencio, la tarea más difícil de hablar y hablar consigo mismo. Entre imágenes tremendas y agradables de la vida, de lo que fue, de lo que es y de lo que no pudo ser, tan deseado pensamiento se revolcaba en el polvo, humedeciendo los ojos. En eso, cerca de ellos, pelando el lomo de las vacas, pasó chillando una bola de fuego. Los caballos se asustaron. El fuego del cigarrillo cayó al lado izquierdo. Pasó hacia unos bajos orillando el estero. ¡Qué diablos es eso, hom...! No se asuste, Don, si lo quiere puede alcanzarlo, la suerte es para usted.

La manta aún tiritaba. La yegua abría el hocico por el freno de palanca

que la hizo relinchar sentada en las corvas, entretanto, los estribos hacían sonar las espuelas ¿Qué porquería es, hom...? Alumbró la cara un nuevo cigarrillo y se vio cuando frunció el ceño y tapó la luna con el sombrero haciendo la noche más oscura y de un respingo ésta salió a atajar los animales que siguieron sin tomarla en cuenta. Una pregunta con algo de duda. ¿No sabe, don...? La respuesta fueron unos silbidos, reproches a los perros. La voz se volvió a elevar para reafirmar. Algunos lo confunden con el Huanchi Mallen, pero no es eso lo que vio. Es el pajarito de oro.

El lucero quedó mirando fino a la luna, al verla entre incrédula y sorprendida, mirando con algo de envidia el movimiento suave de aquella luz viva. Sin embargo, el estero siguió cantando alegre, el polvo no le dio importancia y las bestias menearon la cola como de costumbre. Se levantó medio poncho con un gesto natural, echándose al hombro, movió la cabeza de un lado a otro y las palabras comenzaron a tener formas, colores, sabores y aromas.

La sobrina de Pascual... comadre de su abuela... pariente de Segundo Gatica, casao con doña Lucha, la señora esa que nos convidó agua. Ella tuvo uno... pobre vieja, qué sabía ella lo que era, no ve que ésta vivía en unos bajios donde hacía un codo y unas vueltas el estero Cullinco... Qué pastal más lindo, la hualputra se volvía loca creciendo, los chanchos de Pascual eran los más lindos de la zona, no ve que ese pasto los engorda tanto... Fijese que un día Pascual venía de noche montando el bandera, una bestia rosilla... Muy lindo manco, le colocaron bandera por la cola, porque cuando corría, la colocaba derechita y pa'rodear, hay no más había. Hay que ver lo que son los antiguos de ignorantes. Sería la suerte de éste. Sacándose el sombrero, rascándose la cabeza y escupiendo el suelo, acomodándose en la montura. Reafirmo. Qué bruto tan grande. Iba de noche pa'la casa, cuando pasando las trancas. Ver lo que es la suerte, cuando para este mismo pájaro, le paso rozando la chupalla. Este que ya lo conocía, se fijó bien donde había parado y le puso las espuelas al flaco... Este de dos patadas llegó a sentarse cuando Pascual tiró de las riendas...

Ese caballo, cuando iba al pueblo, éste lo cargaba, le sacaba las riendas y lo echaba para la casa, pobre de aquel que intentara atajarlo. Llegaba a las trancas, pegaba unos relinchos. Ya sabían que Pascual se había quedado tomando. Después, éste lo perdió en unas carreras en Chol Chol y se lo llevaron pa' Galvarino y de ahí no se supo más. Y terminó con un largo suspiro de pena. Perdiéndose entre la tenue neblina que salía del agua.

Las quilas, los avellanos, el lingue y los hualles escuchaban sin hacer ruido, asombrados, quietos, embobados mirando la vía láctea, bañados por el ruido del estero y la luna riéndose de los sapos enamorados de ella. Árboles, estrellas, estero, luna, sapos, hombres y caballos. En ese silencio aparente, tranqueaban las vacas por el camino. Solo una voz rompió la imaginación que vagaba en una realidad de tiempo inmedible en una noche bella en el tiempo. Y se lo regaló a su sobrina como una novedad. Esta, lo mira, lo toma y lo mete en la cocina, arribita de la puerta y ahí lo deja pero, esta otra bruta igual a su familia... Hay que ver la suerte cuando no es pa' uno y yo que tanto deseo tenerlo, pero ya me voy poniendo viejo. Así como le iba diciendo y contando, la chicuela lo tomó y lo dejó no acordándose más de él. Aun a estos hay que darles comida. Son igual que un librito cerrado, las alitas las juntan hacia adelante y dejan una rajadurita donde uno lo alimenta, bueno, según pa' lo que usted quiera, si quiere plata, le coloca un peso y cuando ya se lo comió, le coloca otro, pero ella lo dejó solo y una noche despierta el tío, no ve que ésta vivía con el tío y asustados miraron cómo ardía la cocina. El fuego salía por todas partes, correr y tirar agua con cuanto tiesto pillaron, hasta la sopa que habían dejado preparada para el día siguiente. Cuando se dan vuelta para ir al pozo, ven que se apaga. Poquito después, éste perdió la yegua parda, parece que comió cicuta, según dijeron. En la mañana todavía medio espirituados, ella fue a ver el pajarito y no estaba. No ve que estos cuando abren las alas, todas las plumitas son de oro, la pechuguita es un rubí, los ojos son perlas luminosas y las patitas son espejos del espíritu de su dueño ocasional y como esta mujer no le dio nunca comida, se fue y voló pal' mismo lado de ahora. A los hualputrales. Cuando abría las alas para volar, hacía que la luna llena se apagara colocándose media roja por un rato. Daba la sensación de que se avergonzaba de tal belleza nocturna. Es increíble, la fuerza de luz de este pajarito. Como usted lo vio. Cuando algún cristiano lo ve, al día siguiente la tierra se mueve, así sucedió cuando se le arrancó a la Rosa. La tierra se disgustó y el cerro del frente de la casa quedó partido en dos, entonces la gente le colocó «Cullinco» al estero y todo porque salía oro a raudales. Este antes se llamaba Los Lingues, no ve que nacía de una vertiente entre dos lingues.

Silbidos, gritos, mujidos y los primeros cantos de los gallos, recibiendo el alba. Las primeras casas ya echaban humo, algunos perros ya sin ganas de ladrar levantaban la cabeza y se volvían a echar. El lucero se

despedía a medida que se apagaban las ampolletas de la calle. Un rato después, sentados en una mesa, frente a una taza de café, con una tortilla caliente, ají para untar en medio de un humo espeso de cigarrillo diviendo gestos y algunas moscas molestas. Como despedida, una voz lenta aconsejando. Si quiere uno, Don... váyase de nochecita... usted ya sabe.

*JORGE A. FLORES CLERFENILLE,
49 AÑOS
APICULTOR
TEMUCO, IX REGION*

COLONOS

La decisión de buscar donde establecernos surgió después de que nada de lo que vimos nos gustó. No fue, tanto, ocurrencia de Lindor, ni de Atanasio o de los otros. La sola idea de adelantarnos por estas regiones nos dio un miedo que se nos subió a la garganta y por eso no fue fácil de tomar. Más tarde, cinco de nosotros pudimos descolgarnos de los ochenta que esperaban el barco, luego que un día nos dejó en un terreno agreste y montañoso, en medio de nuestro asombro, entre frazadas, pertenencias y palabras que nadie pudo entender. En este orden de cosas supimos que para cumplir nuestro propósito debíamos cuidar las provisiones, por una parte, y por la otra contar con cuatro días para avanzar al Sur en la ballenera. Fue entonces que nos abastecimos bien y en la madrugada del miércoles izamos la cangreja y emprendimos la travesía. En un comienzo todo marchó como lo planeamos. Durante las primeras horas, una tremolina de viento envolvió a la chalupa, obligándonos a aflojar la escota para endrezarnos. Luego cambió la dirección y no hubo contratiempo. De pronto comprendimos que nos habíamos metido en una región de grandes espacios de agua, de la cual no conocíamos nada, apenas lo que sabía Atanasio, un corraleño acostumbrado a la gruesa mar del Pacífico abierto. Bien entrada la tarde llegamos al lado norte de la faja de tierra, la primera que recorreríamos. Esa era la intención. Los cinco que íbamos y los que se quedaron esperando el barco con bastimentos vinieron a estos lugares porque el gobierno quería colonizar Bahía Eugenia, uno de los fiordos deshabitados en el sur del territorio.

Pero nadie sabía que la adversidad iba a tocar a uno de nosotros. Y ella vino a entorpecer la andadura y entrometerse con su maña para ponernos a prueba. Leoncio quiso adelantarse. De repente su cuerpo tambaleó y estrelló una de sus piernas contra un cantil filoso al saltar por sobre un canalizo. Con angustia vio aparecer un corte profundo a la altura de la rodilla derecha. Desde nuestra posición no pudimos ver claramente qué había ocurrido. Solamente vimos que se levantó con mucho esfuerzo y nos gritó aguantando su dolor: ¡adelántense, que yo los seguiré! Un tiempo largo pasó hasta que Leoncio nos alcanzara, casi al llegar a un terreno abrupto. Una mancha de sangre oscura llevaba en el pantalón. No quiso hablar sobre lo sucedido y lo entendimos. Luego nos acomodamos en una hendedura de roca donde pasamos la noche.

El jueves las cosas no estuvieron a favor de Leoncio, porque comenzó a tener problemas para caminar y resolvimos dejarlo donde dormimos, mientras nosotros recorriamos el lugar. Estaba envarado. Tenía la cara descompuesta por el esfuerzo que había hecho. Antes de movernos, Atanasio le alcanzó a decir: «Si después te sientes mejor, bajas y te reúnes con nosotros. Si miras bien, desde aquí puedes ver el río. Tal vez orillemos su corriente para toparnos con el peñón alto que sobresale del agua. Si no pudieras encontrarnos, quédate allí. Lleva un poco de víveres y nos esperas.

No recuerdo bien cuántas horas anduvimos escudriñando el suelo, vadeando cañas, enredándonos por entre la cortadera para desplazarnos en el suelo resbaladizo y gredoso. Avanzamos por momentos como si el diablo nos anduviera espantando, urgidos por el tiempo que teníamos. De manera que la caminata en el tembladeral se hizo desordenada, sin dirección, ateniéndonos a nuestro instinto y con la idea medida adentro de que Leoncio podía empeorar.

Desde un levantamiento del suelo, pudimos ver por fin una inmensa extensión que se había despegado del cordón montañoso para correr junto al mar. Decididos a reconocer la planada enfilamos la andadura, medio sudorosos y hambrientos para alcanzar el punto que nos habíamos fijado.

Por un destello de luz que se desprendió del cielo pesado y plomizo, pudimos ver una cintura de agua luminosa que debía desembocar al mar cerca de la gran roca. Bien tarde llegamos allí. Hablamos poco y nos metimos debajo de una saliente de piedra del otro lado del peñón donde pasamos al noche.

Otros colonos y Octavio Núñez -dijo Lindor alzando la voz para que Atanasio lo escuchara- navegaron por el Canal Costa hasta el río Huemules y nunca nadie pudo saber por qué no regresaron.

Las palabras de Lindor no tienen respuesta. Pero todos lo sabemos, también Atanasio. Me envuelvo en mis cueros de oveja y digo:

-Estamos atontados por lo que hemos visto hasta ahora. ¡Ojalá mañana sea diferente!

Pero nadie dijo nada y nos dormimos.

Para Leoncio, en cambio, esa primera noche fue mala. Cuando logró dormir, ya el día se había venido. Lo primero que vio cuando estuvo de pie, fue la línea horizontal de verdes y chatos árboles. Cualquier movimiento que hacía debía calcularlo con cuidado. Se dio cuenta de que tenía que caminar para ahuyentar el frío y que había que intentarlo a

como diera lugar. Necesitaba entibiar su cuerpo, tanto como tomar mate, comer y abrigarse. Dos veces había curado la herida, que no se veía bien y que los obligó a quedarse donde estaban. Ninguna cosa le molestaba más que no haber podido alcanzarlos. Lo podría haber hecho, si no fuera por el hormigueo que había estado sintiendo en las venas de las dos piernas.

Al amanecer del viernes nos dirigimos a la parte angosta del caudaloso río. Nos convenía pasar a la otra banda por el vado de más bajo. Queríamos saber cuánto de bueno tenía este paño. Aunque una cosa era cierta: de los cinco que habíamos llegado a estas tierras, ninguno sabía mucho cómo reconocer su calidad, excepto Atanasio. Los otros cuatro éramos hombres de otros rigores y sabedores de cuanto oficio se necesitaba para sobrevivir. De pronto, Atanasio dijo con voz seca y clara:

-¡Nuestros temores se han confirmado! Este paño es pobre y la tierra está pegada a las piedras. ¡Debemos regresar!- remachó.

Si hemos de sacar las cuentas, tres son ya los días que llevamos reconociendo la faja en toda su extensión, desde que desembarcamos de la ballenera. Al principio no nos fue bien, porque desde que Leoncio se hizo el corte a la altura de la rodilla al golpearse para no caer en el maldito agujero, fue el primer contratiempo. Si continuamos fue porque Nemesio no se cansó de decirle a cada rato: "¡Aguántate, hombre! ¡Ya te curaremos, pues tenemos que continuar!"

Ninguno lo puso en duda, que más fue a fuerza de porfía de unos y de otros lo que nos obligó a seguir.

A medio día un sol amarillo y opaco aparece detrás de la neblina. Nos hemos puesto a caminar con un impulso irremediable, después de que el entusiasmo se nos espantó de golpe y nos quitó las ganas hasta de hablar. Al zapato de Lindor se le desprendió la suela y al caminar azota la tierra y debe amarrarlo con un cáñamo que le alargó uno de los que va adelante. Parece un hombre escondiendo un defecto. Las mantas y las cosas que llevamos han aumentado su peso sobre los hombros. Lindor se restrega la frente a cada rato para quitar el sudor que se le viene metiendo entre los ojos.

Con alguna luz llegamos donde Leoncio. Está impaciente y se vé pálido. -¿Qué han visto?- dice.

Antes de responder, Atanasio se agacha y levanta las mantas que tiene puestas y vemos, con asombro, que la pierna derecha se ha hinchado y le han aparecido dos ribetes morados a ambos lados de la

venda. Comprendemos ahora por qué no pudo alcanzarnos. Está estragado, los ojos se le han hundido.

-¡No sirve, Leoncio, no sirve para nada -le dice de golpe-, la capa vegetal es delgada y el pasto y los árboles han crecido encima de las piedras. No hay tierra: ¡sólo raíces!

El silencio rodeó a Leoncio. Luego nos miró a cada uno para entender lo que acababa de oír.

-¡Por la mierda, dice Lindor!, esa es la pura verdad.

La Cruz del Sur brillaba en el cielo cuando salimos. A Leoncio lo pusimos en una angarilla y avanzamos en dirección a la playa.

Dos horas después o un poco más estamos al pie de la embarcación. El viento es frío y salobre. Por sobre la Isla Treiguén brillan algunas estrellas. A Leoncio lo acomodamos en la bancada de popa sobre la botavara y nosotros nos hacemos cargo de los remos.

-Yo tenía como comenzar, la única vez en mi vida -dijo alguien. Antes de venir lo vendí todo, pertenencias sin valor, pero mías.

Nadie responde. Bogamos lentos, con desgano, esperando un poco de viento para izar la cangreja. Unas cuantas gotas de lluvia comienzan a percutir sobre nuestros cuerpos, resistiéndonos para no dormirmos. Leoncio se pone a hablar:

-Si a ustedes no les gustó, no tienen por qué quedarse. Yo vendré y traeré a mi familia. Luego su rostro se contrae y vuelve a repetir lo que acaba de decirnos. Así se queda y lo abrigamos para que duerma.

El aparejo no sirvió porque hubo poco viento. La calma duró bien entrada la noche y nos obligó a turnarnos para remar. Navegamos apegados a la costa evitando la corriente en las horas de las mareas.

-Yo me fié -dijo Nemesio-, les creí cuando dijeron: "el barco traerá lo que necesiten una vez al mes". No he podido olvidar lo que prometió el mayorengo: «les enviaremos herramientas y víveres».

-Maldita sea -dijo Anastasio, y escupió. Hace tres semanas que los otros quedaron esperando el barco. La última harina fue repartida el día que nos vinimos.

El sábado nos acercamos al punto de partida. Leoncio está peor. Un hálito caliente y ácido emana de su cuerpo y ropas mojadas por el sudor que corre por su piel. Nemesio y Lindor han curado la herida como pudieron. Pide agua a cada rato y ellos se la dan en pequeños sorbos. Estamos consternados. Nemesio le dice:

-Tienes que soportar, hermano, hasta que podamos llegar. Mañana es domingo y deberá venir el barco, entonces te llevaremos a Aysén. La

voz de Nemesio se pierde en el aire por el ruido que hacen los remos y chumaceras. Para ocultar su pesadumbre, Lindor y Atanasio clavan la vista en el agua azul-gris del mar. Afirmando la caña con rabia e impotencia para continuar la navegación.

Desde el amanecer hicimos turnos más seguidos. No dormimos en toda la noche. Veníamos agotados por el esfuerzo. A ratos comimos nuestras raciones de pan correoso y salobre.

-¡Pónganme una manta! -dijo Leoncio. Siento frío, ahora, mucho frío. ¡Como voy no alcanzaré a llegar. Sólo les pido que cuiden a los míos. Hizo un último esfuerzo para seguir hablando, pero su rostro se retorció y en su garganta se enredaron las palabras.

El mar comenzó a irizarse y empujó a la ballenera a la entrada del canal. El barco no se veía por ningún lado. En la playa, algunos hombres y mujeres esperaban nuestro arribo. Atanasio, desesperado contrajo su pesar, pero sólo atinó a decir, quebrándosele la voz:

-¡Llegamos, Leoncio, un poco más y estaremos en tierra.

Se lo dijo casi sin mirarlo, como tal vez nosotros lo habríamos hecho. Leoncio yacía tendido en la bancada de popa; tenía sus dos manos en el medio del pecho. Parecía dormir..

Así fue como regresamos en la ballenera de lugares que no conocíamos, para hallar un lugar donde establecernos como colonos, en algún fiordo, al Sur de Taitao.

**OSCAR BUITANO WAHL,
69 AÑOS
APICULTOR
OSORNO, X REGION.**

LOS HIJOS DE LA TIERRA

Viviendo y creciendo sumergidos en la más absoluta humildad. Sin mayores ambiciones, rodeados de fértiles campos, pampas con interminable sembradíos, variados cultivos, el verdor del trigo enclavado en maravillosos cerros, árboles nativos que juegan al son del viento, coloridos animales que pastan con envidiable pasividad: todo esto forma parte de la belleza campesina.

Parte de la comunidad trabaja sembrando y cosechando desde muy temprano en la mañana, hasta al anochecer, con mucha solidaridad, hombres que van y vienen con bueyes y carretas. El jefe de hogar se dirige al pueblo más cercano a comprar abono, fertilizantes. Así sucesivamente, la rutina continúa, la dueña de casa prepara la típica cazuela, azado de cordero, infaltables son las papas cocidas, las tortillas. Viviendo y creciendo, niños brincando y sonriendo con sonrisas melancólicas, satisfechos del logro de sus padres y por las buenas siembras, significa que habrá muchas cosechas para la primavera que se aproxima.

Aquellos niños dichosos de crecer en medio de llanuras, libres como pájaros, sin dueño, libres de toda contaminación, respirando el aroma del laurel, simplemente bañándose en los tibios lagos.

Viviendo y creciendo, aquellos niños no se imaginan por un segundo que ya no pasarán muchos veranos y tendrán que partir, dejar atrás aquellos juegos, las llanuras, ya los sueños no serán iguales, o al levantarse por las mañanas, al abrir los ojos, al mirar los valles, verán enormes casas de cristal, ya no podrán respirar el aroma de lo natural, sólo el aroma a bencina.

Los Hijos De La Tierra deberán emigrar hacia la ciudad, por un porvenir mejor, o a educarse más, sin sospechar que la sociedad pisa fuerte absorbe como una aspiradora. Daña mucho, no respeta color ni edad, ni cultura.

La mayoría vuelve, a reconocer su identidad, otros olvidan que son HIJOS DE LA TIERRA.

*VERONICA MARGOT CAHUINPAN CANIUCURA,
20 AÑOS.
ESTUDIANTE AGRICOLA
PANGUIPULLI, X REGION*

THE HISTORY OF THE UNITED STATES

The history of the United States is a story of growth and change. From the first European settlers to the present day, the nation has evolved through various stages of development. The early years were marked by exploration and the establishment of colonies. The American Revolution led to the birth of a new nation, and the subsequent years saw the expansion of territory and the growth of industry.

The American Civil War was a pivotal moment in the nation's history, leading to the abolition of slavery and the strengthening of the federal government. The Reconstruction era followed, a period of rebuilding and reform. The late 19th and early 20th centuries saw rapid industrialization and the rise of a new middle class. The Progressive Era brought about significant social and political reforms.

The 20th century was a time of global conflict and domestic change. World War I and World War II shaped the nation's role in the world. The Great Depression led to the New Deal, a series of programs and reforms that reshaped the economy and society. The Cold War era saw the United States emerge as a superpower, and the civil rights movement fought for equality and justice.

The late 20th and early 21st centuries have been characterized by technological advancement and global interconnectedness. The end of the Cold War led to a new era of international relations. The 9/11 attacks and the subsequent wars in Iraq and Afghanistan have shaped the current landscape of the United States. The nation continues to face challenges and opportunities in the 21st century.

The history of the United States is a complex and multifaceted story. It is a story of resilience and innovation, of struggle and triumph. The nation's past informs its present and shapes its future.

UNA NOCHE ESPECIAL

En estas noches de tormenta, me he entretenido mirando a la ventana. A veces siento temor por los celajes, pero luego pienso en la vecina que decía que los ángeles movían los muebles para limpiar la casa.

Hay lluvia, los hombres se han refugiado, los gansos luego de su alegría y sus correteos eufóricos de libertad, ya se han calmado.

En el camino que bordea mi casa, refugio de ermitaños más bien le llamo, porque es la más alta del cerro, veo siempre, cuando llueve, a las vacas subir el cerro, cosa que siempre hacen en estas noches en que el viento murmura como voces, como si los árboles hablaran. ¿Y por qué no?, los árboles pueden hablar, son seres animados; hablan tan despacio que con los temporales deben hablar más fuerte para comunicarse y escucharse ¿o quizás el hombre despierta un sentido especial de percepción? Así es, pero no sólo el hombre, sino que las vacas en su escalada, buscando, quizás, a los espíritus de la Naturaleza que aparecen ante los ojos de la pureza de estos animales y les enseñan entre sus danzas y sus vaivenes que acurrucan a los humanos, manteniéndolos en un sueño profundo, porque aún no están adaptados a percibir a los elementales, que lo único que quieren es nuestro simple pero grato acto de amor hacia ellos. Quizás ese sea el motivo de saltar de alegría en las noches de luna, las vacas brincan y juegan con las noticias que reciben de estos seres de amor, bajo las estrellas, vigilantes incansables del sueño y de la Paz nocturna. ¡Oh! que alegría poder sentir que estamos custodiados por seres de inmensa luz.

A la mañana siguiente, temprano me levanto, y el sol ha salido empujando suavemente las nubes con sus acariciantes rayos. En el pasto a lo lejos veo unas pequeñas lucecillas que cambian de color, de tonalidad verdosas a azulinas, de rojizas a amarillas, me acerco y ya no están. Sin duda fueron los gnomitos finalizando su reunión y de regreso a su dimensión, en lugar de los gnomos encuentro gotas de lluvia. Ahora miro al cielo y comprendo al ver el arcoiris desaparecer, que el momento de unión con el plano terrestre y el espiritual ha cesado, y la magia de estas noches de luna podrá ser vista por quienes sepan mirar realmente.

**DANIEL EUGENIO GARIN YUNGINDER,
20 AÑOS
ESTUDIANTE
OSORNO, X REGION**

THE HISTORY OF THE UNITED STATES

The history of the United States is a story of a young nation that grew from a small group of colonies on the eastern coast of North America to a powerful superpower that spans the globe.

The story begins with the first European settlers who arrived in the late 15th and early 16th centuries.

These settlers established colonies that would eventually become the original thirteen states.

The American Revolution (1775-1783) was a pivotal moment in the nation's history, as the colonies fought for independence from British rule.

The Constitution (1787) established the framework for the federal government, and the Bill of Rights (1791) guaranteed the fundamental rights of citizens.

The 19th century was a period of rapid expansion and growth, as the United States acquired new territories and states.

The Civil War (1861-1865) was a defining moment in the nation's history, as it resolved the issue of slavery and preserved the Union.

The 20th century was a period of global leadership, as the United States emerged as a superpower and played a central role in the world.

The Vietnam War (1955-1975) and the Watergate scandal (1972-1974) were major challenges to the nation's leadership.

The 21st century has seen the United States continue to shape the world, with the September 11 attacks (2001) and the 2008 financial crisis (2007-2009) being major events.

THE HISTORY OF THE UNITED STATES

1776-1789

1789-1861

1861-1945

EL REGRESO

Mi abuelo, quien se llama Antonio Mansilla Andrade, aún vive en Candelaria, en el fiero Huidad -dice el niño-, fue invitado a cenar a Coínco, en casa de Roberto Ojeda Paredes, porque ambos eran íntimos amigos.

El llegó temprano a la casa y fue muy bien recibido por toda la familia, formada por el matrimonio y cinco hijos, tres hombres y dos mujeres. Como es de suponer, conversaron sobre diferentes cosas, sobre distintos temas, acerca de diversos aspectos de la vida del campo, como por ejemplo, del estado del tiempo, algo que nunca falta en estas pláticas campesinas, o de las siembras y cosechas presentes y pasadas, de las fiestas de su juventud, de sus entretenimientos, y se contaron cuentos y casos, historias de brujos, del Caleuche, además de hacer competencias de adivinanzas, etc.

El caso es que la cena resultó, además de abundante, muy entretenida, agradable... y bastante regada, también... Así fue que mi abuelo, muy joven por aquel tiempo, se echó sus buenas copas entre pera y bigote, como en el campo se acostumbra decir. Muy contento, el hombre no se percató, entretenido como estaba, de que los minutos y las horas se iban pasando más rápido de lo que cualquiera se hubiese imaginado.

Cuando de esto se dio cuenta mi buen abuelo, era ya muy avanzada la noche pero, para suerte suya -o desgracia, no lo sé-, ésta era, no diré bonita, sino que bellísima, despejada, con una luna grande, que más bien parecía un luminoso ojo del cielo, además de que éste estaba cuajado de refulgentes y titilantes estrellas.

Pues bien, ya de regreso a su hogar, más o menos a la altura de Santa Rosa, por la playa, que era el camino que por aquellos tiempos se usaba, su cabalgadura se asustó y, de repente, él oyó una música muy cerca de donde iba andando.

Acercó, pues, su caballo hasta donde pudo hacerlo, pero éste no quería avanzar más, pese a los espolazos que mi abuelo le propinaba.

La música continuaba y no se veía absolutamente nada. No había casas cerca. Tampoco se veía persona alguna. Hizo muchos intentos para poder pasar, pero todo fue inútil. Fue imposible conseguirlo.

-Tal vez mi amigo me ha hecho alguna traición -pensó, pues las malas lenguas que nunca faltan en el campo, decían que era brujo.

-Y de los buenos -le habría agregado otro.

-Bien, voy a volver a su casa a preguntarle -habló consigo mismo.
Y así fue, en efecto. Llegó nuevamente a la casa. Los perros ladraron.
Se acercó a la puerta y llamó, golpeando con el puño del rebenque que
llevaba en su mano derecha.

Salió a recibirlo su amigo y, de golpe, le dejó caer la pregunta, que en
el fondo era, lisa y llanamente, un reproche:

-¿Qué malo te he hecho yo, amigo, para que me desorientes y no me
dejes pasar por el camino? Ya deben ser las cuatro de la mañana y mi
mujer, seguramente muy preocupada, me está esperando -agregó.

-Anda no más ahora. Ya no te va a pasar nada -le replicó Roberto, su
amigo.

Y así fue. Mi abuelo ya no oyó esta vez la música anterior y el caballo
no tuvo ningún otro susto y pudo pasar con toda tranquilidad, llevando
a su jinete sano y salvo a casa -concluye mi pequeño informante...

*GILBERTO ULLOA EUGENIN,
55 AÑOS
PROFESOR BASICO RURAL
CHILOE, X REGION*

ESTERO BALLENA

Corrió mayo de 1957, cuando colonos del litoral Sur de la XI Región de nuestro país, ofreciendo a los interesados tierras a título gratuito, cosa que por las condiciones ofrecidas despertó el apetito de muchos provincianos y gente de la capital que se interesaban en convertirse en colonos del sector y, a corto plazo, enviar misivas a quienes no se arriesgaron en la aventura en sus lugares de origen y hablar de cantidades de hectáreas de tierra y bosques que se les asignaría de acuerdo a su grupo familiar, lo que hizo más interesante la concurrencia a esta región. Inscribiéndose para el efecto personas con las más variadas actividades y profesiones, entre otros, profesores, mercachifles, enfermeras, comerciantes, mecánicos, pensionados y una gran cantidad de pobladores y campesinos de las actuales Regiones Octava y Novena.

A partir del poblamiento, los enviados por el Supremo Gobierno como controladores del proyecto, daban las instrucciones del caso a los colonos para que se dirigieran a tomar posesión de las tierras asignadas, encontrándose en muchos casos con personas que jamás tuvieron precarios conocimientos de trabajos en el campo, mucho menos en tal agreste territorio, dando paso a curiosos y divertidos hechos, dignos de destacarlos en una edición especial sobre esa colonización.

Luego de haber levantado sus viviendas en la colonia de Quitralco, con madera labrada a hacha y los techos con tejuela de ciprés y canelo, sus respectivas familias en el lugar, se dispusieron ya a buscar el campo ideal en los lugares indicados por los organizadores, formándose entre otros, un grupo de pobladores principalmente provenientes de la Región de la Araucanía, quienes iniciaron un viaje de reconocimiento. El grupo lo integró don José y su hijo de 7 años; además, el dueño del chalupón, Don Oscar, Don Ramón y Eliel y el infaltable perro «Bambi». El niño estaba ilusionado por conocer las maravillas que su padre le había escrito, tales como un gran campo, con hermosas vegas y verdaderas canchas de aterrizaje naturales, madera por montones, abundancia de aves marinas y terrestres y peces tan fáciles de capturar que no se necesitaba redes ni espineles: sólo bastaba con cerrar un antiguo cerco de ramas ubicado en un brazo del mar, el que con la marea llena era cerrado, y una vez ocurrido el mar bajo, se procedía a recoger los pescados con la mano, cosa que mantenía ilusionado al inquieto niño.

El Chalupón, como se le llamaba a una embarcación que supera en tamaño a un bote común o chalupa y que había sido adquirido por don José en la localidad de Puerto Aguirre y que dotó con un motor a bencina marca Dodge de los años treinta, a magneto, sirvió para los fines propuestos, iniciándose el viaje desde el río «Peludo» en la colonia de Quitralco, a la fantástica Isla Simpson, distante unas 25 millas del lugar de partida.

El viaje se realizó sin mayores contratiempos hasta llegar al estero «Ballena» en Isla Simpson, nombre que heredó por existir allí osamentas de los enormes cetáceos que, desorientados, vararon en el estrecho canal. Empezaba para el niño la verificación de lo que su padre había descrito cuando efectivamente empezaron a aparecer cantidades de lobos marinos, toninas, pachancas, liles, guanais, caiquenes, carancos y los patos motor, nombre que habían indicado al niño, engañándolo, porque estas aves marinas al semivolar a ras del agua dan la impresión de llevar una hélice, cosa que el ingenuo niño quería comprobar, resultando ser estos los quetros oriundos de nuestro litoral, que al deslizarse por el agua producen tal imaginación.

Una vez establecido el campamento, una de las primeras actividades fue usar el cerco de ramas para capturar los peces que abundan en el lugar. Don Oscar quiso cumplir tal misión y a la media noche con la marea llena concurrió al lugar y una vez cerrado el portón principal regresó a dormir, para al día siguiente continuar con las labores propuestas. Quien no conciliaba el sueño era el niño, que no dejaba de pensar o imaginar la gran cantidad de pescados que iban a recoger al siguiente día, cuando, cerca del amanecer, se sintió un fuerte golpe en el lugar donde se encontraba atado el chalupón. Rápidamente todos se levantaron y fueron al lugar, viendo que la embarcación había mal varado sobre una roca y al tratar de zafarlo se llenó de agua con las consecuencias que se puede imaginar. La tarea de reflotamiento fue dejada para el siguiente día, el niño poco entendía de la situación, deseando que llegara pronto el nuevo día para la fantástica cosecha de pescados. Con las primeras luces del alborada, el niño convenció a su padre para que lo llevara al lugar del cerco de ramas, y pese a su preocupación por el hundimiento del chapulón, accedió al requerimiento. Al salir del campamento el panorama era poco alentador, ya que a primera vista se podía apreciar la embarcación hundida, algunos enseres flotando lejos del lugar y el motor sumergido, lo que hacía prever su difícil reparación.

La curiosidad del niño era ya insostenible por llegar al lugar; tal fue su decepción cuando pudieron comprobar que sólo quedó atrapada una insignificante sardina, la que seguramente despistada no escapó del lugar, pero de todas maneras recogió con el cariño propio del niño ilusionado. La explicación del porqué no se pudo atrapar peces fue por el portón que quedó mal cerrado, quizás debido a la inexperiencia de Don Oscar, lo que echó por tierra la ilusión del inquieto niño.

Luego todos se abocaron a reflotar el chalupón y una vez conseguido esto, don José frió la sardina exclusivamente para su hijo, quien valoró este gesto por el cariño de su padre.

Los demás integrantes hicieron un rápido desayuno para inmediatamente poner en marcha el viejo motor del chalupón, el que a pocos instantes de sacado arrancó en los primeros intentos, devolviendo la tranquilidad a los osados colonos, disponiendo para el siguiente día el regreso a Quitralco. Al día siguiente procedieron a embarcar todo los enseres e iniciaron el regreso, pero al intentar hacer andar el motor, éste no arrancó, por lo que para ir avanzando el regreso, se optó por tomar los remos e impulsar la embarcación en la dirección de retorno, cosa que hacían don Ramón y don Oscar, dedicándose los restantes a tratar de hacer funcionar el motor.

Transcurridas unas cuatro horas de llevar la pesada embarcación con un desplazamiento poco alentador, pero con un precioso día, calma, don Ramón, para hacer menos tenso el momento, tarareaba una antigua canción de su época de juventud, que más o menos decía «¡Ave María, Patrón!... Que canten bien los cutanos...», y un corrido chileno de su época, que decía «Rancho Alegre... Mi Nidito... Anudado de Jazmín... En él me espera mi amorcito...» etc., canciones que de alguna manera hacían menos tenso el momento, mientras don José y Eliel seguían insistiendo en poner en marcha el motor. En este intertanto el niño junto a Bambi iban en la proa, cuando un extraño ruido que provenía de las montañas se empezó a escuchar, lo que junto con el gemido tenebroso del perro indicó a su padre, pero como se encontraba afanado en su tarea, no prestó la atención -como muchas veces sucede al dar poca importancia a lo que los niños insinúan-; pero el extraño ruido aumentó en intensidad, siendo ya escuchado por los remeros quienes dejaron de hacer su tareas y corroboraron lo que el niño indicaba. El perro comenzó a aullar poniendo una cuota de mayor incertidumbre entre los expedicionarios, sin que a esa altura nadie emitiera opinión alguna. De pronto el ruido que semejaba a una loco-

motora chiqui chaca... chiqui chaca... chiqui chacá similar a las locomotoras que corrían en el ramal Freire - Toltén, lugar de donde todos provenían. La intensidad del ruido se tornó insoportable, llegando a ser ensordecedor, lo que hizo verter las primeras opiniones sobre el fenómeno... casi gritando, alguien indicó la dirección de donde provenía el insólito ruido, diciendo «debe ser un submarino encallado en las rocas». «No, acotó otro, debe ser un barco que varó en la puntilla de arena». Acto seguido decidieron remar con todas sus fuerzas en dirección a la procedencia del ruido donde se encontraría la supuesta nave varada. A todo esto el ruido mantenía su intensidad, pero una vez que se hubo avanzado algunos metros, el chiqui chaca empezó a alejarse, encumbrándose por las montañas llegando a hacerse casi imperceptible, por lo que los desconcertados colonos entraron en profunda reflexión, sin emitir opinión alguna. El perro se tranquilizó y nuevamente reiniciaron el rumbo. Una vez que retomaron el rumbo nuevamente, y en forma más intensa, volvió el espantoso ruido. Esta vez prácticamente casi encima del chalupón, por lo que nuevamente los aterrorizados colonos volvieron a efectuar los anteriores comentarios, virando la embarcación al lugar donde antes intentaron. El perro aullaba constantemente, lo que hacía cundir el pánico entre los osados e impotentes expedicionarios. Afortunadamente el ruido se alejó dejándose sentir entre las montañas, continuando esta vez el regreso sin interrupción. La conclusión inmediata de lo que sucedió fue que se trataría de ánimas que penaban en el lugar, semejante con muchos casos descritos en la mitología chilota. Otros opinaban que se trataría de anuncios tales como los descritos en el apocalipsis en relación a la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo. Tampoco se dejó de lado la posibilidad de que el «Caleuche» manifestara su presencia en su invadido territorio.

El viaje continuó sin que el motor arrancara, llegando al Puerto donde se dispuso alojar. El Puerto se llamaba «Fidelito», nombre puesto por los colonos por la gran cantidad de Polcos que, al picar, dejan una pequeña roncha en la piel, pero como son grandes cantidades, ocasionan problemas, hasta fiebre, pero que en todo caso en pocas horas desaparece. De lo acontecido nadie hacía mayores comentarios, disponiéndose a hacer las «pilchas» y descansar del agotador viaje. El lugar estaba dotado de un rancho cholguero construido con varas de tiaca y canutillo, atado con boque, todo originario del litoral de Aysén. Luego de improvisar una fogata, don Oscar y su perro Bambi se dirigie-

ran a buscar agua para hacer comida siendo ya totalmente de noche por lo que debió alumbrar con un «tizón», previamente encendido en la fogata, el sendero que conducía al arroyo y, al ir caminando por él casualmente, encontraron un despistado coipo, el que rápidamente fue presa de Bambi, volviendo al rancho con la preciada presa. Luego de sacarle el cuero, que según ellos era de alto valor, éste fue colgado en el interior del campamento, justamente arriba, donde don José y su hijo habían improvisado una cama. Luego de comer algo se tendieron para descansar y al día siguiente poder continuar con el accidentado viaje. No habían dormido una hora cuando don José y su hijo fueron acosados por un extraño hormiguelo que los obligó a sacarse la ropa y mantenerse casi toda la noche en vela sin saber la razón. Sin embargo el resto de los cansados colonos dormía plácidamente. No quedó otra alternativa que seguir haciendo fuego. Una vez que amaneció, al mirar por casualidad el cuero de coipo, pudieron comprobar que se encontraba, como se dice en términos campestres, «hirviendo en piojos», parásitos que, al verse abandonados, rápidamente buscaron nueva aposentaduría eligiendo para ésta a los ya muy damnificados padre e hijo, los que además fueron motivo de ironías entre los demás compañeros.

Se inició la continuación del regreso a Quitralco tomando altura en Isla de Las Pachancas y aprovechar el Sur Weste, viendo que a esa hora era favorable para echar velas en la dirección deseada. Un lobo marino, atraído por el olor de la carne del coipo, acompañaba muy de cerca el lento desplazamiento del chalupón, al igual que dos toninas jugaban en distintas direcciones con la embarcación, escoltándola en gran parte del trayecto.

Por fin de regreso en Quitralco, todos contaron a sus familiares y amigos lo acontecido en Estero Ballena, pero como sucede en estos casos, nadie dio fe, quedando para los protagonistas un recurso inolvidable para ser contado a sus nietos en alguna noche de invierno.

Años más tarde los colonos abandonaron Quitralco y don José, luego de trabajar como carpintero en Puerto Aysén, volvió a poblar la Isla Simpson, llevando a su ya crecido hijo a trabajar con él.

Para subsistir recurrían a los recursos entregados por la madre naturaleza, tales como la madera, mariscos, pescados y crianza de animales. Un día, al andar buscando madera por la costa en un bote a remos por Estero Ballena, entre los tepuales y Zaquillos, el joven encontró tres cruces, casi juntas, que indicaban que quizás muchos años atrás ha-

bría ocurrido un fatal accidente en el lugar y como las cruces eran de ciprés les permitió premanecer en el tiempo. En ese momento el niño reflexionó sobre lo ocurrido con el ruido de la locomotora, siendo a la fecha quizás la única evidencia del fenómeno. La vida continúa, los misterios seguirán siéndolo por la eternidad.

*BASILIO BECERRA ECHEVERRIA,
45 AÑOS
AGRICULTOR
PUERTO AYSÉN, XI REGION.*

Indice

Nuestros Agradecimientos	5
Prólogo. Narrativa de los herederos de la tierra	7

Cuentos Premiados

Primer Premio	
La Madre Tierra	13
Segundo Premio	
El Arbol de Pascua	17
Tercer Premio	
Buscándote	21

Menciones Honrosas

Juanito Aguilón	27
El Zorro Plateado	31
Johny y la Sirena	35
Valle Escondido	39
La Flor de la Higuera	43
Cuando Ana Tenía Ocho Años	49
El Castillo de Peñuelas	55
Retorno	59
Historia y Cuentos de Pampa Redonda	65
El Nombre (En la Isla del Faro)	71

Otros Cuentos

Apariciones en el Norte	77
La Leyenda de la Novia	81
Don Juaco y su Hijo	85
Encuentro con el Más Allá	89
El Negro Vazques	93
Gringo Leso	97

El Perro de Pedro Miserias	101
El Engaño de Meléndez	105
Baile de los Negros de Lora	107
La Laguna Encantada	109
La Historia de "Diana"	113
"Mentiras"	117
El Torito Enamorado	119
La Perdiz	123
El Pajarito de Oro	125
Colonos	129
Los Hijos de la Tierra	135
Una Noche Especial	137
El Regreso	139
Estero Bollena	141

ORGANIZA:
FUNDACION
COMUNICACIONES,
INFORMACION Y CULTURA DEL AGRO
MINISTERIO DE AGRICULTURA

AUSPICIAN:
FUNDACION PARA EL CAMPE
TERRA
NUESTRO



La Nación

LOS
GOS
EDICIONES
IMPRESOS

PATROCINAN:
MUCECH
Centro Unitario de Cooperativas
y Entes de Chile



**INSTITUTO DE
EDUCACION
RURAL**

Yonff



INIA

Indap

ODEPA
OFICINA DE ESTADISTICA
Y POLITICA MUESTRA
MINISTERIO DE ECONOMIA

